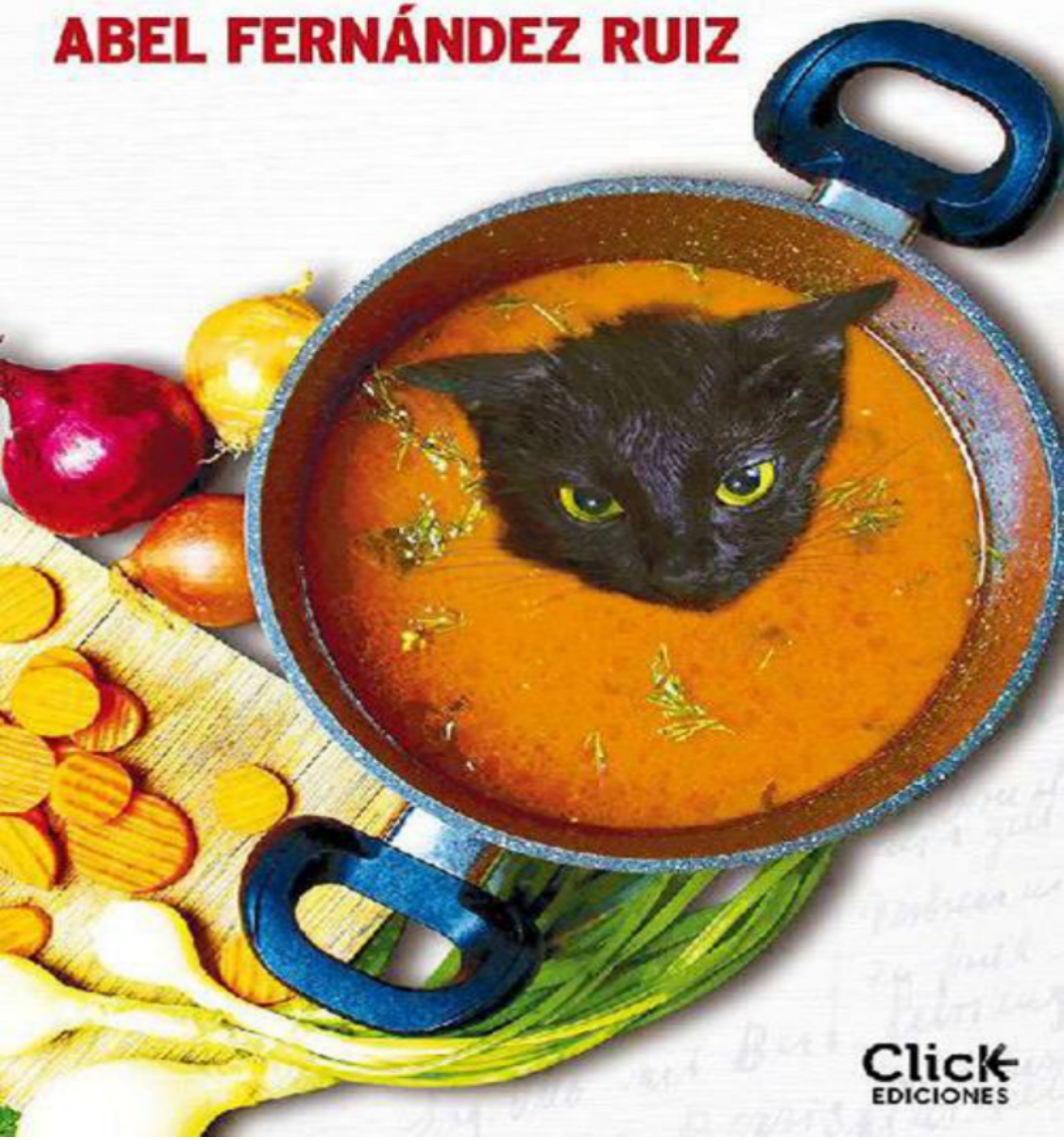
# EL OPOSITOR

ABEL FERNÁNDEZ RUIZ



Click
EDICIONES

# El opositor

Abel Fernández Ruiz

(2014)

En un hipotético mundo en el que la clase política es potencialmente corrupta, en el que los medios de comunicación no informan, en el que los hinchas políticos se dividen en sectas, en el que el hombre no es un ser pensante, en el que el fútbol ha sustituido a Dios y los contertulios televisivos a los sacerdotes…

Surgirá un asesino en serie y su lista de la felicidad. ¿Qué ocurriría si existiese un asesino de políticos y periodistas en serie? ¿Lo odiaríamos o lo encumbraríamos?

La sociedad mastica, digiere y asimila a los rebeldes, pero… ¿Qué ocurre cuando un manso cabezota ataca, cuando un terco se empeña en ser un asesino famoso? ¿Cuáles pueden ser los efectos de una lista? Para saberlo tendrás que leer El opositor.

# Dedicado a:

*A Jota, de Fernández Bross*

Imagina una especie de cavernosa vivienda subterránea, provista de una larga entrada abierta a la luz, y unos hombres que están en ella desde niños atados por las piernas y el cuello de modo que tengan que estarse quietos y mirar únicamente hacia delante, pues las ligaduras les impiden volver la cabeza; detrás de ellos, la luz de un fuego arde.

PLATÓN, *La República*, libro VII

# Pedro García Gómez

Pedro García Gómez era un tipo normal que había nacido, crecido y sobrevivido en un ambiente normal en un piso más de una ciudad castellana, Salamanca. Era el segundo de tres hermanos, el del medio. No era ni alto ni bajo, no tenía pelo largo y sedoso ni estaba calvo, no tenía seis dedos, tampoco cuatro, no era ambidiestro ni «ambisiniestro» y sus ojos no eran azules o verdes o negros, eran marrones y bizcos, de los del medio.

Tenía ya treinta y tres años y hacía uno que su novia lo había dejado por ser aburrido y soso, demasiado normal para ella. Su pareja no fue de las del medio, fue gorda, fea, manipuladora y una tabla en la cama. Ahora Pedro García Gómez estaba solo, era una sombra en una ciudad rodeada de un mundo sin color.

No tenía trabajo: como tantos otros, se equivocó al elegir la carrera, lo normal, y un licenciado en Derecho, en un mundo regido por la ley, no tenía futuro ni porvenir.

Un día en el servicio decidió su nuevo empleo: ser funcionario, sacar una tonta oposición de administrativo y vivir del cuento. De aquella cagada de idea ya habían pasado cinco años, y cinco veces, una tras otra, le habían suspendido: unas en el primer examen, otras en el segundo… Siempre culpa de un tribunal incompetente que no sabía corregir… Mientras tanto el pelo de la coronilla desapareció a golpe de peine, sus párpados se hincharon como ampollas, su novia lo sustituyó por un camarero, y sus padres, ya jubilados, se emanciparon y regresaron al pueblo. Pero, pensaba Pedro García Gómez, la constancia era la madre de la ciencia y del buen hacer, y aquel año, el sexto, sería el definitivo: aprobaría, como ya hiciera dos años atrás Pedro García Gómez, o tres… otro Pedro García Gómez, o el año anterior, que aprobaron cuatro con su mismo nombre. No tenía dudas: su nombre daba suerte, era un nombre del que el Estado tenía necesidad.

Cuando se fueron sus padres tuvo un piso; cuando le dejó Gloria, tiempo. Estudiaba más de doce horas al día: mañana, tarde y noche, encerrado en casa, sin música, sin divertimentos, solo, constante… No perdió ningún amigo, desaparecieron cuando encontró a Gloria, pero de tenerlos también los habría perdido. Para Pedro García Gómez no existían los fines de semana desde hacía años, su cruzada eran los

apuntes, su sol una bombilla, su carne sin pigmentos, blanca y azulada, su vida social la hora de academia semanal y la fotocopiadora. Nada de eso le importaba, su ansia de saber lo llenaba todo y su vida sexual era plena: quince folios, una masturbación. Se convirtió en la bestia no reconocida de la legislación.

¡Cómo no iba a ser Pedro García Gómez, el que tenía que buscarse en la lista de aprobados por el DNI para distinguirse de sí mismo, el mediático protagonista de esta historia!

# La oposición a la oposición

El día que cambió para siempre la vida de Pedro García Gómez amaneció como cualquier otro, sin que el cambio climático o un asteroide lo hiciese diferente de otro mismo día de otro octubre de otro año. La mínima fue de siete grados centígrados, la humedad relativa del aire alta, el viento moderado y el cielo azul manchado con cirros y nubes de evolución. Aquel día, a las once menos diez de la noche, Pedro García Gómez regresaba de la academia en el coche de su padre. El saber, que no ocupa lugar, pero pesa muchísimo, le obligaba a trasladar cada semana todos los apuntes de la oposición, veinticuatro kilos trescientos cincuenta y dos gramos, de casa a la academia y de la academia a casa. Pensaba que quizás el hecho de transportar todo el conocimiento le hacía más listo o iluminado.

Pedro García Gómez estaba contento, había pisado, a propósito, una inmensa y anaranjada mierda de perro, y todo el mundo sabe que eso da suerte. Conducía el Ford Orión verde familiar tranquilo, respetando semáforos y pasos de cebra. En el asiento del copiloto, y abiertos, le acompañaban los folios del tema que su idolatrado profesor había explicado aquella tarde. Pedro García Gómez conducía y estudiaba el acto administrativo, sus partes, sus principios…, repasaba la lección. La memoria de Pedro García Gómez no era perfecta, le fallaba de repente en cualquier dato leído mil veces. Cuando eso ocurría al volante, con precaución apartaba la vista de la carretera y buscaba la respuesta en los apuntes acribillados por siete rotuladores fluorescentes.

Y ocurrió.

Trataba de encontrar ante quién interponer recurso extraordinario de reposición, no conseguía recordarlo, cuando un golpe brusco sacudió el vehículo. Los folios se estrellaron desordenándose en el suelo, el coche se balanceó al pasar sobre algo y un zapato de tacón sobrevoló el parabrisas. Pedro García Gómez levantó asustado el pie del embrague y caló el coche. Por un momento vaciló, lentamente se quitó el cinto, recogió los apuntes, los volvió a dejar sobre el asiento y descendió del Ford para ver qué había atropellado: un perro enorme, un cubo de la basura… Su cerebro no quería procesar la escena del zapato.

Se quedó quieto, rígido, con la misma sensación de boca seca que

le invadía cuando esperaba oír su nombre y DNI y entrar a examinarse. Junto a la rueda trasera había restos humanos. Agachó la cabeza: el neumático trasero era lamido por una lengua que escapaba de una mandíbula dislocada y fracturada, la de la alcaldesa de Salamanca; a su lado, arrebujado, liado, abrazado y pegado a ella descansaba en postura incómoda y obligatoriamente muerto un individuo anónimo, la cabeza girada ciento ochenta grados sobre su cuello miraba al asfalto y escondía el rostro. Los nervios sufridos en las pasadas oposiciones sirvieron a Pedro García Gómez para no perder el control, sabía cómo enfrentarse a un tribunal, cómo enfrentarse a cualquier situación.

Miró a su alrededor: en la carretera, sobre un fondo negro parcheado de oscuros grises, se extendía una brillante senda carmesí de restos de piel hecha jirones, mechones de pelo y sangre; marcaba en el asfalto cómo habían sido atropellados, arrastrados y pasados por encima los dos cuerpos. Miró a derecha, izquierda, arriba y abajo: ningún transeúnte, ningún vecino curioso asomado a la ventana, solos la noche, las farolas y él. Montó en el coche, encendió el motor y se alejó del lugar del accidente. Aparcó en la plaza cerrada del garaje de sus padres, subió a casa, cerró con llave, se dio una ducha, cenó y se sentó a estudiar cuatro horas antes de ir a dormir.

No se concentró, las horas de estudio fueron inútiles. En su cabeza, por primera vez desde hacía mucho tiempo, rondaba algo que nada tenía que ver con una oposición: había atropellado y matado a la alcaldesa y a un tipo desconocido. Estaban muertos, sin duda: el cuello del hombre, la mitad del cuerpo girado de ella sobre una columna vertebral rota… ¡Había matado a dos personas y no le había dado tiempo a repasar el tema siete! Cruel destino.

A las tres horas cuarenta y seis minutos dejó de estudiar, no acabó el tema; de repente le había asaltado un pensamiento monstruoso: con dos asesinatos sobre su espalda nunca le dejarían presentarse a una oposición. Lo más duro era estar seguro de que ese año iba a aprobar… Se levantó de la silla histérico, temblando, volvió a sentarse, se rascó sus bizcos ojos y se derrumbó sobre la mesa, sobre el temario, echándose a llorar.

Las lágrimas corrían las líneas de los rotuladores, difuminaban los trazados de su bolígrafo en los apuntes, creaban suaves colinas en la superficie de las hojas, y allí, bajo la luz amarillenta del flexo, en una incierta hora de la madrugada tuvo una idea o esta se evaporó de la masa húmeda de papeles e invadió su cerebro: utilizaría la desgracia en su favor, acojonaría al tribunal y le quitaría las ganas de suspenderle para siempre, no se atreverían.

No podía presentarse a una oposición hasta no pagar su deuda con el Estado, era cierto; las bases de la convocatoria obligaban a firmar una declaración en la que se juraba no tener delitos pendientes, y había delinquido… Pero el Estado español, tema dieciséis, no reconocía la cadena perpetua, y la pena por asesinar a una persona era la misma que por eliminar todo un autobús de preescolares. Utilizaría sus conocimientos. Mataría a los miembros del tribunal de ese año y crearía una leyenda con su nombre, un nombre que al ser pronunciado haría temblar a los integrantes del futuro tribunal tanto o más de lo que ellos habían hecho temblar a Pedro García Gómez.

El esquema de razonamiento era simple:

Premisa 1: Le esperaba una condena de la que no podía escapar por matar a una alcaldesa y un fulano.

Premisa 2: Si asesinaba a todo el tribunal de la oposición, la pena sería la misma.

Premisa 3: Cumpliría la condena y tendría tiempo para estudiar en la cárcel.

Premisa 4: Cuando lo soltasen podría volver a presentarse y tendría una gran ventaja.

Conclusión: Ningún tribunal, sabiendo que había aniquilado al anterior, se atrevería a suspenderle; estaría incapacitado por el miedo, pero no renunciaría, por las dietas. Le aprobarían.

Sí, sus oposiciones acababan de interrumpirse, pero solo por un periodo de tiempo no mayor de quince años; la prisión por un asesinato o varios no podía exceder los treinta y seis años, tema dieciséis otra vez: «El sistema jurídico español», y él, Pedro García Gómez, no tenía antecedentes, ni siquiera multas de tráfico, y lo soltarían pronto por buena conducta. Un tiempo de estudio entre barrotes y luego la plaza sería suya. Contento con este pensamiento se fue a acostar.

No consiguió dormir, dio vueltas en la cama sin dejar de pensar, había muchos puntos oscuros en su plan: ¿qué pasaría si le detenían en unas pocas horas y no le daba tiempo a perpetrar sus crímenes?, o, lo que era peor, ¿y si al salir de la cárcel el nuevo tribunal era poco leído y no recordaba su nombre ni la carnicería cometida por Pedro García Gómez, con DNI 07123432P, sobre otro tribunal unos años antes?; eran funcionarios, todo era posible… Tenía que pensar algo, algo, algo; cómo hacer que el futuro tribunal se acordase de lo que ocurrió, que le temiese, cómo hacer memorizar algo en la vacía cabeza de un empleado público…

Se levantó de la cama de un salto: otra idea, sabía cómo hacerlo, lo mismo daba uno que diez, uno que ciento. Elaboraría una lista antes

de ingresar en la cárcel y volver a estudiar; las premisas variaban, la conclusión no. Una lista en la que incluiría todas las personas a las que sería preciso eliminar para convertirse en mito y aterrorizar a cualquier candidato a tribunal de oposición en el futuro. Cuando fuese detenido se la entregaría a la policía y se haría pública. A la gente le encantan los asesinos en serie; su juicio sería retransmitido, sus crímenes se grabarían en el cerebro de los españoles y su nombre sería recordado por el aterrado tribunal que le tocase al volver.

De madrugada encendió el flexo, incrustó en sus oídos unos tapones de espuma amarillos como requería el ritual de estudio, apartó el tema siete, sacó de la carpeta azul de folios limpios una hoja en blanco y empezó a escribir:

«Listado de personas a las que eliminar para aprobar una oposición.»

Anotó el primer guion:

«-Tribunal de la oposición de este año.»

De inmediato tachó la línea y perdonó la vida al quinteto de funcionarios; sus nombres serían olvidados, el suyo propio, Pedro García Gómez, sería olvidado, pasaría a ser un psicópata más. Era un crimen demasiado sofisticado para la policía y demasiado poco morboso para ser retenido por el colectivo. Si quería que su lista, y por lo tanto su plan, tuviese éxito, debía ir a por los jefes de los funcionarios, los políticos: su muerte tenía más peso en la prensa y podía cavar un hueco en la memoria de la comunidad civil. Anotó un segundo guion:

«-Presidente de la comunidad autónoma y todos los consejeros.»

Quería ser funcionario de la Junta de Castilla y León.

La idea estaba bien, lo sabía, pero también sabía —años de estudio a sus espaldas le hacían tener una visión más amplia del mundo— que los temarios del Estado y autonómicas para administrativos eran similares y no coincidían en el tiempo. Al salir de prisión se apuntaría a las dos oposiciones; si el tribunal de la Junta no lo reconocía, siempre le quedarían las del Estado.

Por una vez quería apostar a caballo ganador y era fácil, apostar consistía en añadir renglones, líneas que no era necesario realizar en su totalidad; con alguna valía.

Apuntó a los jefes de los funcionarios de la Administración General del Estado:

«-Presidente del Gobierno y todos sus ministros.»

Releyó la lista, era corta pero sustanciosa: algún político se podría cargar, lo sabía, había muchos. España esperaría ansiosa la retransmisión del proceso, incluso el tamaño de la obra podía

amedrentar al juez, un funcionario más, y aplicarle una pena leve o sobreseer el caso…

La lista, pensó, era práctica para aprobar y acojonar, pero le faltaba *marketing*; podía no ser interesante para el público en general y el funcionario en particular. Necesitaba incluir algo que diese propaganda a su causa, que le hiciese ser admirado y conocido antes de ser detenido y le hiciese pasar, con el tiempo, a ser parte de las historias urbanas: el Dioni y su furgón, y Pedro García Gómez el opositor. Necesitaba algo, pero no se le ocurría… De repente le vino la chispa, la inspiración; aprobaría la oposición, haría un favor al mundo y seguramente el juez, si era humano, le condonaría la pena. Escribió el tercer guion:

«-Los periodistas de la prensa rosa.»

Analizó lo escrito: la verdad era que no había ninguna diferencia entre programas de la prensa rosa, periódicos y telediarios. Solo las noticias más morbosas tenían cabida, solo los sesos, las tripas, las angustias ajenas y los invitados de excepción que comentaban las noticias; viandantes entrevistados sin tener la menor idea de cuál era el caso y que siempre respondían: «Pues era muy majo y muy formal»; hasta los terremotos y los incendios forestales habían pasado a ser muy majos y muy formales. Anotó la cuarta línea:

«-Todos los periodistas, a excepción de los del tiempo de la Primera.»

Sonrió, hacía cinco años que no sonreía, pero aquella noche, a las cuatro horas veintitrés minutos de la madrugada cuando un grillo macho de dos gramos de peso cantaba en una maceta de la vecina, Pedro García Gómez sonrió, estaba haciendo algo bien, estaba aprobando una oposición.

Y su alegría le dio alas. Había un tipo en España que había llegado a ser funcionario sin examen de acceso, se había saltado el tema nueve, «Modos de ingreso a la Administración»: él, su familia y descendientes eran funcionarios genéticos, y esa figura no aparecía en la legislación. Anotó:

«-La familia real.»

Fue al servicio; mientras meaba observó en las baldosas del suelo una mancha con pequeños relieves, restos de una pisada; parecía un globo terráqueo vencido por la sequía, la mirada a través de un catalejo de un desierto perdido. Imaginaba, y llevaba un lustro sin hacerlo. Un olor invadió su pituitaria. Se la sacudió, se agachó y acercó la nariz a la mancha; la apartó asqueado. Buscó en el armario del pasillo las botas y encontró la mierda de la buena suerte pegada a la suela derecha; grietas sonrientes y claras se abrían en la superficie

aterciopelada y seca, penetraba los tacos y relamía la goma hasta el cuero. La superstición se reía en su cara. Se sentó en la cocina y con una pinza de ropa verde raspó, rascó y arrancó, entre arcadas, las morcillas torrefactas y tiernas. Pasó la suela por el grifo y dejó la bota descansando en la terraza. Corrió a su lista y escribió:

«-Los perros de las ciudades.»

Tachó la línea. Pedro García Gómez era un asesino de hombres, no de bestias; matar perros era la segunda B de los criminales. Anotó:

«-Los dueños de los perros.»

Mordió la tapa del boli y volvió a tachar. No, no serviría de nada matar a los dueños: había muchísimos. Establecer la causa entre cagarro, perro y dueño sería difícil, además planteaba dudas filosóficas tremendas, por ejemplo: en una casa en la que la unidad familiar constase de seis individuos…, ¿quién era el dueño del perro?; ¿acababa con los seis, con el que lo sacaba a pasear o con el niño que se había empeñado en tenerlo? Una empresa demasiado grande para aprobar una oposición; necesitaba reducir víctimas, pensó. Y volvió a coger el bolígrafo.

«-Los veterinarios.»

Sí, ellos eran los culpables. Muerto el perro, se acabó el cagarro, y ¿por qué no se morían los perros? Pues por culpa de los veterinarios, era evidente. Un mundo sin animales de compañía sería más limpio. Añadió:

«-Los veterinarios (motivo medioambiental).»

Soltó una risilla: su desfachatez, su audacia, su enfrentamiento a las normas establecidas le hacía sentirse feliz. Dejó la hoja y se sentó a ver la tele. Puso la Segunda. A Pedro García Gómez le gustaban los documentales, y como recompensa a su bien encauzada lista emitían uno.

El argumento del largometraje era el uso de los recursos disponibles por los animales, las diferentes estrategias de uso. Hablaba de ratas y elefantes, de cómo las dos especies se enfrentaban al reto de administrar sus recursos: agua, alimentos, espacio… A las ratas las definía como estrategas «R». Se caracterizaban por consumir los recursos hasta agotarlos, llegar a la madurez sexual en muy poco tiempo y tener muchas crías. Ante la abundancia de alimentos se multiplicaban de forma exponencial y se convertían en plaga; cuando la comida se acababa las ratas desaparecían: peleas, estrés, enfermedades, infertilidad o inanición…, casi todas morían. Sus poblaciones crecían y decrecían muy rápido. Su gráfica de supervivencia en el tiempo parecía la dentadura de un tiburón. Sin embargo, los elefantes tenían una gestación muy larga y eran poco

prolíficos, solo una cría, tardaban mucho en alcanzar la madurez sexual y durante la infancia aprendían de sus mayores. Eran estrategas «K», sus poblaciones se mantenían constantes y aumentaban o decrecían poco a poco; sabían administrar los recursos. El documental aclaraba que los parásitos no eran estrategas «R», y acababa haciéndose una pregunta: ¿El hombre era un estratega «R» o un estratega «K»?

Pedro García Gómez apagó la tele. Era un tipo sensible; emocionado, se sonó los mocos en un viejo pañuelo de tela, se limpió las lágrimas con el dorso de la muñeca y se fue a dormir. El grillo ya no cantaba, la lista descansaba sobre la mesa.

En la cama, con los ojos cerrados, dejándose arrastrar al país de los sueños, recordó la palabra *parásito*: qué bonita, qué evocadora, qué fuerza.

Durmió más de nueve horas; por primera vez en un lustro y seis meses no puso el despertador: ahora era Pedro García Gómez el que decidía a qué hora tenían el examen los agraciados de su lista.

Listado de personas a las que eliminar para acojonar a un tribunal y aprobar una oposición:

- Tribunal de la oposición de este año [tachado].
- Presidente de la comunidad autónoma y todos los consejeros.
- Presidente del Gobierno y todos sus ministros.
- Los periodistas de la prensa rosa.
- Todos los periodistas, a excepción de los del tiempo de la Primera.
- La familia real.
- Los perros de las ciudades [tachado].
- Los dueños de los perros [tachado].
- Los veterinarios (motivo medioambiental).

# La lista

Despertó en su cama a las doce del mediodía, la hora del ángelus. Pedro García Gómez se asustó; por un momento pensó que el despertador no había sonado a las siete como debía, que se había dormido y que en aquella guerra por ser administrativo algún cabrón, en la biblioteca o en casa, le sacaba varias horas de estudio. La conciencia tomó su sitio en el cerebro; no estudiaría más por una temporada: la noche anterior había atropellado y matado a la alcaldesa y a su acompañante, la noche anterior había hecho planes, elaborado una lista para aprobar la oposición cuando pagase sus deudas con la sociedad.

Se levantó de un salto, emocionado, quería ver la lista, comprobar que no estaba soñando, y allí estaba, en el estudio. Sonrió y se fue a mear, limpiar la baldosa, desayunar, lavar los dientes, duchar, afeitar y todas las cosas que un buen chico sabe hacer si ha prestado algo de atención en su proceso educativo. Se miró en el espejo y vio que las dos bolsas negras que subrayaban desde hacía tanto tiempo su mirada casi habían desaparecido.

Dedicó la mañana al difícil arte de no hacer nada. Para comer se dio un banquete: croquetas con mayonesa. No fue necesario roerlas congeladas y crudas como siempre hacía, cuando no había tiempo y la oposición lo obligaba. Las descongeló y frio en una sartén con aceite rancio, las sirvió en un plato con tres cucharadas soperas de mayonesa y usó el cuchillo y el tenedor. Cuando acabó volvió a su cuarto a estudiar la lista. Pedro García Gómez sabía que hacer realidad lo escrito iba a ser muy difícil, imposible, así que optó por una sola cosa, la más fácil y espectacular, y se decidió por los políticos autonómicos. Tras el atentado sería detenido, no muerto a disparos, eso solo pasaba en las películas americanas, pero sí detenido, y toda su lista, su gran idea, la tendría que defender en el juicio, que esperaba fuese retransmitido, y hacer conocer al gran público. De todas formas, y si por casualidad conseguía escapar, decidió redactar una lista nueva en limpio, sin tachones, y dejarla donde pudiese ser encontrada por la policía. Antes introdujo dos modificaciones:

Sustituyó el encabezamiento por:

«Listado de personas a las que eliminar para ser feliz»

El motivo real de sus crímenes solo lo diría en el juicio, riendo y

acojonando a sus verdugos; sería un golpe de efecto. Con el nuevo objetivo, la tele, si tardaban en cogerlo, le haría más propaganda. Además, no quería dar ideas, había por el mundo mucho oportunista estudiando para administrativo, podían intentar imitarlo y dejarle sin plaza.

Tachó. Recordó la madrugada anterior, su palabra favorita, la que le había mecido hasta la inconsciencia: *parásito*, y decidió añadirla; sonaba bien y culto, sería su firma personal. El verdadero objetivo de la lista quedaría oculto por dos bonitas palabras.

«Listado de parásitos a los que eliminar para ser feliz:»

Añadió además nuevos candidatos:

«-Los alcaldes.»

Sabía que el nuevo renglón no tenía sentido en el cometido final, aprobar, pero justificaba el primer atropello y le ahorraba explicar al juez que había decidido hacer la lista porque la condena era la misma por un muerto que por ochenta. Además, pensó, aunque menos frecuentes y mucho más fraudulentas, también había oposiciones locales a ayuntamientos; era bueno dejar abiertas todas las puertas a la Administración.

Finalmente, Pedro García Gómez tenía una lista:

«Listado de parásitos a los que eliminar para ser feliz:
- Los alcaldes.
- Presidente de la comunidad autónoma y todos los consejeros.
- Presidente del Gobierno y todos sus ministros.
- Los periodistas de la prensa rosa.
- Todos los periodistas, a excepción de los del tiempo de la Primera.
- La familia real.
- Los veterinarios (motivo medioambiental).»

MIRA NEO,
EN LA MANO DERECHA TENGO UNA PASTILLA DE JABÓN LIAGARTO Y EN LA IZQUIERDA UNA DE CIENO DE PRAVIA
¿CUÁL QUIERES QUE TE TIRE?
Y RECUERDA, SOLO TE OFREZCO LA VERDAD
¡QUÉ HIJOPUTA! ¿AÚN ME DUELE?
¡LA VERDAD SIEMPRE DUELE!

Todo arte y toda investigación, y del mismo modo
toda acción y elección, parecen tender a algún bien.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*,I

Los periódicos publicaban en primera página un único titular, los telediarios comenzaban con las mismas imágenes macabras, los informativos radiofónicos pregonaban la noticia, en los programas del corazón un grupo de retrasados mentales analizaba meticulosamente la historia del día:

«Mueren atropellados la alcaldesa de Salamanca y su escolta al abandonar un hotel de alquiler por horas. El autor se da a la fuga.»

Los cuellos retorcidos y los mechones de pelo adheridos con sangre seca al alquitrán habían compartido calor, comida, cena y desayuno en cada hogar, cada mesa y cada rincón de la península, grabándose en la retina de los niños que untaban pan en huevos fritos, en los ojos sin vida de zombis hundidos en el sofá. Nuestro héroe, Pedro García Gómez, era el único habitante del país a aquella hora que conocía perfectamente la historia y no la había visto manchada, edulcorada, teñida o modificada en ningún medio de comunicación.

El primer renglón de la lista era un hecho.

Pedro García Gómez aguardaba desde hacía rato frente al edificio de Presidencia en un Ford Orión verde con restos secos de carne, tendones y cuero cabelludo en el parachoques delantero. Se había levantado temprano, duchado y afeitado, sacado el dinero que le permitía el cajero y trasladado hasta la capital de su autonomía.

Sabía de memoria la dirección de todas las consejerías de la Junta, la ubicación exacta y los metros cuadrados que ocupaban, pero encontrar una de ellas sobre el terreno y con un mapa Repsol de hacía once años no había sido tan sencillo. Había tardado más de cuatro horas en encontrar Presidencia. Valladolid era un caos de obras y desvíos, y los vallisoletanos unos antipáticos que se negaban a contestar a sus preguntas o unos incultos que desconocían las calles de su propia ciudad. Tenía poca agua en el radiador, el motor se había

recalentado y la aguja de la gasolina marcaba la reserva. Matar a un consejero le iba a costar el coche.

El edificio estaba rodeado de jardines y, a su vez, por una sólida valla de hierro forjado de más de tres metros de altura, construida con el dinero de todos los contribuyentes a partir del año mil novecientos setenta y ocho («Las Cortes de Castilla y León», tema ocho). Pedro García Gómez se acercó a la garita del guardia tras otro coche cuando entraban los funcionarios, dos horas más tarde del horario establecido en los apuntes, saludó al guardia como si lo conociese y aparcó dentro correctamente, en el *parking* frente al edificio principal. Sus años de opositor le habían dado la sabiduría necesaria para llevar a cabo sus crímenes: en aquel edificio se reunían en consejo todos los jueves el presidente y los consejeros —tema ocho—. También sabía —incluido en qué real decreto y orden estaba regulado— que estaba prohibido fumar en lugares públicos y que los fumadores tenían que salir a la puerta a «echar el cigarrito». Y allí estaba Pedro García Gómez esperando paciente a algún fumador empedernido: un consejero, dos, el presidente…, no tenía ni idea; era el arte de la guerra, era el arte de la pesca. Sospechaba que le detendrían en el acto, que no había posibilidad de huida y que toda su lista se quedaría en tinta, con solo dos renglones, pero no se le había ocurrido nada más ingenioso, con fuga o sin ella. Contaría su historia y su verdadero plan en el juicio. Solo era un listado de personas a las que eliminar para acojonar a un tribunal y aprobar una oposición.

El acecho del político fumador podía ser largo, pero había llevado unos apuntes, el apasionante tema nueve.

A la media hora, mientras los conductores oficiales, funcionarios o laborales, charlaban de fútbol al lado de grandes coches oscuros con cristales tintados y un mirlo correteaba por el césped, aparecieron en la puerta tres de los diez consejeros; los conocía a todos por las transparencias de la academia. Apartó los apuntes, arrancó el coche y lo dejó calentar unos minutos, no quería que se le calase; podía dejarlos disfrutar su último cigarrillo. Se abrochó el cinto, puso una almohada frente al volante (este detalle lo había obtenido de una película de Chuck Norris) y pisó el acelerador a fondo al mismo tiempo que el presidente y otros cuatro consejeros se unían a sus compañeros. Metió segunda y, a toda la velocidad que es capaz de coger un Ford Orión verde del noventa y uno en cien metros, atropelló al presidente de su comunidad autónoma y a siete de sus diez consejeros. Acababa de conseguir el segundo renglón de la lista, aunque en realidad era el primero.

El coche sorprendió a los políticos: tan acostumbrados como

estaban por su profesión a no hacer nada, tampoco se movieron esta vez. El parachoques rompió las piernas al presidente y al consejero de Fomento, que cayeron a plomo atraídos por una gravedad que no diferenciaba grupos sociales; las ruedas delanteras aplastaron y trituraron sus cráneos, los sesos se esparcieron formando abanicos de color marfil perfilados por vénulas rojas, la rueda derecha para el presidente, la izquierda para Fomento. Un consejero salió volando por encima del coche sin dejar de fumar, botó contra el techo y se rompió el cuello contra el suelo sin escupir el cigarrillo. El consejero de Igualdad vio por el rabillo del ojo acercarse la apisonadora verde, intentó esquivarla, pero su cerebro fue mucho más rápido que sus dormidos reflejos, se hizo un lío, perdió el equilibrio y murió desnucado contra el bordillo. El resto fueron aplastados contra el palacio presidencial; dos murieron en minutos viendo sus intestinos violáceos, húmedos, brillantes y humeantes desbordarse sobre el capó verde; otro, una semana más tarde, por hemorragia interna. Solo el consejero de Sanidad quedó ileso, pero murió de un ataque al corazón debido al estrés esa misma tarde.

Pedro García Gómez no pudo dar, ni queriendo, un golpe tan certero en la política autonómica. La suerte estaba de su parte.

Recuperó el sentido a los pocos instantes del impacto, levantó la cabeza de la almohada que le había servido para no comerse el volante o algún intestino, se tocó un chichón en la frente, soltó el cinturón de seguridad y, confuso, entre un amasijo de restos humanos y sangre, entre el hedor de tripas reventadas por un buen parachoques metálico, se alejó del coche. Tenía que ir a la academia, llegaba tarde; el tema nueve, hoy tocaba el tema nueve…

Todos los funcionarios del edificio se asomaron a la ventana para ver qué había ocurrido y se quedaban allí petrificados contemplando el curioso cuadro impresionista compuesto por un coche verde, humo blanco, trajes negros, vísceras azuladas, coágulos azabache, mesenterios ámbar y brillante sangre roja. Nadie consiguió ver restos de cerebro.

Los chóferes, los más cercanos al lugar del siniestro, y los guardias de seguridad, los más cercanos al mono, tardaron exactamente seis minutos cincuenta y siete segundos en reaccionar y acercarse. En ese periodo Pedro García Gómez, aturdido, se cruzó con unos conductores que miraban petrificados y en silencio al vehículo sin prestarle la más mínima atención.

El cerebro de Pedro García Gómez se activó cinco minutos después del impacto. No tenía clase, estaba en Valladolid, estaba haciéndose funcionario. Sintió náuseas, estaba mareado y le dolía el chichón, pero

se sobrepuso; tenía la sangre fría de un veterano de oposiciones. Un minuto más tarde los conductores comenzaron a andar temblorosos hacia el Ford. Pedro García Gómez estaba frente a los coches oficiales y uno tenía la puerta del conductor abierta. No dudó, se sentó dentro, las llaves estaban puestas, arrancó y, sin prestar más atención al renglón número dos de su lista, abandonó el recinto administrativo. En la garita de salida no sabían qué había ocurrido, al ver llegar el coche de un consejero abrieron la barrera y le saludaron con la mano.

Aparcó el coche correctamente en un polígono de las afueras de Valladolid, cogió un autobús urbano y fue al centro. Tenía un problema, no sabía qué hacer a continuación. Pedro García Gómez, opositor, pensaba que aquella iba a ser su primera y última acción consciente al margen de la ley, que iba a ser detenido; pero eso no había ocurrido. El «pendrai» que guardaba en su bolsillo cargado con todo el temario para ir mirándolo en la cárcel le recordaba que su plan había salido mal.

En el autobús, Pedro García Gómez apoyó la frente contra la ventana y cerró los ojos. El frío del cristal le alivió el chichón, las vibraciones le tranquilizaron algo. Estaba nervioso y así no podía estudiar, no retendría datos o lo mezclaría todo. Ya le había pasado antes, la tarde que Gloria lo dejó por el camarero, y le había durado cuatro horas, un tiempo maravilloso desperdiciado. Tenía demasiadas cosas que pensar, que estudiar, y muy poco tiempo. Aún no había sido detenido y no tenía coche, lo había estampado contra una pared sin rastro de pis de perro, pero llena de políticos. Era libre y se debía a su causa, trazaría nuevos planes, decidiría qué renglón de su lista ejecutar a continuación. No creía tener tiempo para realizarlo, y de hacerlo, sería, seguro, su última fechoría.

Reconoció una plaza del centro y se apeó en la siguiente parada. Una nebulosa translúcida de sangre marcaba en el cristal su paso por los transportes urbanos de Valladolid.

No eran ni las doce. Los comercios de las calles peatonales estaban vacíos. Entró en una cafetería a tomar un café y pensar tranquilo, untando churros, su siguiente objetivo, o a esperar a la policía; lo que ocurriese antes.

# Emérito Mateo Ramírez

La oreja del presidente de la autonomía era despegada del suelo con una espátula cuando Emérito Mateo Ramírez, inspector de policía, llegó al lugar de los hechos. Inspeccionó con atención los cadáveres, las moscas, los ciruelos rojos cercanos, y asomó la cabeza por la ventanilla rota del Orión verde. En el interior del vehículo el hedor a mierda de perro hacía la atmósfera irrespirable, tanto que hasta ese momento ningún policía había tenido las agallas de entrar. Emérito Mateo Ramírez, inspector, subió al coche; sabía cuál era su misión: esclarecer lo ocurrido, o mejor dicho, averiguar quién había perpetrado el atentado; lo ocurrido era evidente.

Envuelto en la nube de nocivos miasmas de excrementos encontró sobre una de las alfombrillas unos apuntes de legislación subrayados; abrió la guantera y descubrió, doblada en cuatro pliegues, la lista; la leyó. Lo detendría, era un asesino en serie, un psicópata, un trastornado que prefería la legislación a las novelas.

Lo llevaría a prisión, pero le inspiraba simpatía: la lista era correcta; en su opinión sobraban los veterinarios y faltaban los abogados, por lo demás era muy lógica. Copió la lista en su libreta de notas, la incluyó en una bolsa de pruebas y la entregó, junto a los apuntes, a un agente. Le preguntó los datos del coche. El policía respondió que aún no los tenían, que se había mandado la matrícula a Tráfico y que toda la información que se obtuviese llegaría por fax a la comisaría a lo largo de la mañana.

A Emérito Mateo Ramírez le rutaron las tripas. La policía científica tomaba muestras del volante y el parachoques, una grúa roja aguardaba al coche verde, una ambulancia blanca al herido amoratado que moriría de infarto esa tarde, coches de funeraria negros al brillante y multicolor amasijo político. Hasta ese día los asesinatos quitaban el hambre a Emérito Mateo Ramírez, sin embargo aquel descalabro múltiple de políticos le había puesto de buen humor y abierto el apetito. Se levantó el cuello de la gabardina, se colocó el sombrero y dejó la escena del crimen con una sonrisa en los labios. Eran las doce y trece, le apetecía un café y conocía una cafetería en el centro donde lo hacían muy bueno.

Emérito Mateo Ramírez siempre había querido ser inspector de policía, desde niño, cada vez que veía una película en blanco y negro

de Philippe Marlow, cada vez que leía una novela de detectives. En cuanto acabó la facultad hizo una oposición a inspector de policía, aprobó, y con el primer sueldo se compró una gabardina y un sombrero marrón a juego. Sabía que era la única persona en la ciudad que vestía de aquella manera, pero no le importaba: era el inspector Emérito Mateo Ramírez y ese era su uniforme. En realidad, sus sueños habían sido dos: ser inspector de policía y llevar gabardina y sombrero.

El coche patrulla dejó a Emérito Mateo Ramírez en las calles del centro, cerca de la comisaría. Entró en un bar y pidió un café con leche y un dónut. La tele estaba demasiado alta, la cafetera emitía cada poco tiempo un bufido ensordecedor, los funcionarios de la Administración pública tomaban café hablando a gritos y la estructura de la cafetería hacía ecos de los ruidos y de los ecos de los ecos creando un ambiente insoportable y similar al de cualquier otro bar del país, pero el inspector estaba absorto en sus asuntos, pensando en la lista. Recogió el café y el dónut y fue a sentarse junto a la ventana, junto a una mesa ocupada por un tipo ojeroso de cara pálida que daba vueltas, pensativo, a su café.

El inspector Emérito Mateo Ramírez sacó su bloc de notas y estudió la lista. Si lo de la alcaldesa no había sido un accidente, si había sido el mismo tipo, se trataba de un asesino en serie, el primero al que se enfrentaba en su carrera. Recordaba haber estudiado que un asesino en serie creaba un vínculo con el policía que lo investigaba, una especie de morbosa amistad; ahora estaba totalmente de acuerdo.

La televisión atronaba; en el programa los invitados se insultaban y discutían la posibilidad de levantar un muro de hormigón en la costa mediterránea para evitar la llegada de inmigrantes.

El inspector Emérito Mateo Ramírez levantó la vista de su libreta y miró la televisión; en pantalla, a pie de imagen, aparecía el siguiente texto: «Si quieres asistir como público al programa, llama a este número».

Los contertulios de cualquier cadena eran omnisapientes, pensó Emérito Mateo Ramírez. Una mañana hablaban de terremotos, otra, de la boda de algún famoso, otra, de las declaraciones de un actor, otra, de la posibilidad de volver a la Luna, siempre, eso sí, faltando al respeto a todo el mundo, ellos incluidos, y dejando muy claro que no había vida inteligente en la televisión. A nadie le gustaba la tele, pero todos la veían. ¿Cómo no iba a caerle bien el justiciero que pensaba acabar con todo aquello?

Observó al tipo ojeroso mirar el mensaje sobreimpreso del programa y tuvo una corazonada. Se levantó, pagó el café y fue dando

un paseo a su despacho. Creía saber dónde iba a ser la próxima matanza.

¿Llegar unos minutos más tarde y dejar al asesino hacer su trabajo?, ¿impedirlo y detenerlo?… Le fastidiaba, pero sabía qué hacer: llegaría antes y lo capturaría.

En comisaría se celebraba una reunión urgente con un único punto a tratar: Pedro García Gómez. El comisario había juntado a todos sus hombres. El asesino era Pedro García Gómez, varón, treinta y tres años, soltero, un metro setenta y seis centímetros de altura, moreno, ojos marrones y bizcos, sin marcas, tatuajes, pendientes o antecedentes penales. Un loco que había iniciado una cruzada contra la clase política española y debía ser entregado a la justicia para ser juzgado y condenado por ello; un terrorista movido por no se sabía todavía qué pensamientos sociopolíticos: ¿trotskista, leninista, nihilista, judeomasón, o una mezcla de ellos? Hasta su detención todo político de la comunidad autónoma sería protegido por dos agentes de policía; el resto de las funciones o investigaciones eran suspendidas. Toda la comisaría, todas las comisarías, se dedicarían a dar protección a los políticos.

Tras levantarse la reunión y los asistentes, el inspector Emérito Mateo Ramírez entró en el despacho del comisario a dar parte de su investigación.

—He descubierto… —dijo con suspense— que es un asesino en serie, señor. —Sujetaba el sombrero entre las manos—. Creo que puedo atraparlo.

—No hace falta que me cuente usted nada, ya lo sé —contestó enfadado el comisario—. Tenemos el informe científico del coche: había sangre de la alcaldesa y su amante en el parachoques. Sabemos quién es el asesino, el hijo del propietario del vehículo: estaba lleno de huellas. Pensamos que no le mueve la religión, es un anarcotalibán. Hemos recibido órdenes de arriba, de los mandamases; están acojonados. ¡Exigen protección!

—No lo entiendo, señor comisario. ¿No le han pasado la lista que encontramos en el Orión? Marcaba otros objetivos que deberíamos vigilar, no solo políticos.

El comisario Pedro Tabernero, de pie tras una mesa y apoyado en sus nudillos sobre un montón de informes, miró fijamente al detective Emérito Mateo Ramírez.

—Esa lista no existe —murmuró.

Emérito Mateo Ramírez continuó sin haberle oído.

—Nuestro asesino actuará pronto, tiene prisa, y esta vez lo hará en la tele, no repetirá renglón, tengo una corazonada.

—Esa lista no existe. ¡No hay una lista! ¿Le ha quedado claro? —casi gritó el comisario—. Pedro García Gómez es un asesino de políticos. Las Cortes, por mayoría absolutamente absoluta, quieren que todos sus políticos sean protegidos. No se arriesgarán, no nos arriesgaremos a perder un político más, concejal, alcalde o diputado. Esa lista es una cosa entre usted, el Cuerpo y yo. Toda la comisaría, incluido usted, se dedicará en exclusividad a vigilar a nuestros políticos. La orden es la misma para todas las comisarías del país, todos los políticos están amenazados.

—Pero… —insistió Emérito Mateo Ramírez— ¿quién capturará entonces al asesino? Permítame ir a Madrid y podré detenerlo.

—Ese no es mi problema, no me pagan por pensar. No, usted no irá a ningún sitio, se quedará aquí y vigilará de cerca al político que le corresponda.

Emérito Mateo Ramírez perdió la alegría que le acompañaba desde primera hora de la mañana. Se fue a casa a comer, puso agua a calentar para preparar unos macarrones, dio de comer a sus dos gatos y se sentó a fumar un porro y relajarse mientras hervía el agua.

El inspector Emérito Mateo Ramírez era policía, pero no tonto. Al comenzar a trabajar había detenido a traficantes, putas y asesinos. Con el tiempo se había dado cuenta de que vivía una nueva ley seca, la del siglo XXI: «ni drogas ni putas», una ley que había creado, como la antigua, alcapones, mafias, miserias, muertes, y fomentado la corrupción política. Por eso, desde hacía ya mucho tiempo, se regía por su propio código moral y sus propios límites respecto a la legalidad: se exigía el máximo para resolver asesinatos, violaciones, terrorismo…, pero no prestaba el más mínimo interés en casos de prostitución o tráfico de drogas, casos en los que caían los peones, pero nunca el rey. Esas ideas le habían hecho ser recto a su manera en el ejercicio de la profesión, poco respetado por sus compañeros y alejarse de cualquier tipo de ascenso. Esas ideas se revelaban y gritaban mientras la pasta se ablandaba entre burbujas. Le dolía la cabeza.

Sabía que Pedro García Gómez no tenía tiempo, que se sentía acorralado y creía que iba a ser detenido en horas, que necesitaba actuar rápido y hacerse más propaganda antes de ser arrestado. Los asesinos en serie que van dejando notas a la policía o a la prensa quieren ser famosos; su próximo crimen sería en la televisión. También sabía que, si su lista no era publicada, se irritaría.

Todas las noticias en España y el mundo civilizado comenzaron con las mismas escenas: una cámara de seguridad mostraba cómo un Orión verde aplastaba contra la pared a un grupo de políticos.

Mientras los charcos de sangre aumentaban de tamaño, Pedro García Gómez salía del coche y se iba caminando. A continuación una vecina de Pedro García Gómez, la del segundo A, invitada de excepción para comentar la noticia, decía:

—Era muy educado, pero no me gustaba; demasiado tímido; se notaba que le gustaban los hombres…, pero no para hablar, usted ya me entiende.

# Juan Carlos Asnal González

Hace cuarenta años, cuando la perra o la gata tenían crías se les dejaba una o ninguna, al resto se las mataba de las formas más diversas, pero la más extendida, al menos en el pueblo de Juan Carlos Asnal González, era meterlas todas en una bolsa, hacer un nudo y tirarla al río. Si había niños cerca, afinaban la puntería a pedradas, y luego, en los márgenes del río y retenidos por las ramas de zarzas o sauces, aparecían los cuerpos hinchados de los cachorros. La costumbre se perdió: ahora los perros se esterilizan o se los pincha para que no tengan el celo. Si hubiese seguido practicándose, Emérito Mateo Ramírez, detective, probablemente se hubiese aficionado a la pesca.

Pero en medio de aquel brutal acto de selección natural estaba Juan Carlos Asnal González. A los cinco años acostumbraba a sentarse en un meandro del río donde la corriente empujaba la basura que arrastraba y también las bolsas. Allí, con ayuda de un palo rescataba las bolsas; unas veces se movían, maullaban o gemían; otras era tarde y al abrirlas le saludaban cachorros hinchados, con una lengua rosada y pálida entre los dientes y calvas en el pelo que dejaban ver una piel arrugada y blanca.

Si había suerte, los llevaba al desván y los alimentaba a biberón con la leche que robaba del desayuno de sus desnutridos hermanos. Casi todos morían y volvían al río, pero alguno conseguía abrir los ojos y sobrevivir. Entonces metía al gato o al perro en la cartera, lo llevaba al colegio y, ante la sencilla frase de «Si no lo vendo, tendré que matarlo», se lo vendía a las niñas por lo que pudiese sacar.

Era verdad, no era una frase publicitaria: si el animal seguía creciendo y no lograba colocarlo, lo colgaba de un árbol.

Aunque con vista para los negocios, Juan Carlos Asnal González era muy malo en clase, o tonto. Por ejemplo, en matemáticas entendía a su manera el concepto de la multiplicación: poner tantas filas como números tenía el multiplicador, dejando un hueco a la derecha cada vez que empezaba una, hacer una raya y sumar todo. Y eso hacía Juan Carlos Asnal González, daba igual los números de la multiplicación: ponía las líneas correspondientes llenas de ceros, hacía la raya, añadía los ceros de la suma y acababa el ejercicio. El resultado siempre era el mismo que sus notas: cero.

Sus padres tenían un kiosco y, viendo que su capacidad intelectual era reducida o nula, le pusieron a ayudar al salir de la escuela.

Y allí encontró el filón, los anuncios clasificados.

Los leía todas las tardes y cuando alguien quería un perro se presentaba con uno de los suyos asegurando que era la raza que buscaban en el anuncio. Un niño con ojos grandes y un cachorro en los brazos siempre conseguía vender el perro. Cuando el animal crecía se veían los defectos, y si había sido adquirido como pastor alemán, no llegaba a medir treinta centímetros de altura o presentaba la silueta de un galgo. Pero cuando esos detalles estéticos aparecían la «cosa» llevaba meses en el hogar y se le había cogido cariño. Y nadie se quejaba, y a la hora del café familiar, mientras la bestia hacía suya la bayeta del polvo, disculpaban al pobre niño tonto o engañado que les había vendido un adorable perrito en lugar de un triste pastor alemán. Tan bien se le dio el negocio que a veces, cuando pedían un perro y no tenía, Juan Carlos Asnal González se presentaba con un gato: niño con ojos grandes y gatito entre los brazos… Tierna imagen. Vendía el gato.

Le regalaron la EGB con la promesa de sus padres de no matricularlo en un instituto. No le importó dejar los estudios. Para qué necesitaba Juan Carlos Asnal González saber matemáticas si había calculadoras, o lengua si ya sabía hablar, o literatura si no le gustaba leer…

Le preocupó más el bajón que sufrió su negocio al dejar el colegio. Las niñas de clase ya no estaban y la figura adolescente con pelusa bigotuna y cachorro famélico entre los brazos ya no vendía. Desconfiaban de la raza, de que fuese cócker si era blanco o dálmata siendo canelo…, y no compraban.

Y así llegó Juan Carlos Asnal González al concepto de raza y descubrió que podía ganar dinero con él. Aprendió a hacer sellos oficiales con una patata cruda y tinta de boli, redactó los papeles del pedigrí con la máquina de escribir de su padre y los llenó de sellos. La falsificación fue perfecta, o no, pero nadie había visto nunca un original. Luego robó en el parque dos dóbermans, lo que estaba de moda en aquel momento. Y se los regaló a su abuela (si no hay gasto, el beneficio es mayor). Los cachorros de raza dóberman con sus papeles se vendieron solos y ganó mucho dinero. Pero la demanda disminuyó. Entonces comprendió que el mercado variaba, que las modas cambiaban con rapidez, y desarrolló su famoso concepto del cincuenta por ciento.

A la moda del dóberman siguió la del chihuahua. Vendió el dóberman macho (50 kilos) y robó un chihuahua en el parque (500

gramos). Tenía que sujetar al chihuahua en sus intentonas de cruce con la hembra de dóberman, pero consiguió su cometido. Tuvieron perritos.

Nadie distinguía de razas con cachorros. Que alguien quería un dóberman, le vendía uno precioso con papeles; que alguien buscaba un chihuahua, le encajaba otro cachorro de la misma camada como si lo fuera. Todo era cierto al cincuenta por ciento. Que el mercado empezaba a variar, robaba otro semental.

Tan poco le importaba engañar a los demás, tan cortito de entendimiento era y tanto le gustaba el dinero que acabó en política y triunfó.

Su concepto del cincuenta por ciento le llevó a la Consejería de Ganadería. Continuando con su idea de cruzar chihuahuas y dóbermans y vender todo por puro, creó las carnes de calidad de vacas, cerdos y ovejas autóctonas. La madre tenía que ser una huesuda y casi extinta raza autóctona, el padre podía ser un musculoso y selecto semental francés o americano. La cría no se parecía ni en el pelo a la madre, pero se vendía con el nombre de la mamá y los kilos del padre, pelada y en filetes. El ama de casa pagaba el cien por cien por un cincuenta por ciento.

La Unión Europea subvencionó su idea y el Gobierno la apoyó. Se crearon entes públicos para fomentarla, y con las ayudas, comisiones, sustracciones y pagos de favores Juan Carlos Asnal González se hizo inmensamente rico. Sin saber multiplicar. En todas las quinielas se hablaba de Juan Carlos Asnal González como nuevo ministro de Ganadería.

Pero con el tiempo Juan Carlos Asnal González había descubierto que le gustaban las cosas puras, sin cruzar: el wiski solo, la cocaína pura y los niños vírgenes.

Quizás, pensaba Juan Carlos Asnal González mientras paladeaba su wiski, eso era lo único que le unía a aquel extraño tipo de la gabardina que miraba su Coca-Cola… Y al que tenía que aguantar hasta que detuvieran a ese cretino de la lista.

Una lista que nada más conocerse había hecho reunirse de forma extraordinaria y urgente a las Cortes Generales y Autonómicas y acordar escolta permanente para todos los políticos. Ningún colega, le pareció curioso a Juan Carlos Asnal González, se había fijado en el resto de las líneas; seguramente todos leían peor que él y a él le había llevado media hora, o no les importaban; a él no le importaban.

De todas formas, reflexionó Juan Carlos Asnal González, ¿cuál era la posibilidad de que ese loco fuese a por él? ¿Por qué perder la tarde en un bar sin poder ir a su laboratorio secreto donde intentaba cruzar

avestruces con camellos? ¿O sin poder ir a su club favorito? Decidió ir al servicio y esnifar un poco más.

El inspector de policía Emérito Mateo Ramírez pasó la tarde escoltando a un diputado de la oposición; no se había movido de un bar: allí debía solucionar los problemas de sus electores. Entre copa y copa del wiski más caro se encerraba en el servicio a esnifar cocaína, salía rascándose la nariz, volvía a pedir y comentaba disculpándose a sus escoltas:

—La próstata.

«¿Detener a Pedro García Gómez por haber matado al presidente y los consejeros de la Junta?, ¿por cargarse a tipos como este?», se preguntaba el inspector Emérito Mateo Ramírez apoyado en la barra, observando las burbujas de su Coca-Cola. Su moral le pedía no investigar, hacer la vista gorda. Aquellos muertos se habían aprovechado de todos para ser elegidos, enriquecerse y olvidar a sus votantes, de la buena fe de amas de casa, ancianos, lectores de periódicos, abducidos televisivos y demás enajenados sociales. El nombre del partido político no importaba: político era sinónimo de ratero. Todos lo sabían, lo aceptaban, y nadie hacía nada, hasta ahora… ¿Debía entonces coger a Pedro García Gómez? Sí, nada daba derecho a matar.

Emérito Mateo Ramírez lo tenía claro: los asesinos tenían que acabar en prisión. Y ese era su trabajo. Era su premisa más importante, porque las muertes le entristecían, no podía comprender los móviles, ninguno le parecía consistente y nada podía justificar el asesinato de una persona… Aunque este era diferente, eran políticos de los gordos, y no estaba triste.

Unas rayas más tarde el inspector Emérito Mateo Ramírez consideró que era hora de irse a casa; era una tontería pasar una mala noche en el coche vigilando a semejante imbécil. Reventó la puerta del servicio de una patada y pilló al diputado Juan Carlos Asnal González con las narices en la masa; le confiscó una gran bola blanca, le puso las esposas y, ajeno a las quejas del diputado opositor, le llevó a comisaría detenido.

Redactó su informe, entregó parte de la droga y encerró a Juan Carlos Asnal González por posesión ilegal, en el calabozo, con unos borrachos y una puta tuerta. Por primera vez, desde hacía años, había tomado parte en un asunto de drogas. Su misión dormiría en el calabozo, él en su cama. Mañana lo soltarían y le echarían la bronca. «De esas cosas hay que hacer la vista gorda porque nuestra clase política está muy estresada», diría el comisario; pero le daba igual, dormiría en su piso.

***

Eran más de las ocho cuando el inspector Emérito Mateo Ramírez regresó a casa. Los gatos, al escuchar la puerta de la calle, salieron a recibirlo acariciándose contra sus piernas con la cola levantada.

Al inspector Emérito Mateo Ramírez le gustaban los gatos. Colgó el sombrero y la gabardina, se puso un chándal y les dio de comer, los acarició y pasó sus dedos por las costillas de ambos. Les gustaba, arqueaban el lomo. La gata estaba muy preñada, pronto tendría gatitos.

Preparó en el servicio lo necesario: llevó un hacha, una tabla de cocina, un gancho, un cuchillo bien afilado y una bolsa de basura; se puso un guante de cuero en la mano izquierda. Cogió al gato macho, blanco y negro, por el pellejo del cuello y se encerró con él en el váter. Apoyó su cabeza en la tabla y de un golpe firme lo guillotinó con el hacha. Lo dejó sangrar en la ducha colgado de la barra de una cortina de flores, hizo unas incisiones en las patas y el vientre y lo despellejó de un tirón; la piel salió como un guante. Lo evisceró, echó las azuladas y humeantes vísceras, cabeza y piel en la bolsa de basura y dejó la canal oreándose hasta la mañana siguiente. Lo guisaría con patatas y setas. Al salir del servicio la gata fue ronroneando a su encuentro, entrecruzándose con sus piernas: le atraían las bolsas de basura.

Al inspector Emérito Mateo Ramírez le gustaban los gatos en todos sus aspectos, le agradaba su compañía y su sabor. Había descubierto cómo tener gatos sin tener que castrarlos y convertirlos en tristes eunucos. Al principio había criado conejos, pero eran ariscos, poco amorosos y muy sucios; luego probó con los gatos, el sabor era prácticamente el mismo, incluso mejor, y eran mucho más simpáticos. Siempre tenía una pareja, macho y hembra, y carne para gran parte del año. Cuando la hembra quedaba preñada sacrificaba al macho. Al nacer, disfrutaba con la camada, sus travesuras, su inocencia y su ternura. Transcurridos tres meses, perdonaba la vida a dos gatitos, macho y hembra, y despellejaba al resto. Al horno los gatos lechales eran muy tiernos. Un mes más tarde mataba a la madre y completaba el ciclo de la vida; la huerta en casa.

Cuando acabó la faena ya había empezado el telediario. La noticia principal fue la misma que la del mediodía: «Loco talibán acaba con la alcaldesa de Salamanca y con el Gobierno de Castilla y León», y las imágenes del coche. Otra, que apenas duró tres minutos, llamó su atención: «La policía ha desaparecido de las calles y los malhechores campan a sus anchas. Nadie sabe por qué».

«Entraron a su casa —decía la invitada de excepción para

comentar la noticia—, la violaron, violaron a su perro, la mataron, volvieron a abusar del perro y se quedaron a ver el partido mientras se comían sus kikos. Unos kikos muy buenos que venden en el Mercadona y que yo le había regalado. Era muy buena mujer, el perro también.»

La población, decía el telediario, estaba indignada por la falta de policía en la calle. Ni una palabra de la lista de Pedro García Gómez. «¿Cómo hacer entender a la gente —pensó Emérito Mateo Ramírez— que un puñado de políticos valen más que cuarenta y siete millones de personas?»

Tenía tiempo de ir a Madrid: su político estaba entre rejas, no lo soltarían hasta la tarde; el papeleo para cualquier cosa llevaba mucho tiempo. Iría al programa estrella de la televisión matinal y con un poco de suerte cazaría a Pedro García Gómez; sabía dónde iba a actuar, estaba seguro. Además, a la vuelta prepararía un rico gato guisado a fuego lento con setas, patatas y un poco de tomillo.

Buscó en el teletexto el teléfono del programa.

Las cosas que pasan en el alma son de tres clases: pasiones, facultades y hábitos; la virtud tiene que pertenecer a una de ellas.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, II

El bar estaba lleno de funcionarios tomando café lejos de su puesto de trabajo, olía a churros, el camarero fumaba y la televisión, demasiado elevada, hacía retumbar las tazas con los alaridos de los contertulios del visceral programa del corazón que batía récord de audiencia por las mañanas. Pedro García Gómez se sentó con un café con leche y unos churros a una mesa junto a la ventana, a ver pasar la gente por la calle y pensar en su próximo renglón, sin prisas, como un funcionario. El sonido de la televisión era estridente. Si asesinar al camarero estuviese incluido en la lista, tendría claro su próximo objetivo. Desgraciadamente, los camareros gordos embutidos en chalecos verdes a los que les costaba levantar una mano por los anillos de oro y que fumaban tras el mostrador no figuraban en ella. Un tipo muy extraño entró en el bar. Era bajo, gordito, e iba vestido con gabardina y sombrero de gánster; lo observó un instante y sonrió imaginando que era el detective encargado de su caso.

No podía ser. Estaba en España: los detectives no llevaban gabardina, eran funcionarios que, aunque lentos, hacían su trabajo. Su detención era inminente y eso le alegraba, cuadraba con su plan. Cuanto antes fuese detenido, antes podría ponerse a estudiar y así no perder ritmo. Todo el mundo sabía, pensaba Pedro García Gómez, que una oposición era una carrera de fondo: lo importante no era estudiar mucho un día, lo importante era estudiar mucho muchos días seguidos, los necesarios para llegar a la meta. Era un Tour de France marcado por rotuladores fluorescentes, de fatigosas etapas llaneando sobre la legislación, de puertos hechos de apuntes, fotocopias y test de respuesta múltiple; y él, con cinco años de preparación en sus piernas, se había convertido en el Indurain de las oposiciones. No podía perder el tono muscular, no podía perder el tono mental dejando de estudiar más de una semana. No tenía tiempo y no quería tener tiempo, tenía

que hacer realidad el mayor número de puntos de su listado, hacerlo público y famoso, y ser detenido. Huir, dejar las cosas a la mitad, era absurdo. La lista se haría famosa en los informativos del mediodía y en pocas horas sería arrestado. Ahora tenía que hacerse más propaganda, seguir realizando su cruzada, aprobando su oposición. El individuo de la gabardina se había sentado a su lado y leía y releía algo en una libreta.

Será su lista —bromeó consigo mismo Pedro García Gómez—, su lista de la compra.

El hombre del sombrero levantó la cabeza hacia la tele y se quedó mirándola pensativo. Pedro García Gómez siguió su mirada y contempló la pantalla, sonrió. Acababa de tener una idea genial: bajo los *Mono erectus* que gritaban en la televisión aparecía un teléfono al que llamar si se quería asistir como público.

Pedro García Gómez era un experto recordando números; la importante numeración de los reales decretos era su punto fuerte. Se acercó al teléfono de la barra y, a pesar de los gritos de los funcionarios, la trituradora de café, el calentador de leche, la televisión, las moscas y las cucharas que golpeaban las tazas al remover su contenido, se apuntó para acudir como público y ejecutor al programa líder de audiencia en la programación matinal. A continuación pagó el café y abandonó el bar con una idea muy clara.

Buscó una pensión tranquila, donde hiciesen pocas preguntas o ninguna.

Entró en la primera que encontró en el centro, y como solo le pidieron dinero, nada de documentación, se quedó.

Pedro García Gómez entró en Zara y compró unas zapatillas de baloncesto amarillas marca Converse. Pagó en efectivo.

Pedro García Gómez entró en H&M, se probó y compró unos pantalones vaqueros azules elásticos y muy apretados, de tipo pitillo, y pagó en efectivo.

Pedro García Gómez entró en Springfield, miró varias camisetas y compró una de manga corta azul en la que aparecía en amarillo la famosa cara de *Don´t worry, be happy*. En efecto, pagó.

Pedro García Gómez entró en Massimo Dutti y compró una cazadora de cuero negra y llena de cremalleras; pagó con mucho gusto.

Pedro García Gómez entró en Multiópticas y compró unas gafas de sol Ray-Ban; pagó la novatada.

Pedro García Gómez entró en otra tienda del centro, Juguettos, especializada en juguetes a pesar del título; compró una peluca negra de pelo largo y liso.

Pedro García Gómez entró en la Fnac y compró una funda de guitarra, y se la llevó puesta.

Pedro García Gómez cargaba una bolsa blanca de H&M, otra más pequeña de Springfield, otra más grande y verde de Massimo Dutti, una de Multiópticas, otra roja de Juguettos, una verde oscura de Zara y una funda de guitarra negra cuando fue consciente de que la globalización de las calles peatonales no afectaba a todos los comercios; no había ferreterías en el centro de la ciudad, ¡y Pedro García Gómez necesitaba una! Recorrió las calles sin tráfico, preguntó a una señora mayor, descansó delante de un cajero automático, le ladró un perro deforme de menos de treinta centímetros de altura acompañado de una dueña también deforme, le cagó una paloma, las axilas comenzaron a sudarle, y no encontró ninguna.

Desalentado, decidió volver a la fonda. Afortunadamente, la suerte es de los que la buscan y, de camino a la pensión, encontró una ferretería abierta donde compró una motosierra naranja.

El hostal era el lugar más lúgubre, sucio y desmantelado en el que se había alojado nunca. No es que hubiese dormido muchas veces fuera de casa, pero era muy difícil encontrar algo peor. La pensión estaba en un primer piso. En el portal, unos enormes plomos de cerámica con restos oxidados servían como única decoración y unas paredes en gotelé, grises tras muchos años de vida y ningún cuidado, acogían y encajaban una ancha escalera de granito con peldaños erosionados, rotos y llenos de colillas. Una puerta desconchada, alta, doble y pintada a brochazos en diferentes tonalidades de verde daba paso a un recibidor donde un individuo calvo y sudoroso reposaba sus grasas sentado tras el mostrador. Veía un televisor en blanco y negro, y un ventilador con el polvo incrustado en sus entramados esparcía su olor corporal. Pedro García Gómez saludó, recogió la llave y fue directo a su habitación.

Las antiguas y nuevas humedades de las paredes daban aroma al cerrado ambiente; los hongos que crecían desde generaciones sobre ellas, color. Una pesada cortina, de enrevesados bordados mezclados con telarañas y dedos de polvo negro, tapaba una gran ventana de madera carcomida y desconchada que se abría a un lúgubre patio lleno de bolsas de basura, cajas de cerveza y palomas muertas. En el techo colgaba un casquillo sin bombilla; la ventana era la única fuente de luz. Un radiador de hierro apagado desde hacía años devolvía a la ventana su protagonismo: era también la encargada de proporcionar calor. Un lavabo dentro de un armario con un grifo que goteaba daba frescor, y un suelo de grandes baldosas agrietadas, ese ambiente particular de los hoteles añejos de renombre.

Pedro García Gómez aprendió en un instante las lecciones de la vida sobre cómo elegir habitación, tantas como para confeccionar una lista.

Uno: conviene ver la habitación antes de decidirse. Tiró todas las bolsas sobre la cama y se sentó en ella notando como el somier de muelles se hundía hasta casi tocar el suelo. Le invadió una duda: ¿estarían limpias las sábanas? Levantó las mantas para comprobarlo; estaban sucias, rotas en varios sitios, tenían pelos y extraños lamparones en la parte central, eso a simple vista.

Punto dos: si no te fías, mira las sábanas.

Aquello era demasiado asqueroso; decidió ponerse su disfraz y salir, no regresar hasta que el sueño se apoderase de él, y cuando eso ocurriese dormiría vestido.

Pedro García Gómez, vestido con pantalones de pitillo, camiseta *happy*, peluca, cazadora de cremalleras, zapatillas amarillas Converse y gafas de sol, entró con una sonrisa de oreja a oreja en una hamburguesería. Una de las cosas más importantes a la hora de estudiar una oposición era comer bien. Esperaba su comida cuando una idea cruzó su cráneo: sexo.

Pedro García Gómez, vestido de *heavy* y con una grasienta hamburguesa, unas patatas fritas tamaño grande, un helado y dos Coca-Colas, entró en un cine a la primera sesión. No se concentró en la película, estaba ausente, una idea le atormentaba: sexo. No hacía el amor con otra persona, mujer o animal, desde que Gloria se había ido; además, ya por entonces su práctica era escasa. Ahora se enfrentaba a la cárcel y seguramente practicasen sexo con él todas las noches, o noche sí noche no, o cada tres días, o una vez a la semana; o quizás por sus delitos le respetasen… De cualquier modo, en su futuro se veía solo durante mucho tiempo; necesitaba despedirse antes de ingresar en prisión y ponerse a estudiar en serio, necesitaba sexo.

Caminó sin rumbo toda la tarde, navegó en la niebla por las calles de Valladolid, el viento le susurraba «sexoooo» y, ya de noche, Pedro García Gómez encontró una sirena; una mujer medio desnuda e iluminada, intermitentemente, por la luz roja y verde del neón. Fumaba en la puerta de un bar; era gorda, vieja, vestía solo lencería negra, medias y zapatos de tacón. La saludó cortésmente y entró en el puticlub.

Pidió una cerveza y se apartó las greñas para beberla. Una señorita en ropa interior le saludó. Pedro García Gómez se quitó las gafas de sol, se presentó, preguntó el precio de sus servicios y, mecido por los susurros de aquellos míticos animales, visitó la intimidad de aquella sirena de ojos y pechos grandes. Media hora más tarde, Pedro García

Gómez salía de la habitación de invitados y pedía cerveza. Sin acabar la segunda consumición abandonaba de nuevo la barra con una rubia de pelo largo, grandes caderas y muy poca ropa. Tres cuartos de hora después, Pedro García Gómez volvía a buscar su cerveza; estaba caliente, también él. Su plan, la libertad, tenía ese poder. Eligió una rumana sin papeles.

Pedro García Gómez subió y bajó las escaleras entre el bar y las habitaciones seis veces, con nueve chicas distintas. Pagó sus consumiciones y abandonó el local pasada la media noche entre los vítores de las profesionales y un camionero que bebía tras su única cópula.

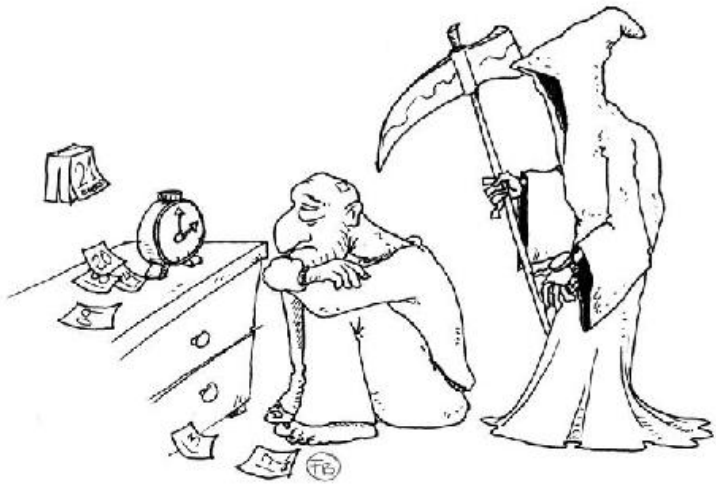
Mucho se habló en el prostíbulo de la increíble forma física de aquel callado y amoroso *heavy*, de sus formas, maneras y saber hacer, de la nostálgica y melancólica frase que había susurrado al oído de todas las chicas:

«Si me meten en la cárcel, ¿te gustaría tener un vis a vis conmigo?»

Si Pedro García Gómez hubiese incluido en su lista un renglón de amor, aquella noche y con aquellas putas lo habría realizado.

«-Dar amor a los necesitados.»

Pero no lo había incluido, fue solo una línea más en la historia de Pedro García Gómez.



Las ciencias de los libros, al haber sido compuestas y aumentadas poco a poco con las opiniones de muchas y diversas personas, no están tan próximas a la verdad como los simples razonamientos que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido sobre las cosas que se presentan.
DESCARTES, *Discurso del método*

¿Existe el futuro? ¿Está escrito el destino? La humanidad ha tratado de responder a estas preguntas sin éxito a lo largo de la historia. Las teorías que tratan de buscar una respuesta son desacreditadas por otras de forma reiterada, la explicación se hunde en la masa de los sedimentos filosóficos.

Preguntas sin respuesta hasta que Antonio Colindes Vargas se echó a la carretera: el futuro es un punto donde caben muchas cosas, esa es la respuesta. Por ejemplo, un *heavy* despedido entre aplausos por un grupo de prostitutas.

Las líneas blancas y paralelas de los arcenes se unen en un punto, a pocos kilómetros del volante; es el punto de destino, y en él puede estar esperando un coche averiado, el neumático reventado de un camión, una francesa haciendo autostop, un coche radar o un rebaño de ovejas. Para Antonio Colindes Vargas ese punto era el futuro, y lo importante no era conocerlo, sino estar atento a él. El futuro deparaba cosas buenas: francesas, camiones volcados…; malas: la guardia civil, neumáticos reventados; o ambas, como el rebaño de ovejas: malo si se atropellaban, bueno si se paraba a tiempo.

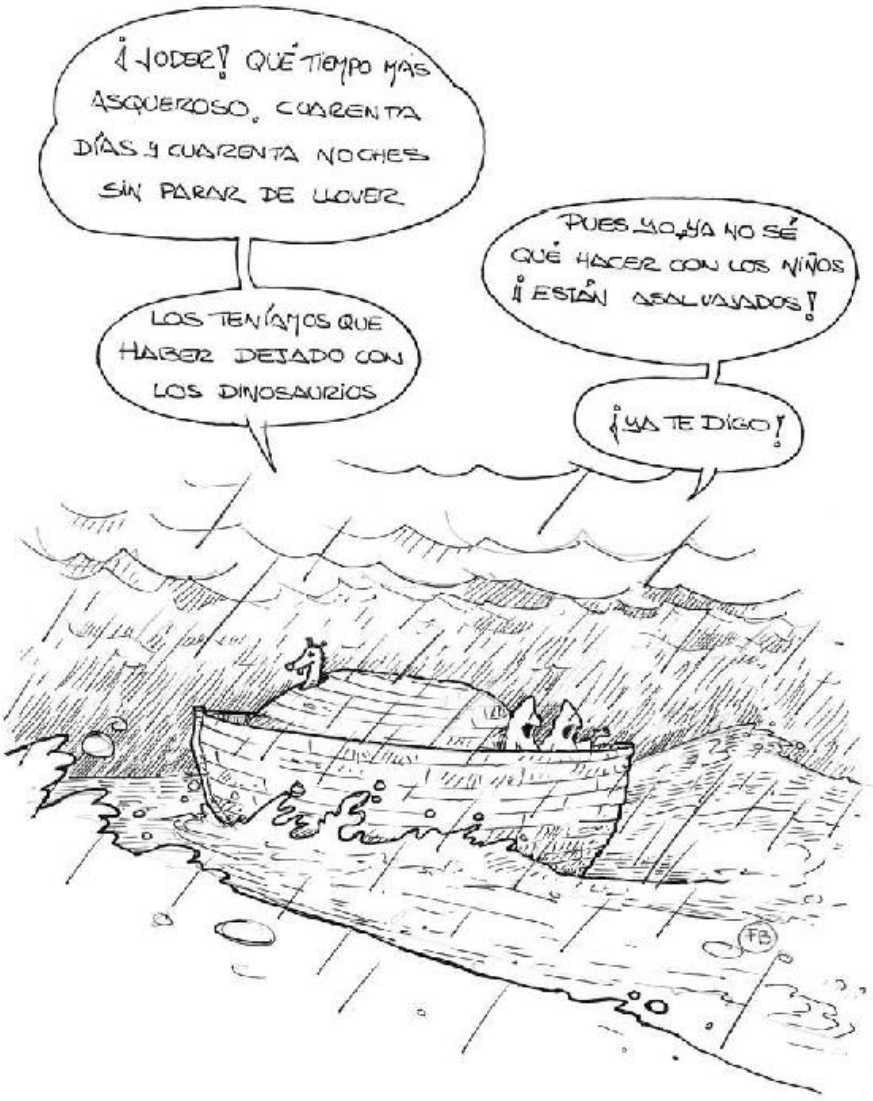
Pero la carretera no solo había enseñado a Antonio Colindes Vargas la respuesta perseguida por Aristóteles o san Agustín, y si sus conocimientos no se estudiaban en los institutos, se debía a que nunca había escrito un libro. Por ejemplo, Antonio Colindes Vargas sabía que los lugares más seguros para aparcar un camión cargado eran los clubs de alterne: allí había luces y gente hasta altas horas de la madrugada y nadie se atrevía a robar la mercancía. También sabía que tenía mujer y dos niños, que entrar en aquellos bares llenos de prostitutas no estaba bien y era caro, y que eran más rentables las ovejas. Pero Antonio Colindes Vargas se veía a sí mismo como un viejo lobo de mar, con una amante en cada puerto, y había sustituido los puertos por las luces de neón. Consiguió sus amantes poco a poco. Con sus teorías sobre el futuro y la tarjeta de crédito no le costó mucho esfuerzo (sobre todo con lo segundo). Primero conquistó una en cada local donde aparcaba el camión; luego, una en cada ciudad donde cargaba. La noche que vio el paseo triunfal del *heavy* y perdió una

amante cargaba en Valladolid.

Otro ejemplo de sus conocimientos ilimitados era el de la botella de plástico. Para Antonio Colindes Vargas conducir el camión por las extensas autovías de Europa a la caza del futuro era un placer, y tener que parar a hacer sus necesidades no. Descubrió las cualidades intrínsecas de la botella de agua de litro y medio. Cuando necesitaba orinar con una sola mano y sin dejar de sujetar el volante bajaba la bragueta, sacaba su lombriz, la acercaba al cuello de la botella y con una leve penetración, poniendo en contacto gusano y plástico, orinaba a placer. Luego enroscaba con cuidado el tapón, guardaba la culebra, subía la cremallera y lanzaba la botella por la ventana.

Tanta afición cogió a mear en las botellas que en casa de Antonio Colindes Vargas se bebía agua embotellada y se guardaban los recipientes, se reciclaban, y los fines de semana mientras veía la tele orinaba sin levantarse del sofá. Al ir a la cama, las arrojaba por la ventana de la terraza.

Por eso, cuando Antonio Colindes Vargas vio a Pedro García Gómez salir del puticlub con el corazón de su amante volvió a la barra, cogió una cerveza vacía y meó dentro.


¡UOOOH! QUÉ TIEMPO MÁS ASQUEROSO. CUARENTA DÍAS Y CUARENTA NOCHES SIN PARAR DE LLOVER
LOS TENÍAMOS QUE HABER DEJADO CON LOS DINOSAURIOS
PUES YO YA NO SÉ QUÉ HACER CON LOS NIÑOS ¡¡ESTÁN ASALVAJADOS!!
¡YA TE DIGO!
FB

Es evidente que la ciudad es anterior al individuo, y el que no puede vivir en sociedad, o no necesita nada por propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino una bestia o un dios.

ARISTÓTELES, *Política*, libro I

El primer autobús para Madrid era a las seis de la mañana. Pedro García Gómez ya estaba esperándolo a las cuatro. Disfrazado de *heavy* y hecho un ovillo en una de las incómodas sillas de la estación, intentaba dormir. Había abandonado el hostal de madrugada porque el colchón olía mal, picaba, se movía y hacía ruidos.

También llegó pronto al programa, una hora antes. Aguardó sentado en primera fila con la funda de la guitarra entre las piernas y un jubilado a cada lado masticando con dentaduras postizas bocadillos de pan revenido. Vio probar luces, micrófonos y cómo una azafata les daba instrucciones para aplaudir o reír ante las ocurrencias de los periodistas. Intentando aprender a reír su vecino de la izquierda perdió los dientes.

La presentadora, una señora mayor llena de siliconas, toxinas botulínicas y operaciones quirúrgicas, se sentó en una butaca de cuero blanco. A derecha e izquierda, rodeándola y en otras seis butacas de cuero blanco, pero más bajitas, se instalaron las estrellas mediáticas de las mañanas, famosas en todo el país por ser las protagonistas de las más increíbles historias: operarse la nariz, haberse acostado con un torero, haberse acostado con un futbolista, haber participado en un *reality show*, haberse roto una uña, tirarse pedos con olor a colonia, conocer a la familia real u otras cosas igual de apasionantes. La azafata mostró un cartel:

«Aplaudan»

Entre los aplausos de un autobús de jubilados de Cuenca y un opositor haciendo méritos dio comienzo el espectáculo. Pedro García Gómez se sintió conmovido; el tema de la tertulia era la barbarie terrorista, el cruel asesinato de la alcaldesa de Salamanca, del presidente de Castilla y León y de sus consejeros. Los contertulios omnisapientes hablaron uno a uno, por orden. A los pocos minutos ya

no respetaban el turno, se interrumpían, insultaban y gritaban. En menos de media hora el programa carecía de tema; todos los invitados, presentadora incluida, estaban ofendidos, gritando, subiéndose sobre las sillas, escupiendo y tirando papeles. Era un grupo de chimpancés histérico, una jauría de mandriles en celo que batía récord de audiencia. El público aplaudía entusiasmado.

Pedro García Gómez se aburría, no aguantaba el programa. En casa apagaba la tele o cambiaba de canal, en directo tampoco se lo iba a tragar; además, tenía trabajo. Abrió la cremallera de la guitarra dejando ver la cadena de la motosierra. En ese momento todos los contertulios callaron y la vieja presentadora dio paso a publicidad. Pedro García Gómez volvió a cerrar la cremallera y aguardó con paciencia. Sin cambiar de canal comió el bocadillo de tortilla enyesada que le habían dado en la entrada.

«Atención, entramos de publicidad», se escuchó por megafonía. Instantes más tarde los berridos de los chimpancés envolvían el plató. Pedro García Gómez sacó la motosierra de la funda, la arrancó ante la mirada curiosa de un jubilado y subió al escenario.

Cuando Pedro García Gómez, vestido de *heavy* y con una motosierra en la mano, irrumpió en escena entre los aplausos de los jubilados y los propios contertulios, la presentadora se enojó muchísimo; ella tenía que haber sido informada de un número como ese, pero, profesional como era, se levantó con una sonrisa a recibir a Pedro García Gómez mientras decía:

—¡Qué sorpresa! ¿Qué es todo esto?

Fueron sus últimas palabras. Con un rápido giro de muñeca Pedro García Gómez seccionó el cuello de la presentadora. La humeante cadena dispersó fragmentos de puré multicolor con tropezones más densos. El cuerpo permaneció en pie, sin cabeza, dejando escapar hacia arriba dos chorros paralelos de sangre a presión; luego, se derrumbó. Un efecto espectacular, pensó el realizador que no dejó de grabar y emitir las imágenes. La cabeza fue a caer sobre la falda de la chica que se había hecho famosa por acostarse con un torero. Apenas tuvo tiempo de escandalizarse; Pedro García Gómez clavó la motosierra en su frente mientras esquirlas óseas, fragmentos de músculo y restos de venas salpicaban a los otros contertulios que, en lugar de salir corriendo, se agarraban a sus asientos y gritaban señalándose los unos a los otros:

—¡A ese! ¡A ese!

El público aplaudía maravillado, las familias se pegaban a su televisor conmovidas. Pedro García Gómez cortó el pescuezo de un contertulio famoso y sabio por haber estado encerrado en una casa

con otros disminuidos psíquicos. La cabeza quedó colgada de un trozo de piel tirante que arrastraba la oreja. A continuación perforó el pecho de una profesional de las cámaras por vestir con chándal, que murió mostrando al mundo una teta operada.

—Enfocadme —gritó Pedro García Gómez—. ¡Señor del plató! —Y las cámaras ofrecieron un primer plano.

—Soy Pedro García Gómez y esto forma parte de mi plan para ser feliz. Como ya señalé ayer, esta es mi lista —dijo.

Y sacándola del bolsillo, leyó en alto un papel algo ensangrentado:

«Listado de parásitos a los que eliminar para ser feliz:

- Los alcaldes.
- Presidente de la comunidad autónoma y todos los consejeros.
- Presidente del Gobierno y todos sus ministros.
- Los periodistas de la prensa rosa.
- Todos los periodistas, a excepción de los del tiempo de la Primera.
- La familia real.
- Los veterinarios (motivo medioambiental).

Buenos días.».

Cuando Pedro García Gómez dejó de leer y miró a su alrededor se conmovió. Los otros pseudoperiodistas no habían huido, gritaban y mordían intentando escapar, pero los jubilados, ahora su público, los sujetaban por las piernas, por los brazos, por las tetas.

Los ancianos, antiguos peones de la construcción, pilotos, ingenieros, soldadores, agricultores o amas de casa, habían servido a su país en su juventud y edad adulta durante más de cuarenta años. La libertad a su condena por vivir en sociedad llegó con la jubilación. Con ella también llegaron los viajes del Imserso y los guías culturales. Estaban socializados, eran ratones dentro de jaulas urbanas. Su vida: trabajar y obedecer; su jubilación: viajar y obedecer… Algunos, nostálgicos, observaban las obras y recordaban sus años de esclavitud o morían por cardiopatías en pocos años; el resto buscaba nuevas cadenas en la vida cultural de la tercera edad; al capataz le sustituía el guía, a las horas de trabajo, las visitas organizadas. Estaban sometidos, aburridos y abstraídos dentro de la noria que no podían dejar de hacer girar. Por eso, cuando vieron actuar a Pedro García Gómez con decisión lo siguieron; no fue un acto consciente. No abandonaron la jaula, lo confundieron con su nuevo guía cultural, con la actividad del día. Las monótonas ruedas de molino de la sociedad fallaron: los viejos, los más domesticados, se unieron a un sacrificio televisado y

disfrutaron.

Pedro García Gómez fue fiel a su audiencia. Clavó a cada uno de ellos la motosierra en el esternón, seccionó bronquios espumosos, parénquimas rosas y alvéolos microscópicos, atravesó su espalda y el cuero de los sillones blancos y dirigió la cadena hacia abajo seccionando a la vez diafragma, piel y espuma amarillenta. Los jubilados los sujetaban en sus sillas. Los intestinos de las cuatro estrellas se desperdigaron por el suelo, trozos de hígados con mayor o menor grado de cirrosis se deslizaron por faldas de moda, por piernas muertas.

Pedro García Gómez estaba orgulloso, había hecho realidad una línea más y un favor a la humanidad. Sabía que aquella era la última, que la policía le esperaba en la puerta, que después de aquello sería encarcelado, temido, estudiado. Y se alegraba, tenía que estudiar una oposición y tenía que ponerse cuanto antes, no podía perder el hábito. Ahora quedaba lo más delicado, entregarse sin que le pegasen un tiro.

Abandonó el estudio sin que nadie se lo impidiese, rodeado de vejetes que gritaban entusiasmados y lanzaban al aire, victoriosos, bocadillos de tortilla y bastones. En el pasillo de salida vio una luz roja sobre una puerta cerrada en la que se leía «Informativos». No lo dudó y entró, eran sus últimos momentos de libertad, su última oportunidad para hacer realidad una línea de su papel y acojonar un poco más al futuro tribunal de oposición. Tiró de la cuerda intentando arrancar la motosierra; no lo consiguió.

—¡Trae, chaval! —dijo un jubilado sonriente mientras arrancaba la motosierra de sus manos.

Pedro García Gómez se sintió indefenso sin su arma, pero así era mejor, no le pegarían un tiro.

El jubilado arrancó la motosierra con un tirón preciso de la cuerda.

—Cuidado que corta —añadió devolviéndosela.

Los periodistas de informativos fueron muy profesionales. Vieron entrar y acercarse al *heavy* con su motosierra y su ejército de ancianos, pero no se movieron, siguieron con sus noticias. Nadie trató de pararlos, era algo demasiado surrealista para ser verdad. Pedro García Gómez llegó a la mesa y la rodeó por detrás; los presentadores seguían leyendo su guion mientras le miraban por el rabillo del ojo. Decapitó a los dos con un solo golpe, en directo, frente a las cámaras. Cuatro chorros de sangre surgieron de los dos cuellos. Las cabezas cercenadas, aún con vida, cayeron y botaron sobre los guiones tratando de leer un último renglón. Una manada enfurecida de viejos invadía el plató gritando:

—¡Queremos ser felices! ¡Queremos ser felices!

Pedro García Gómez gritó de nuevo:

—Enfocadme. —Y apagó la motosierra.

Frente a la atenta mirada de las cabezas decapitadas, recitó de memoria su listado para ser feliz entre los aplausos de sus decrépitos seguidores.

Fueron las imágenes más vistas ese día en todo el planeta.

La motosierra quedó sobre la mesa de informativos junto a los cuerpos postrados y las cabezas. Pedro García Gómez se sintió flotar: los jubilados lo llevaron a hombros, como un torero, hasta la salida. Cuando lo dejaron en el suelo, Pedro García Gómez levantó las manos y se quedó muy quieto. Lo había visto en muchas películas: las miras de los francotiradores estaban clavadas en su cráneo.

Los viejos subieron en su autobús y volvieron a Cuenca. Pedro García Gómez siguió inmóvil esperando oír las instrucciones de la policía. Diez, quince minutos, picaba el sol…, pero en la calle no le esperaba la policía, no le esperaba nadie. Bajó las escaleras de los estudios avergonzado.

—Ver demasiada televisión es lo que tiene —pensó, y echó a correr.

Los trabajadores de la cadena se agolpaban en las ventanas, pero solo cuando dejó de hacer la fotosíntesis y abandonó las escaleras se atrevieron a salir del edificio. Se quedaron cerca de las puertas para poder huir si volvía.

Pedro García Gómez corrió hacia la carretera, adelantó a algún viejo que no era de Cuenca y cruzó el aparcamiento. No estaba acostumbrado a hacer ejercicio, le estorbaba la cazadora de cuero y le picaba la peluca, sus pulmones ardían, la baba se le escapaba y sentía náuseas. Siempre había odiado correr, desde el colegio, pero tenía que hacerlo, hasta Madrid… Y su mente calculadora le recordaba que había llegado en autobús y le picaba la garganta…, que la emisora estaba muy lejos y su corazón iba a explotar… en un polígono industrial, y cómo le picaba la peluca…, y que ir hasta Madrid equivalía a correr una maratón… y las maratones no son tema de oposición.

Paró a pocos metros de la carretera, exhausto. Se inclinó apoyando las manos sobre las piernas, sentía náuseas, necesitaba oxígeno.

Un Fiat Uno rojo que salía de la emisora paró a su lado. La puerta se abrió y una chica morena dijo desde el asiento del conductor:

—Sube si quieres vivir.

DOCTOR, ME HAN HABLADO MARAVILLAS DE USTED Y SU REVOLUCIONARIO MÉTODO DE ESTÉTICA LABIAL. ME HAN DICHO QUE ES MEJOR QUE EL BOTOX
¡QUÉ BIEN! ¡QUÉ VOLUMEN!
¡HOSTIA! ¡YA LO NOTO! ¡ES COLONUDO!
¡RAASS!

# Ruth Cortinas Alonso

Pedro García Gómez tenía una visión muy reducida del mundo: mugrientos mechones de la peluca y una acera que palpitaba. Se estaba muriendo, el oxígeno no llegaba al cerebro, su corazón iba a reventar y quería vomitar. Oyó detenerse el coche y pensó que era la policía. Le habían dejado hacer el ridículo antes de detenerlo: le daba igual, solo quería agua.

Cuando oyó la frase de *Terminator* con voz femenina apartó con sus últimas fuerzas la cortina de sus pelos y miró al coche: vio piernas. No lo dudó, se subió tambaleándose; quería sentarse, necesitaba sentarse.

Los neumáticos no giraron velozmente sobre sí mismos llenando todo de humo, ni chirriaron sobre el asfalto, ni el coche salió disparado dejando una estela roja, ni se incorporó con un giro brusco a la circulación. Ruth Cortinas Alonso era una persona real, no había sido creada en Hollywood para entretener a los lectores. Ruth Cortinas Alonso era guapa y prudente. Metió primera y aceleró poco a poco, casi caló el coche; y cuando la velocidad fue la adecuada para cambiar a segunda no lo hizo, ignoró por completo los quejidos del motor y la aguja en rojo del cuentarrevoluciones. Aceleró un poco más y cambió a segunda justo cuando llegaba al stop de incorporación a la autovía. Puso punto muerto.

No hablaban. Pedro García Gómez no encontraba sus pulmones y Ruth Cortinas Alonso estaba demasiado ocupada conduciendo. Miró a derecha y a izquierda (siempre podía haber conductores suicidas en las autovías), metió primera e, ignorando los gemidos del motor, se incorporó a la autovía. Cinco minutos más tarde cambió a segunda. En doce minutos logró meter la quinta. Pedro García Gómez bajó la ventanilla, sacó la cabeza y trató de llenar sus pulmones.

Refrigerado por el viento y menos mareado, Pedro García Gómez se puso el cinturón de seguridad y preguntó:

—¿Tienes agua?

—No, lo siento —respondió la enigmática mujer sin quitar la vista de la carretera.

Sus piernas, recortadas por una minifalda negra, fueron la única conversación en el coche, una bella conversación. Tomaron la M-50, la M-40, la M-45 y acabaron en un barrio periférico de un periférico barrio de Madrid. Dieron siete vueltas a una misma manzana y a la

octava encontraron sitio para aparcar. Había espacio de sobra para estacionar dos vehículos, pero golpearon violentamente al coche de delante y al de detrás.

La chica bajó del coche, cogió su abrigo, su bolso, se recolocó la minifalda, se puso el abrigo y dijo a Pedro García Gómez:

—Vamos a mi casa.

Pedro García Gómez estaba perdido, perdido en el más amplio sentido de la palabra: no sabía dónde estaba y no sabía qué pensar de su salvadora. Una chica, por bonita que fuese, que se presentaba al rescate de alguien, que acababa de liquidar a todo un plató de televisión, con una frase sacada de una película no debía ser de fiar. Sin embargo, conducía bien, era prudente. ¿Se habría enamorado de él? ¿Le favorecía la peluca? ¿O le favorecía la televisión? Lo lógico era no quedarse a comprobarlo, pero… sangre seca, algunos restos óseos, carne, pelos y masa encefálica se pegaban a su camiseta, cazadora, pantalones, cara y pelo. Era evidente que necesitaba una ducha, por higiene —se le podía contagiar el sida—, y porque no podía ir muy lejos con esas pintas. El resto de su lista era ya una utopía. No podría acabar ni con el Gobierno ni con la familia real; quizás lo mejor era entregarse y ponerse de una vez a estudiar… ¿Qué hacer a continuación? ¿Coger el metro? ¿Ir a una biblioteca y repasar unos apuntes? ¿Entregarse? ¿Declararse a esas hermosas piernas salvadoras? Buscaría un hotel de muchas estrellas, recepción llamaría a la policía, a la prensa, y lo detendrían.

Pero las cosas no ocurrieron así. La chica dijo:

—Vamos, mi casa está aquí mismo.

Y Pedro García Gómez, un *heavy* muy salpicado de distintos restos humanos de famosos periodistas, fue tras ella como un perrito fiel.

Ruth Cortinas Alonso era la chica del tercero C, un pequeño piso de dos habitaciones amueblado y deshumanizado íntegramente por una multinacional del mueble sueca especializada en estandarizar y convertir los hogares españoles en casas de escandinavos pobres. Ruth Cortinas Alonso trabajaba a tiempo parcial, de jueves a martes y todos los fines de semana, y dedicaba sus días libres a visitar museos, grandes superficies, ir al cine y asistir como público a programas de televisión. No tenía novio; con su horario era difícil establecer una relación, y quizás era demasiado exigente. Cuando vio a aquel delgado y apuesto *heavy*, motosierra en mano, cerrar para siempre la boca a los presentadores y proclamar aquel atrevido manifiesto para ser feliz, supo que estaba enamorada, que toda su vida había estado esperando aquel momento, a aquel hombre, que su trabajo se había acabado, que su vida estaba a punto de dar un giro. Aplaudió, gritó de emoción y

acompañó a Pedro García Gómez a la puerta de los estudios. Cuando le vio solo en las escaleras, con las manos en alto y los ojos cerrados rezando al creador, supo que sería su sierva. Esperó en su coche a que Pedro García Gómez, el portador de la idea de la felicidad, acabara sus salmos, y cuando salió corriendo fue tras él.

Pedro García Gómez se duchó en casa de Ruth Cortinas Alonso mientras ella metía toda su ropa en la lavadora.

Entiendo por intuición no el testimonio fluctuante de los sentidos, sino la concepción no dudosa de una mente pura y atenta.

DESCARTES, *Reglas para la dirección del espíritu*, I-III

Emérito Mateo Ramírez llegó al estudio con tiempo antes de comenzar el programa. El día anterior, en el sofá y con la gata ronroneando sobre sus rodillas, había buscado en el teletexto el número y llamado para acudir como público. Había preferido no identificarse como policía por dos razones: no crear sospechas en el asesino y, sobre todo, no provocar sospechas en los productores y una llamada de estos a su superior; tenía órdenes claras, no podía estar allí.

Dobló la gabardina sobre sus piernas y sin quitarse el sombrero se sentó en primera fila. Las sillas, incómodas, se llenaron de jubilados y jubiladas que gritaban como chiquillos, que reían a carcajadas sin motivo, de forma irracional, altisonante e histérica. Solo cuando les dieron el bocadillo y pusieron a trabajar sus dentaduras llegó la paz.

Una azafata de pequeña estatura, bonitas piernas y mala leche se dirigió a ellos para explicar cuándo y cómo debían aplaudir. La presentadora y sus colaboradores salieron al ring y el olor a cosméticos, alcohol y colonia barata llenó el escenario. Se encendieron los focos y comenzó el coloquio. Dos prestigiosas periodistas presumían de haber realizado una felación a diecisiete futbolistas, un gay excitado pedía detalles a gritos, una exfulana (por la edad, que no por las ganas) explicaba que aquello era imposible, que todos habían estado con ella esa noche.

Salvo eso, no ocurrió nada, y el programa, mucho peor en la realidad al carecer de anuncios, siguió su curso. De repente, la presentadora interrumpió a sus contertulios y pidió silencio. En el plató de la cadena enemiga había ocurrido algo horrible, una desgracia; tenían las imágenes en directo.

Emérito Mateo Ramírez maldijo desde su incómoda y equivocada silla. La presentadora escuchó su soez comentario y movió la cabeza

afirmativamente: aquellas imágenes eran para maldecir. Emérito Mateo Ramírez, detective, vio en la pantalla del estudio la escabechina, escuchó la lista y reconoció al joven *heavy*: había tomado un café junto a él el día anterior. Cruel destino, ¡qué cerca habían estado!

Al contemplar los trozos de los periodistas —solomillos, cabezas y costillares—, Emérito Mateo Ramírez también pensó que aquellos cuerpos habían perdido todo menos la inteligencia.

No se quedó a ver terminar el programa; se levantó, hizo levantar a toda la fila —por lo que hubo de pasar entre murmullos groseros—, y se fue.

Emérito Mateo Ramírez estaba furioso: el asesino había escapado. Pedro García Gómez no se atrevería a volver a actuar, sus próximos retos eran imposibles; si no estaba loco, se esfumaría.

—Si se abandona el programa antes de su finalización, no hay derecho a bocadillo —susurró malhumorada la azafata—. Tendrá que abonarlo.

Emérito Mateo Ramírez le devolvió el bocadillo aún envuelto en papel de aluminio; no lo quería, tenía gato para cenar.

# Carlitos

Carlitos tenía cuarenta años, era alto y delgado, de larga barba y melena, vestía un poncho multicolor boliviano, pantalones amplios de tela blanca y botas camperas negras y brillantes surcadas por escamas de culebras muertas. Su indumentaria y el negro ecosistema que coronaba su cabeza y cubría sus carrillos podían hacer creer que en una ciudad como Santander llamaría la atención. No era así. Carlitos se había criado allí, todos lo conocían y respetaban porque sabían que Carlitos había visto a Dios.

Carlitos vio a Dios un día de julio cuando tenía veintiún años. En aquellas fechas su mente andaba en otras historias: las chicas y los pájaros. Carlitos era ornitólogo y ecologista. Una noche decidió escalar una torre de alta tensión para ver con unos prismáticos lechuzas, cárabos y a una muchacha ducharse a través de una ventana. El rocío convertía la estructura metálica en una peligrosa atalaya. A Carlitos no le importó, esperó paciente en la cima con sus binoculares hasta que la chica se desnudó para él, hasta que la lechuza se cruzó bajo unas farolas, hasta que la chica volvió a la ventana y se secó y se puso el pijama y apagó la luz del servicio. Carlitos orinó desde la torreta. Sintiendo el hormigueo de las hormonas y la electricidad al acecho, Carlitos decidió bajar de la torre. Cayó como un saco. El cosquilleo de sus piernas resultó ser de la postura: estaban dormidas. No se rompió ningún hueso, no se hizo nada. De camino a casa lo atropelló el camión de regar las calles, nadie sabe cómo pudo ocurrir; sus sesos se esparcieron por el húmedo asfalto. En la UVI vio a Dios y Dios le habló.

Dios le dijo que había sido elegido, que la vara era ahora suya y también la misión de guiar a la humanidad, le aconsejó sobre cómo tenía que vestirse un verdadero profeta y desapareció.

Desde aquel suceso, Carlitos paseaba por las calles de Santander gastando su pensión en los puticlubs, viendo volar las gaviotas en las playas y predicando: daba sermones sobre los bancos del paseo marítimo, en las puertas del casino, de las iglesias, en los círculos literarios, en las conferencias sobre cualquier materia de la Caja de Ahorros, en las guarderías. Dios le había hablado; era el último profeta, él era el portador de la vara, el elegido para guiar a todos a la felicidad. Y sabía que Dios le seguía de cerca, que estaba contento con

él, porque entre los que le escuchaban, entre los que le echaban monedas, entre los que le fotografiaban o se fotografiaban a su lado había gnomos. Nadie más los veía, era un secreto entre él y Dios.

Cada mañana a las ocho veintitrés el despertador hacía volver a Carlitos con sus fieles, se levantaba con cuidado para no despertar a los doce gnomos que dormían con él, cerraba la puerta del dormitorio para que descansasen un poco más y después de mear y lavarse los dientes, todavía desnudo, preparaba el desayuno para todos ellos en la mesa del salón: trece cuencos de cereales azucarados con leche desnatada. La receta se la había dado Dios. Los gnomos no la probaban, se alimentaban con la esencia, oliendo el tazón; Carlitos, todavía terrestre, tenía que comerla. Siempre era un placer ver a los doce gnomos, con sus simpáticos gorros y sus pijamas largos de vivos colores, disfrutar del desayuno, hundir sus cabezas en los tazones para captar la esencia del trigo.

Carlitos tenía televisión, un regalo de sus padres, pero no la ponía nunca. Las charlas con sus amigos los gnomos o sus lecturas de libros religiosos eran mucho más interesantes; además, tampoco le hacía falta: su vecina, una anciana muy sorda, ponía el televisor a tal volumen que asustaba a los gnomos, y en ciertas ocasiones le confundía y le hacía pensar que Dios le hablaba de nuevo.

En el desayuno Carlitos escuchó tres veces «lista de la felicidad». Sabía que era la tele de su vecina, pero también supo de inmediato que era un mensaje. Encendió la suya y conoció a Pedro García Gómez, y le escuchó leer, entre las amoratadas vísceras de los rosados contertulios, la lista de la felicidad.

Ocurrió algo. Su adormecido miembro, colgajo estúpido desde el accidente, despertó, volvió a la vida, y allí, frente al televisor, Carlitos tuvo una tremenda erección. Ahora entendía el mensaje: Dios le estaba hablando, había llegado la hora, la vara no era de encina o sauce, no era de madera, sino de carne, surgía de su mismo yo, de su entrepierna. Siempre había estado a su alcance, pero no la había visto.

Dios había vuelto a hablar con él. A Moisés le hizo trepar un monte para conseguir diez mandamientos, a él se lo había puesto más fácil: se los enviaba por televisión. Cayó de rodillas y alzó las manos y el rabo al cielo.

A Carlitos le gustaba acudir a todo tipo de charlas de carácter científico que se daban en la ciudad. Cuando llegaba el turno de preguntas siempre levantaba las manos, ambas. Si no estaba de acuerdo, preguntaba:

—¿Tiene pruebas de todo lo expuesto? Y de ser cierto lo que usted nos ha explicado magníficamente, añado: ¿por qué Dios no me ha

hecho partícipe de ese conocimiento?

Por el contrario, si la ponencia era de su agrado, manifestaba:

—Buenos días, o tardes, soy el designado para guiar a la humanidad. Estoy totalmente de acuerdo con usted, es más, ya había tenido yo una charla con Dios sobre este tema y opina lo mismo.

Por eso, cuando unas horas después de la lectura de la lista levantó ambas manos en mitad del sermón de la catedral, se oyeron risitas y toses de desaprobación, pero nadie se sorprendió, y el cura continuó con su sermón sin prestarle atención. Carlitos se levantó. El cura, vestido de blanco y oro como un torero, le vio aproximarse por el pasillo sin dejar de hablar del abominable matrimonio homosexual. Calló cuando Carlitos subió las escaleras del altar y quedó plantado frente a él.

—Vuelve a tu asiento, hijo —dijo sin perder la calma—. Estamos celebrando.

Carlitos se sabía en poder de la verdad —su verga seguía erecta—, y la verdad le hizo ser convincente.

—O me deja hablar o le doy de hostias —dijo.

Lo de dar hostias al cura, en misa, sonó gracioso; se escucharon murmullos, toses.

El sacerdote, enfadado, le lanzó una mirada de ira. Carlitos levantó la mano con intención de cumplir su amenaza y el cura salió corriendo a encerrarse en la sacristía entre las risas de los asistentes. No hubo mártires, no hubo sacrificios humanos; el cura no defendió su templo, ni sus enseñanzas, solo unas mejillas que no llegó a ofrecer.

Carlitos cogió el micrófono del púlpito y habló a la iglesia:

—Hermanos —dijo—, Dios me ha hablado de nuevo esta mañana, me ha mostrado el camino para que todos logremos la felicidad a través de su mesías, y el camino es este.

Y sacando un pedazo de papel leyó la lista de la felicidad.

—Listado de parásitos a los que eliminar para ser feliz:

- Los alcaldes.
- Presidente de la comunidad autónoma y todos los consejeros.
- Presidente del Gobierno y todos sus ministros.
- Los periodistas de la prensa rosa.
- Todos los periodistas, a excepción de los del tiempo de la Primera.
- La familia real.
- Los veterinarios (motivo medioambiental).

Y continuó:

—Ahora sé cómo guiaros. Si Moisés llevó a los suyos a través del desierto, yo os conduciré por la nacional uno hasta Madrid. El hombre

de las noticias, Pedro García Gómez, está iluminado por Dios y necesita nuestra ayuda y, no lo dudéis, todos nosotros necesitamos la suya. Por eso, ahora, en este momento, yo os digo: ¡Vamos a Madrid! ¡Seguidme ahora y seréis felices! Nada de políticos, nada de periodistas, nada de veterinarios… Es el camino. Seguidme y os lo mostraré, no me sigáis y seguiréis muertos en vida, esperando la muerte para liberaros de la vida que arde en vuestro interior y os consume. ¡Seguidme y temeréis a la muerte porque volveréis a estar vivos!

Dicho esto, estiró ambos brazos, la túnica se pegó a su cuerpo marcando la enorme vara guía y, agachándose, saludó a su público. Unos se levantaron y aplaudieron, otros permanecieron sentados y en silencio. Carlitos descendió y fue hacia la salida.

—Seguidme —dijo—. No dudéis.

Los asistentes a la misa habían tapado sus ojos a la opulencia de la Iglesia católica, sus oídos a sus mensajes desfasados y sus bocas ante la incoherencia de estatuas crucificadas para representar un Jesús vivo y revolucionario. Querían creer y acudían a la liturgia en busca de una religión que los hiciese fuertes en su credo. Eran ciegos, sordos y mudos, pero olían, y la iglesia bajo el incienso escondía el aroma de cuerpos descompuestos por la codicia. Y no querían perder la fe, pero lo hacían, y no querían distanciarse de sus creencias, pero lo hacían de su iglesia.

En aquel duermevela matinal, cuando la fe de los creyentes se sujetaba en delicadas telas de araña y el sermón las sacudía con violencia, el mensaje de Carlitos hizo creer a los que querían creer, dio luz a los perdidos y una nueva fe a los que la habían olvidado.

Y ocurrió el milagro: muchos se levantaron y le siguieron.

Unos le siguieron convencidos, alguna mujer atraída por la vara, algunos porque no tenían nada que hacer, otros porque querían ver en qué acababa aquello y muchos porque sentían que esa lista la podían haber escrito ellos. La tropa paró las calles y fue aumentando en número; crecía alimentada por la curiosidad, la esperanza, las ganas de pasarlo bien y de salir de la monotonía, y por los sermones a gritos de Carlitos y sus doce gnomos.

Carlitos comenzó su marcha hacia Madrid gritando que tenía la vara para guiarlos, la gente lo siguió y el grupo fue pasando pueblos y ganando adeptos de camino a la nacional uno.

Pero la felicidad no fue inmediata; al contrario, a medida que pasaban las horas y se alejaban de Santander, muchos sufrían dolor de cabeza, cada vez más fuerte. Llevaban demasiado tiempo sin pensar y sufrían resaca mental; el sol y las telarañas cerebrales producen

jaqueca. Su cerebro había sido desconectado voluntariamente y sustituido por una televisión hacía mucho tiempo. Ahora su cavidad craneal se vaciaba como la cisterna del váter al tirar de la cadena, dejando libre, en el centro, un conguito mojado y cubierto de barro. A cada paso el cerebro se secaba, la capa de cieno que lo envolvía se resquebrajaba en placas hexagonales y por las grietas comenzaba a llegar el oxígeno. La tierra seca acababa desprendiéndose mostrando un cerebro parado desde la infancia, lleno de ruedas dentadas que ahora volvían a funcionar. El proceso era doloroso: el lodo secándose picaba, el oxígeno que llegaba por las grietas escocía, la pérdida de adherencia de la arcilla tiraba y los primeros movimientos del molino de ideas retumbaban en una cabeza hasta ese momento demasiado llena y demasiado vacía.

Tenían la misma resaca que se padece tras una buena borrachera. Estaban enfermos y en lugar de rendirse siguieron adelante, por las cunetas, pisando asfalto, porque suponían que su dolor era bueno, porque así se lo decía el único que no tenía nada en la cabeza: Carlitos.

—Ánimo, ¡es la penitencia de la felicidad! ¡Pronto desaparecerá! ¡Lo dicen mis gnomos!

Y fue verdad. La resaca mental duró poco, el cerebro humano no tiene demasiadas ruedas que girar, y en el kilómetro siete, como Carlitos les había prometido, el malestar los abandonó e inspiraron los primeros aromas de la felicidad.

Las noticias de radios, de televisiones locales y periódicos informaron de la marcha de unos tarados que se dirigían a Madrid para ayudar a Pedro García Gómez, el asesino de la lista. No sirvió de nada que los llamasen locos, que los periodistas los tratasen de subnormales abducidos por las estrafalarias ideas de un lunático.

Cuando llegaban a un pueblo, unos peregrinos sonreían y otros, los últimos en incorporarse, todavía vomitaban. La gente se sentía identificada con la lista y con ellos, los veían desde las aceras, aplaudiéndoles, aupando a los niños. Y el número crecía. Viejos y jóvenes se adherían a la marcha, mujeres y niños daban cestas con comida: latas, embutidos, queso, vino… Las chicas se entregaban al placer con aquellos soñadores y hacían el amor apoyadas en los semáforos. Querían hacerlos felices porque querían ser felices.

Las noticias relacionadas con la lista o Pedro García Gómez llegaban con los coches y camiones que se cruzaban, se transmitían rápido, en un boca a boca algo tergiversado, y cuando le llegaban a Carlitos interrumpía la caravana, subía sobre alguna furgoneta y con un megáfono gritaba:

—¡Una línea más, un paso menos! —A continuación contaba la noticia a su manera.

Todos respondían lo mismo. Era la única frase no pensada en el grupo, o mejor dicho, creada por otro, porque los caminantes tenían un cerebro limpio, seco y brillante que deseaban usar, y retrocedían a sus clases de filosofía en los perdidos días del instituto para exponer a sus nuevos compañeros las ideas de Platón, Descartes o santo Tomás y establecer debates y cambiar impresiones.

Descansaban cuando anochecía, pero nadie podía dormir; estaban excitados con la idea de ser felices, y por las noches, en los improvisados campamentos, los peregrinos cantaban, reían, charlaban y copulaban, sin teles, sin Nintendo, con las estrellas como única pantalla a la que seguir y admirar.

¿MAESTRO?
¿QUÉ QUIERES, PEDRO?
PUES VERÁS, LOS CHICOS Y YO SEGUIMOS IMPRESIONADOS CON EL MILAGRO DEL PAN Y LOS PECES...
VOY A TENER QUE INVENTAR LA HOSTIA ANTES DE TIEMPO
Y HEMOS PENSADO QUE COMO HACE TAN BUEN DÍA Y SOLO NOS QUEDA UNA CERVEZA Y SOMOS 12...
... Y UNOS PANCHITOS O ALGO PARA PICAR
¡DILE TAMBIÉN QUE SOLO NOS QUEDA UN CIGARRO!
TB

# El abrazo del albornoz melocotón

La chica indicó a Pedro García Gómez dónde ducharse y Pedro García Gómez obedeció mansamente. Le pasó por la cabeza la idea de que estar desnudo en una casa ajena, cuando acabas de matar a unas cuantas personas y te busca la policía, no era buena; pero también pensó que aquella bonita morena le había sacado de los estudios de televisión y puesto a salvo. Se desnudó, cerró la mampara y abrió el grifo del agua caliente dejando que arroyuelos de agua limpia tratasen de despegar de su piel los restos de otras pieles, otras tripas, otros pelos, sangre, sesos y humores vítreos.

Se quedó un rato bajo el chorro, sintiendo el agua caliente sobre su cara, disfrutando de su última ducha, porque sabía que en las cárceles ese era el lugar más peligroso y hasta un delincuente de renombre como él, Pedro García Gómez, podía ser violado en un centro penitenciario. Cuando acabó cerró el grifo y cogió la toalla que colgaba sobre el radiador. La puerta del baño se abrió y entró la chica vestida con un albornoz melocotón. Pedro García Gómez no supo qué hacer, estaba desnudo, mojado, con las manos sobre su cabeza, frotándola con una toalla usada por otra persona, seguramente por ella. La chica se acercó a Pedro García Gómez abriendo el albornoz, lo abrazó e incorporó a un secreto mundo interior color melocotón, a su piel caliente y su olor corporal, a la mezcla de perfumes del gel y del suavizante. Y, ante la sensualidad de la situación y el calor de un vientre que presionaba, Pedro García Gómez tuvo una erección.

Ruth Cortinas Alonso agarró su cuello, Pedro García Gómez dejó caer la toalla y abrazó torpemente su cintura, ella le atrajo a sus labios y Pedro García Gómez descubrió allí, en un baño de Leganés, los verdaderos labios del amor. Pedro García Gómez le quitó el albornoz, acarició su cuerpo y la poseyó sobre la taza del váter.

Ruth Cortinas Alonso lloró emocionada cuando escuchó un susurro en su oído:

—Cuando me encierren, ¿querrás tener algún vis a vis conmigo?

—Sí, sí y sí —gritó abrazándolo. La cisterna fría se pegaba a la piel sudada de su espalda.

Cuando acabaron tan apasionado y corto acto de amor, Ruth

Cortinas Alonso abrió la tapa y orinó, cogió la mano de Pedro García Gómez y lo llevó a un dormitorio iluminado por velas del Ikea y cargado de humo de incienso. Volvieron a hacer el amor.

De repente Pedro García Gómez se dio cuenta de su mala cabeza. No estaba usando profiláctico y una enfermedad venérea —sida, gonorrea, hepatitis, sífilis, candidiasis o paperas— podía salir a su encuentro y acabar con su plan y su salud. Pedro García Gómez dejó de abrazarla y se tumbó boca arriba sobre la cama, sin tocarla, pensando cómo eliminar la posible enfermedad: ¿aguarrás?

—¿He hecho algo mal? —preguntó ella—. ¿Estás incómodo, mi amor?

Pedro García Gómez pensó que un hombre que había decidido tomar el camino de la perdición para regresar como triunfador al mundo de los funcionarios podía correr riesgos. Respondió con lo primero que asaltó su cabeza, con algo sincero.

—No. Te quiero.

Ella lo abrazó, Pedro García Gómez buscó sus manos, acarició su cara, olió su cuello y junto a ella llegó a un orgasmo intenso, agradable y lleno de amor.

—Me llamo Pedro García Gómez —se presentó.

—Ruth Cortinas Alonso.

Pasaron los siguientes días encerrados en el apartamento, sin salir, sin poner la televisión. Pedro García Gómez sospechaba lo que iban a decir de él y no le interesaba escucharlo. Disfrutaron cada minuto, cada inspiración, cada desayuno, cada caricia. Sabían que la policía los capturaría en cualquier momento, derribaría la puerta y sus sueños… Pedro García Gómez disfrutó de una última cena con Magdalena y sin apóstoles.

Y POR LO TANTO, SI EL TIEMPO ES RELATIVO, PODEMOS VIAJAR A DIFERENTES VELOCIDADES POR EL CONTINUO ESPACIO-TIEMPO
¿QUÉ COSAS TIENE ESTE HOMBRE? NO SÉ SI CREE LO QUE DICE O ES QUE LE PEGA MUCHO AL CHINCHÓN
SÍ, SÍ, PERO ESTÁ BUENO EL MORO
¡UFF! TENGO EL AGUJERO NEGRO DESTROZADO
¿QUÉ COSAS TENGO QUE DECIR PARA ECHAR UN CASQUETE?

El hombre sin virtud es el peor de todos, es el más impío y salvaje de los animales, y el más lascivo y glotón. La justicia, en cambio, es cosa de la ciudad, ya que la justicia es el orden de la comunidad civil, y consiste en el discernimiento de lo que es justo.

ARISTÓTELES, *Política*, libro I

Mientras Pedro García Gómez se duchaba en casa de Ruth Cortinas Alonso, las televisiones no dejaban de emitir imágenes de los asesinatos. Los trozos de los presentadores se hacían más famosos por separado que cuando formaban individuos. Las radios, por su parte, solo hablaban de la matanza y entrevistaban a expertos en la materia: médicos, amas de casa o cajeros automáticos.

A medida que pasaba la tarde, la historia, las imágenes repetidas y reiteradas, la sangre de los comentaristas y presentadores de televisión se mezclaba con locuciones preocupadas: la policía no llegaba al lugar de los hechos.

Era cierto, los estudios permanecían vacíos, los cuerpos sin cabeza reposaban sobre la mesa del plató de informativos y los restos desmenuzados del primer programa de audiencia eran islotes en medio de un coágulo negro. En las puertas, los guardias de seguridad impedían el paso hasta que llegase la policía, y afuera, aglomerados, la masa inconexa de periodistas de todos los medios esperaba. No apareció ningún coche patrulla, ni la policía local o la nacional o la guardia civil, solo las moscas.

Anochecía…, las conexiones con el lugar de los hechos eran constantes: las macabras imágenes en diferido; en directo, corresponsales aburridos a la puerta de la emisora. La lista se hacía famosa, ganaba un lugar en la cabeza de todos los telespectadores y radioescuchas de España, un lugar en las oxidadas memorias, al lado de los nombres y apellidos de putas de lujo, futbolistas y porteras baratas que llenaban los programas autodenominándose *periodistas de investigación*. Ahora la población conocía la lista, punto por punto, asociando a cada uno de ellos las morbosas imágenes que mostraba la televisión.

Listado de parásitos a los que eliminar para ser feliz:

1. El cuello partido de la alcaldesa → «alcaldes».
2. La cavidad torácica abierta y los largos intestinos humeantes sobre el capó del coche verde → «presidentes y consejeros de comunidades autónomas».
3. La sangre roja saliendo a borbotones de las cabezas decapitadas, de los cuerpos mutilados por la motosierra → «prensa rosa y periodistas en general».
4. Un *heavy* con motosierra → Pedro García Gómez.

Con un bonito y rojo atardecer y el soplo del hijo de algún sobrino que tenía algún familiar policía, los periodistas comprendieron cuál era la verdadera noticia: no había policía en la calle porque estaba protegiendo a los políticos, porque conocían la lista desde hacía veinticuatro horas. Ahora encajaban las palabras de Pedro García Gómez ante las cámaras: «esto forma parte de mi plan para ser feliz, como ya señalé ayer».

En los informativos de la noche se hablaba de la «presunta» noticia y de las repercusiones que podría tener.

Por la mañana se confirmaba: «Los políticos conocían, desde el día anterior a la matanza de la emisora, las intenciones de Pedro García Gómez, pero no habían hecho nada para defender otros objetivos. Solo se habían protegido a sí mismos». ¡Los políticos habían puesto a los periodistas en las manos de un demente! A partir de ese momento Pedro García Gómez fue olvidado.

Los titulares de los periódicos coincidían: «Avandonados» (sic), decía el *HAVZ* en enormes titulares; «Ultrage» (sic), *El Manta.* Circularon por las calles ediciones matinales extra de los principales periódicos, metiéndose sin tapujos con una clase dirigente miedosa y falta de escrúpulos que sacrificaba al pueblo.

*El Patán* publicaba en primera página:

***El Patán***

## Verguenza

Redacción.

Ayer, a las 10:27 horas, Pedro García Gómez irrumpió en el plató dónde se emitía el programa *Las mañanas de Puag* haciéndose pasar por una estrella de grupo de rock. Con la ayuda de una motosierra cercenó a la presentadora en cuatro trozos, a sus colaboradores en dos mitades e hizo público un demente comunicado para lograr la felicidad que transcribimos a continuación:

«Listado de parásitos a eliminar para ser feliz: los alcaldes, el presidente de la comunidad autónoma y todos los consejeros, el presidente del Gobierno y todos sus ministros, los periodistas de la prensa rosa, todos los periodistas, a excepción de los del tiempo de la Primera, la familia real, los veterinarios (motivo medioambiental)».

Tras decapitar a los locutores de informativos se dió a la fuga en un coche rojo sin que hasta el momento se tenga ninguna otra información de este malnacido.

Lo más grave y desagradable del suceso es que a la hora de cerrar la emisión los cadáveres continuaban en sus respectivos platos a la espera de una policía que todavía no se había presentado.

Nuestros periodistas de investigación han confirmado que desde hace dos días todos los Cuerpos de Seguridad del Estado han sido usados como escoltas de la clase política, desde que se descubrió en el coche del primer atentado una nota del agresor indicando sus prioridades.

Es indignante como se ha usado a nuestra policía. Ha sido puesta en su totalidad a disposición de políticos, alcaldes y ministros, olvidando al resto de los ciudadanos, algunos de ellos amenazados directamente por el asesino de la lista. ¡No queda un sólo policía a disposición de los contribuyentes!

Esta noticia alarmante hace que desde aquí exijamos, con fuerza, la destitución inmediata de Gobierno y oposición en todos los puntos de España: ayuntamientos, diputaciones, comunidades autónomas y Estado. Su deplorable actuación ante este presunto demente, sin tener en cuenta los efectos sobre la población u otros afectados por la lista, como los veterinarios, así lo requiere.

Más informacción, página 2 y siguientes

Las emisoras gubernamentales reprodujeron comunicados grabados en los que desmentían los hechos y explicaban que se habían hecho bien las cosas. El Estado había analizado la lista meticulosamente y elegido sus prioridades, como en Tarifa Guzmán el Bueno. Si Guzmán decidió sacrificar a su hijo en beneficio del pueblo, ellos habían preferido inmolar a sus periodistas. Un político siempre sería mucho más útil a un país que un periodista.

Nuevas tiradas de periódicos e informativos respondieron con figuras metafóricas. Indicaban que en un naufragio habría que salvar a los periodistas y a los niños mucho antes que a los políticos, porque los niños eran el futuro y los periodistas la verdad. Los políticos sobrevivirían en el agua, estarían como en casa con los tiburones. A continuación se cagaban en Guzmán el Bueno.

Esa mañana se produjeron cinco declaraciones institucionales que recordaban la figura de Guzmán y otras tantas tiradas de periódicos con la imagen del barquito hundiéndose. Cada declaración era más atroz, cada editorial más soez. Guzmán el Bueno saltó del barco y se ahogó.

En el entierro del presidente de la comunidad autónoma y sus consejeros una masa de periodistas volcó los ataúdes. Los restos de los restos de la presentadora y contertulios que reposaban en la capilla de un lujoso hotel hasta su funeral fueron ultrajados y echados a los perros por una bandada de políticos. Emisoras gubernamentales e «independientes» dieron la noticia.

Las familias se sentaban felices frente al telediario de las tres para ver cómo se ponían a parir unos y otros. Los niños buscaban a Guzmán el Bueno en la Wikipedia. La credibilidad de políticos y periodistas se hacía el harakiri en público.

Por la tarde, hora de Alicante, toda la polémica desapareció; el barco se desvaneció en el horizonte y Guzmán el Bueno volvió a roncar en su tumba. Los políticos alabaron la labor de los periodistas y los periodistas el duro trabajo de los políticos.

El titular de los telediarios de la noche fue «La alarmante presencia de medusas en el Tajo». Casi a la finalización de los informativos, entre las noticias de cine y las del tiempo, se decía sucintamente que se había movilizado al Ejército para defender a todos de un trastornado llamado Pedro García Gómez.

Curiosamente no se vio al ejército en ninguna calle de Madrid, Antequera o Chinchón, en ningún metro o autobús. Sin embargo, las emisoras de radio y televisión y las redacciones de los periódicos se convirtieron a partir de las cinco de la tarde en fuertes: sacos de arena, alambre de espino, tanquetas y militares vestidos de camuflaje

de selva, armados con las más sofisticadas armas de matar y repeler elementos disfrazados de *heavy*, rodeaban los edificios.

A partir de ese momento solo se vio a la policía o al ejército en las calles escoltando a políticos o periodistas.

Frente a las clínicas veterinarias no había nadie. Decidieron cerrar e irse a casa.

Ese día, tras reunión extraordinaria, el Colegio Oficial de Veterinarios convocó una huelga general indefinida de profesionales de la salud animal hasta que todo el gremio recibiese la escolta que necesitaba. No se atrevió a convocar manifestaciones por si los atacaba Pedro García Gómez. No se enteró nadie, ningún medio lo publicó.

Los telespectadores apagaron aburridos la tele con dos noticias claras. Una voluntaria: había medusas en un río. Y otra que se transmitió involuntariamente: si un barco estaba cargado con periodistas, políticos y Guzmán el Bueno, lo mejor era torpedear el barco. Había quedado claro que se preocupaban exclusivamente de ellos, sin importarles en absoluto el resto de la población a la que en teoría servían.

Y SI EL HOMBRE QUE ESTÁ ENCADENADO PUDIERA ROMPER SUS CADENAS Y SALIR AL EXTERIOR
¡MIRA EL TONTO ESE A LA SOLANA!
¡A CON LA QUE ESTÁ CAYENDO!
¡SERÁ GILIPOLLAS!
TB

# Enrique Torrero Trasmonte

Enrique Torrero Trasmonte había hecho el Camino de Santiago catorce veces a lo largo de ocho años: por el camino real, por el primitivo, saliendo de San Juan, de Roncesvalles, subiendo la Vía de la Plata, a pie, en bici, a la pata coja, reptando, con sol, con lluvia, con nieve… Y había acabado, las catorce veces, oyendo misa en la catedral de Santiago de Compostela. Enrique Torrero Trasmonte era ateo, no creía en Dios, creía en la ciencia. Era ateo y funcionario de Correos. Su postura ante la existencia de Dios no se debía a una meditación filosófica y personal del asunto, era la que había oído desde la televisión; además, Enrique Torrero Trasmonte no tenía la capacidad intelectual suficiente para establecer un diálogo consigo mismo o plantearse cuestiones filosóficas, las cosas eran porque eran y pensar más en ellas era absurdo. Su trabajo, estampador de sellos y pesador de sobres, era una de las máximas ambiciones a las que se podía aspirar en la vida, y sus conversaciones, hasta hacía ocho años, siempre trataban el mismo tema: «el sobre: textura, peso y timbrado». Ahora, con casi diez años de equipaje en la mochila, los temas de sus monólogos se habían ampliado bastante: «calzado para marchas, perfiles de etapas, dificultades geográficas y atmosféricas, albergues; su primer Camino, su segundo Camino, su tercer Camino…», y así hasta el decimocuarto.

El azar puso a Enrique Torrero Trasmonte en el Camino de Santiago; bueno, el azar, su madre y Nuria Domínguez Orbada. No se sabe si por tener un único tema de conversación, «el sobre: textura, peso y timbrado», o por ser ateo, Enrique Torrero Trasmonte no tenía amigos, y los fines de semana transcurrían en el sofá de sus padres frente a los programas de Telecisco. La madre decidió hacer algo por su hijo y lo apuntó al mismo grupo de montaña que le había contado una vecina que había apuntado a su hijo, agnóstico y con tema de conversación «el microchip, ese gran desconocido»; grupo en el que había conocido a una chica con la que se había ido a vivir dos meses más tarde, liberando el sofá familiar.

El grupo de montañismo lo desvirgó en el asunto de las montañas el fin de semana siguiente, subiendo piedras en busca de cimas perdidas en las que no se le había perdido nada, y allí, entre el sudor, los tirones musculares y las alergias, descubrió a Nuria Domínguez

Orbada.

No necesitó establecer un tema de conversación: Nuria Domínguez Orbada tenía un monólogo suficiente para los dos, «la banca, problemas laborales de las cajeras». Y tan bien asintió Enrique Torrero Trasmonte escalando las rampas, y tan bien desaprobó las injustas condiciones de trabajo de las cajeras que aquella misma noche de sábado, mientras alguien hablaba del Camino de Santiago, fue suya, o él fue de ella.

Volvió a casa tan enamorado que cometió un error, no preguntar su número de teléfono. Regresó sábado tras sábado al club de montaña, dejó su sudor en las quebradas de la sierra norte, habló con otros de «el sobre: textura, peso y timbrado», escuchó a valientes exploradores hablar del misterioso Camino de Santiago…, pero Nuria Domínguez Orbada no apareció.

Cuando llegó el verano con sus vacaciones, había sacado una idea clara del Camino de Santiago: si se hacía entero, se cumplían los deseos. Fue a Roncesvalles y comenzó a caminar, quería volver a los brazos de Nuria Domínguez Orbada.

No la encontró en el primer Camino, pero no desistió; lo probó una segunda vez, y otra, y otra más, hasta que olvidó el motivo que le impulsó a hacerlo, hasta convertirse en un predicador que contaba con meticulosidad los problemas de las etapas, de las ampollas, de las chinches, del frío, de los alberguistas… Y a medida que empapelaba su habitación con compostelas, descubrió que su nuevo tema de conversación, «el Camino de Santiago, problemas varios», era escuchado; y le gustó sentirse escuchado, daba igual que su compañero de viaje fuese inglés o coreano, o disimuladamente se quedara a dormir en el albergue anterior. Nuria Domínguez Orbada murió sepultada por el peso de las compostelas.

Y, otra vez, el azar puso a Enrique Torrero Trasmonte en el camino de Pedro García Gómez. Enrique Torrero Trasmonte cruzaba la autovía de Madrid rumbo a Santiago con una concha colgada de la mochila cuando vio un grupo de gente que avanzaba por el arcén. La curiosidad y las ganas de contar los problemas del Camino le hicieron ir al encuentro de aquellos peregrinos.

—Hola —dijo al *hippie* de largos pelos que presidía la marcha—. Mi nombre es Enrique Torrero Trasmonte, he hecho el Camino de Santiago catorce veces. ¿Es esta la primera vez que lo hacéis? ¿Dónde habéis empezado? ¿Dónde acabáis la etapa?

—No vamos a Santiago —dijo Carlitos poniendo la mano sobre su hombro—, vamos al encuentro del profeta Pedro García Gómez en Madrid, pero una persona con tu experiencia nos sería de gran

utilidad.

Enrique Torrero Trasmonte se sintió derretir al ser reconocida su experiencia por el líder de aquel grupo. En su cerebro dos neuronas murieron por el éxtasis del momento.

—Si os acompaño a Madrid…, ¿qué conseguiría?

—La felicidad —contestó Carlitos mientras la brisa mecía la vara.

Y Enrique Torrero Trasmonte recordó el motivo de sus idas y venidas por los caminos del norte, sus anhelos, sus sueños, el sobre, el estampado, y a Nuria Domínguez Orbada. Nuria Domínguez Orbada lo esperaba en Madrid.

—Iré con vosotros —dijo.

Y entre aplausos cambió el rumbo de su vida.

Enrique Torrero Trasmonte contó sus catorce caminos a todo el que tuvo oportunidad. Por miedo a sufrir otro día más a su lado, algunos desertaron.

***

Aquella noche Enrique Torrero Trasmonte durmió solo, nadie quiso acampar con semejante pelma, y desde su esterilla escuchó conversaciones que no versaban sobre televisión, fútbol o trabajo, conversaciones en las que se hablaba y se escuchaba, y pensó: «¡Qué rara es esta gente!».

A la mañana siguiente, Enrique Torrero Trasmonte no habló con nadie de sus rutas jacobeas, caminó cabizbajo, ajeno al resto, dando vueltas a una idea, a una forma que se había desvanecido hacía muchos años y ahora volvía, a un fantasma, a Nuria Domínguez Orbada. Había iniciado una nueva vida por ella y luego la había olvidado, había dejado a un lado su apasionante tema de conversación, había escalado montañas, desgastado botas, vadeado ríos, recorrido sendas y carreteras, y el Camino de Santiago se le había merendado. Envidioso de los aventureros grandilocuentes que lo recorrían «n» veces al año, se había convertido en uno de ellos… Y había olvidado el premio, su Nuria Domínguez Orbada. Y entonces obró el milagro. Se acercó a Carlitos y le dijo algo que no tenía nada que ver con «el Camino de Santiago, problemas varios»:

—¿Sabes?, estoy locamente enamorado de Nuria Domínguez Orbada.

Enrique Torrero Trasmonte no estaba hablando para sentirse superior, ya no miraba por encima del hombro a nadie. Lo que decía, lo que diría, surgía del ventrículo derecho de su corazón.

Ni Carlitos ni sus gnomos captaron el cambio. Los gnomos huyeron aterrados cuando Enrique Torrero Trasmonte empezó a hablar; creían

que la idea de llevarlo con ellos no era del todo buena. Carlitos se preparó para escuchar una arenga sobre etapas llanas y en curva o algo parecido, pero no llegó; Enrique Torrero Trasmonte le miraba, esperaba su respuesta.

—¿Y qué pasó? —preguntó Carlitos. Ahora ya no tenía escapatoria, llegaba la charla.

—Nada —y calló.

—¿Nada? —preguntó Carlitos curioso. Los gnomos se acercaron, el hombre perfecto del Camino tenía un punto débil.

—Fue una noche, desapareció. Hice el Camino para intentar recuperarla, ya sabes…, se cumplen los deseos.

—¿Y…?

—No la volví a ver. Olvidé mi sueño, me hundí en el camino.

Carlitos miró admirado a aquel hombre que reconocía sus errores.

—Yo una vez me caí de una torre de la luz —le confesó.

—¿De verdad vamos a encontrar la felicidad en Madrid? —preguntó con esperanza Enrique Torrero Trasmonte.

—¿No crees que ya has dado un gran paso para conseguirla? —contestó orgulloso Carlitos.

Enrique Torrero Trasmonte no contestó, sonrió, se sonrojó y se detuvo; la marcha siguió su paso rodeándolo. Se llevó la mano al cuello y se quitó la concha. La tiró contra el suelo y pisó sus restos. Los caminantes pararon, lo rodearon y aplaudieron. Enrique Torrero Trasmonte rompió a llorar embargado por la felicidad.

No habían dado las once de la mañana, lucía el sol y gorgoritaban los gorriones cuando entraron en un pueblo. Ocupaban la calle principal y la gente invadía las aceras para verlos pasar; gritaban, aplaudían, les daban bocadillos y vino, y algunos se unían al grupo entre aplausos de bienvenida de los peregrinos.

Entre la gente que disfrutaba del desfile, Enrique Torrero Trasmonte vio una chica alta, de pelo largo y moreno, que le recordó a su amor perdido. Sabía que no era ella, que había pasado casi una década, que era más joven, incluso más bonita, y sabía cuál había sido su error, dejarla desaparecer y olvidarla.

Se acercó a la chica y le susurró:

—No podría perdonarme el resto de mi vida si no sé a qué saben tus labios. ¿Puedo besarte?

Le salió de dentro, con pasión, con seducción, con amor, con respeto y elegancia.

La chica sonrió sonrojada.

—Claro —contestó.

Se fundieron en un beso apasionado.

Se separaron, agarró su mano con suavidad y volvió al desfile, notando como sus dedos se deslizaban entre los suyos. La chica quedó allí, de pie, con lágrimas en los ojos. Enrique Torrero Trasmonte caminaba con paso firme. Había dado un segundo paso hacia la felicidad.

# Marta María Medina Hernández

Marta María Medina Hernández había dedicado su vida al estudio y estaba satisfecha: tenía dos carreras, un doctorado, un puesto de ayudante en la universidad y un novio, también doctor, con el que compartía piso. Su vida era todo lo monótona y emocionante que pueda ser el mundo de la investigación: entraba en la universidad a primera hora, hundía sus ojos en los microscopios, los separaba para dar una clase y volvía a pegarlos a las lentes hasta bien entrada la noche. Llegaba a casa, besaba a su pareja, se duchaba, cenaban, se contaban sus logros profesionales, veían la tele y se acostaban. El fin de semana no existía, la investigación los necesitaba y el polvo dominical era lo único que conseguía diferenciar el domingo del resto de los días, y de una forma negativa, porque el sexo no le gustaba ni le interesaba, no disfrutaba, nunca había tenido un orgasmo y odiaba fingir; también odiaba los viscosos fluidos masculinos y hacer cualquier cosa que se desviase de la pura cópula. No se tenían dos carreras y un doctorado para hacer el animal.

Desgraciadamente, por encima de los tubos de ensayo estaba la familia, y cuando la hermana de su novio decidió casarse tuvo que abandonar el laboratorio en Madrid y, muy a su pesar, ir al norte.

Los mugidos de las vacas lecheras y el hábito del trabajo hicieron despertarse temprano a Marta María Medina Hernández. Estaba en casa de sus futuros suegros, su pareja roncaba al lado y en breve querría copular; no le apetecía. Decidió levantarse, vestirse, desayunar e ir a dar un paseo por el pueblo antes de la boda. No quiso desayunar en la casa, demasiados nervios que aguantar por culpa de la celebración; prefirió el café de la plaza, leyendo el periódico local: las inquietantes noticias sobre el asesino de la lista, la Bolsa y la caravana humana que se había originado en Santander.

—Están acampados a la orilla del río, aquí llegan en cuanto arranquen —comentó el camarero al verla leer la noticia.

Marta María Medina Hernández lo miró curiosa.

—Son muchos —prosiguió el camarero al sentirse escuchado—. Van a Madrid a ayudar a Pedro García Gómez, el asesino de la lista, dicen que él les traerá la felicidad.

Se escucharon explosiones en la calle.

—Ya vienen, eso son cohetes. Voy a verlos. Yo no me lo pierdo.

Son dos cincuenta —concluyó el camarero.

Marta María Medina Hernández se quedó sola en la cafetería. Dejó el dinero sobre la barra y salió a la calle con curiosidad. La gente esperaba en las aceras. Era un pueblo pequeño y no tuvo que hacerse hueco a codazos para ver el desfile.

La cabalgata llegó entre aplausos y confetis. La presidía un tipo que parecía Jesucristo y debía de haberse puesto algo bajo la ropa porque aquello de lo que presumía era inhumano. Le seguía mucha gente cantando y riendo.

La procesión saludaba. Un grupo pasó junto a ella. Los escuchó charlar sobre la posibilidad de que los estadios de fútbol no necesitaban agua porque los regaban los jugadores a escupitajos.

Se fijó en un hombre alto, de unos treinta años, que llevaba una pesada mochila azul y avanzaba en su dirección mirándola fijamente. Cuando llegó a su lado se detuvo y le susurró:

—No podría perdonarme el resto de mi vida si no sé a qué saben tus labios. ¿Puedo besarte?

Le salió de dentro, con pasión, con seducción, con amor, con respeto y elegancia.

El disciplinado mundo de Marta María Medina Hernández estalló en pedazos, una enana roja, latente y llena de calor ocupó su lugar. Sus hormonas se revolucionaron y se apoderaron de su ser.

—Claro —contestó sonrojada.

Y se fundieron en un beso apasionado.

Cuando se separaron agarró su mano con suavidad. Su galán volvió al desfile. Marta María Medina Hernández notó cómo sus dedos se deslizaban de la mano y caían. Se quedó allí, de pie, con lágrimas en los ojos; nunca podría perdonarse su monótona, aburrida, insípida y vacía vida.

Regresó a casa, estaba húmeda, quería hacer el amor con su pareja, arrancar a la vida los orgasmos perdidos, sentir semen resbalar por sus piernas. Y lo hizo con su atónito novio sin dejar de pensar en aquel chico de la mochila azul.

DUDAR NO DEBES
DE TU MAESTRO
¿VES ESTA PASTILLA
DE JABÓN?
PUES EL LADO OSCURO
DE LA FUERZA
MOSTRARTE QUIERO
¡OTRA VEZ!
FB

Los espíritus libres, ante la noticia de que el viejo Dios ha muerto, nos sentimos como iluminados por una nueva aurora; nuestro corazón se inunda entonces de gratitud, de admiración, de presentimiento y de esperanza. Finalmente se nos aparece el horizonte otra vez libre.

NIETZSCHE, *El gay saber*

Sin policía o militares en la calle, con políticos y periodistas agrediéndose mutua y salvajemente durante todo un día, las pesadas ruedas del reloj de la monotonía volvieron a fallar. Tan descaradamente lo hicieron los políticos, tan mal disimularon el pacto los periodistas que no hicieron falta filósofos hablando de poderes en la sombra, manipulación o alienación. Los hilos de las marionetas se rompieron y la gente se sintió manipulada por la tele, esclava de una clase política a la que tenía que servir con su vida.

Asqueados, apagaron las radios, rompieron las teles y quemaron los periódicos. Poco después tenían resaca: el conguito quería funcionar.

A la hora de la cena el dolor de cabeza había desaparecido y una extraña sensación de libertad recorría la espalda de los millones de españoles que se alimentaban de noticias. El grupo político al que creían pertenecer se había quitado la máscara para no ser mejor que el opositor; unos y otros eran sanguijuelas que vivían de su sudor. Los medios de comunicación eran el perrito faldero del poder, mentirosos y manipuladores. Solo una persona en todo el país sabía la verdad e intentaba hacerla llegar. Su nombre era Pedro García Gómez.

En los balcones se comenzaron a ver sábanas con un nombre: Pedro García Gómez. Tenían un héroe al que admirar. La gente sin nada que ver o escuchar en casa bajó a la calle con dos cosas claras: que Pedro García Gómez tenía cojones y sabía lo que se hacía, y que los políticos y periodistas eran malas personas.

Pero el verdadero tema de conversación fue el fútbol. El fin de semana se enfrentaban Barcelona y Real Madrid y lo emitían en abierto.

# Anacleto Toribio Moreno Rubio

Nació pelirrojo, fue una jugarreta del destino; también nació con la piel blanquiazul llena de pecas y muy delgadito. Fue el menor de once hermanos, cinco morenos, cinco rubios, y el menos querido. Su madre pensaba que su pelo era la deshonra del apellido, una maldición gitana, y su padre que no era suyo, que su mujer era adúltera y tenía muy mal gusto en asuntos de cama.

Tras la guerra y siendo aún un niño, su padre lo puso a trabajar en la mina del pueblo. Allí creció, entre polvo de carbón, respirando antracita. Vivió negro hasta su jubilación, sin engordar una pizca; todo lo que comía se iba a la cabeza, a su pelo fuerte y rojo.

Anacleto Toribio Moreno Rubio no conoció mujer. En el baile las muchachas se burlaban de él, de sus cejas y su cabellera roja y brillante. Solo una vez estuvo a punto de conseguir tener novia: una chica que llevaba agua a los trabajadores a la salida de la mina… Estuvo cerca, se paraba a hablar con ella, bebía dos o tres vasos de agua, con o sin sed, y charlaban sobre la vida, y se enamoraron. Un día de verano, turno de mañana, se quitó el casco y se secó el sudor. La muchacha observó horrorizada su pelo y nunca volvió. Años después supo que se había metido monja e iba para santa; ¡se le había aparecido el mismo Lucifer!

Anacleto Toribio Moreno Rubio nunca visitó burdel. Conservó su virginidad, creía en el amor verdadero y prefería esperar el mágico momento.

La antracosis se llevó a muchos de sus compañeros, la cirrosis a otros y el alzhéimer acabó con el resto; solo Anacleto Toribio Moreno Rubio quedó en el pueblo. Seco, no ya delgado, con aspecto de momia, blanquecino, con pecas fusionadas en manchas de distintos colores, formas y dimensiones, y un pelo rojo, fuerte, denso y brillante sin cana alguna en cabeza, hombros y cejas.

Emigró a la capital en busca de sus sueños: la mujer de su vida y el Real Madrid. El pueblo murió y Anacleto Toribio Moreno Rubio se hizo socio del equipo blanco. El amor de su vida nunca se cruzó en su camino o huyó al verlo acercarse.

Cuando Anacleto Toribio Moreno Rubio se rompió la cadera coincidió en el hospital con otro anciano que le dijo que el amor verdadero no estaba en los estadios de fútbol, que vivía en los

corazones olvidados de las viejecitas y que ellas no tenían miedo a los pelos de colores. En el mundo de la calva y la cana el color cotizaba al alza. Por eso le aconsejaba viajar a Benidorm o realizar actividades de relación: viajes para la tercera edad, bailar samba…

Su sabio compañero de habitación murió. Anacleto Toribio Moreno Rubio recibió el alta dos días después y decidió seguir sus consejos. Fue como público a un programa de televisión y allí, en directo, vio la actuación de Pedro García Gómez.

A Anacleto Toribio Moreno Rubio no le había querido nadie, familia o mujeres, ¿cómo iba a esperar ser querido por unos políticos que no lo conocían?, ¿cómo no iba a estar de acuerdo con la lista de la felicidad?

Decidió actuar y se sintió feliz. El vecino del primero era concejal: le lanzaría una maceta cuando saliese a la calle.

¡WOUUU!
WOAUUU...
¡JODÉ, CHEWAKA! YA SÉ QUE ESTÁ DE MODA... QUE TODO EL MUNDO LO HACE.
SÍ, SÍ, YA SÉ QUE EN EL GIMNASIO TODO EL MUNDO VA ASÍ...
Y TAMBIEN QUE SE LIGA MÁS, PERO...
¡JODER! DEPILARTE LOS HUEVOS JUSTO ANTES DE RESCATAR A LA PRINCESA.
LA VERDAD. CREO QUE NO VAS A CAUSAR BUENA IMPRESIÓN
FB

Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo.

MARX, *Manuscritos: economía y filosofía*

Manadas de fans cargados de adrenalina y cervezas invadían metros y autobuses y el atasco en la Castellana y alrededores era total; se jugaba el partido del año, el enésimo. Se enfrentaban por fin en el campo los dos grandes equipos de la Liga española y la clasificación estaba igualada. El Barça sacaba solo dos puntos al Madrid y el partido podía decidir la Liga.

Los periódicos deportivos anunciaban el evento en primera página desde hacía más de un mes: *Masca, Ass* y *Mundo Despota* llenaban sus columnas elogiando a sus respectivos equipos y escupiendo sapos, culebras y cabras contra el rival. Si se estrujaba uno de los periódicos caían babas de admiración y gotitas de odio. Las cadenas de televisión olvidaron a Pedro García Gómez; el partido, los jugadores y sus inteligentes declaraciones llenaban los informativos.

Los jugadores de los grandes equipos habían cambiado mucho en los últimos años. Ahora todos eran muy guapos, muy modelos y muy monos. Tenían que ser estrellas fuera y dentro del campo, excitar en la butaca al ultra encolerizado y a la mujer aburrida. Eran tan monos que anunciaban todo tipo de colonias y lociones para el cuerpo, tan parecidos al mono que sus comentarios ante las cámaras carecían de vocales y bien podían interpretarse como gruñidos, ronquidos o rebuznos (su capacidad para emitir rebuznos era un misterio). Cuando alguno de ellos era preguntado, la respuesta era más o menos la siguiente:

—Bien, bueno…, grrrrrgggpptttttmmm…, como dice el míster… ggñññññ.

Daba igual la nacionalidad del simio o el equipo que representara. Lo mismo ocurría si el entrevistado era el entrenador.

Cuando se disputaba un partido Madrid *versus* Barcelona toda España se paralizaba, se declaraba de máximo interés, como la Semana Santa, y todo el mundo se encerraba en casa o en los bares. Una vez comenzado, no había coches en las calles, ni gente; parecía

que hubiese caído una bomba de neutrones. Era el momento perfecto para cometer un asesinato.

Si para los españoles era un día de fiesta, para la policía nacional era uno de los peores del año: esa tarde nadie tenía permiso, todos estaban de servicio. Furgonetas llenas de antidisturbios controlaban las entradas al estadio y las bocas del metro, tanquetas con cañones de agua a presión se escondían en calles cercanas, policías a pie y a caballo se mezclaban entre la multitud que llegaba, barreras de antidisturbios vigilaban la entrada de los jugadores y de los forofos visitantes, policías de paisano flotaban en la marea blanca y azulgrana, municipales en pareja vigilaban a los carteristas, y dentro del recinto la policía rodeaba el campo y a los ultras del Barça durante todo el encuentro… O eso era lo habitual.

Aquel viernes no había tanquetas, motos, furgonetas con los cristales blindados, caballos, sirenas o policías. Solo la seguridad privada estaba presente en las puertas de acceso con una misión clara: impedir la entrada de armas, objetos contundentes y personas sin entrada. Pero la seguridad privada siempre ha preferido contratar hombres fornidos antes que inteligentes y la misión se confundía en las puertas: en la A dejaban pasar personas sin entrada pero con armas, en la B personas con entrada pero con objetos contundentes y en la C personas con calcetines blancos bailando charlestón.

Marta María Medina Hernández llegó al estadio en metro. Nunca había visto un partido de fútbol en televisión y mucho menos en el campo; hasta hacía unos días pensaba que era algo propio de vulgares albañiles, no de científicos…, pero todo había cambiado desde su beso con el galán de la mochila azul.

Estaba sudada, aturdida y aplastada, el vagón iba lleno de sardinas vestidas con camisetas blancas que hacían sonar constantemente silbatos y altavoces, y cuando se abrieron las puertas no tuvo que pedir paso, la arrastraron hasta la salida. El metro vomitó una remesa de seguidores impacientes y una científica con dos carreras.

Entre una masa blanca humana, gritos, bocinas, olor a chorizo asado, sudores rancios y palomitas llegó a la puerta. En el camino vio navajazos entre aficionados de ambos equipos y pisó un muerto, la sobaron, le metieron mano y robaron la cartera. Entregó su entrada; estaba sudada, feliz y excitada. Consiguió convencer al guardia de seguridad de que estaba armada y entró en el coliseo.

La vida de Marta María Medina Hernández había cambiado desde su fugaz encuentro en Solares con aquel intrépido aventurero: había hecho el amor con su novio y disfrutado varios orgasmos, se había emborrachado en la boda, había cortado el tanga a la novia, besado

un perro y conducido hasta Madrid.

El lunes Marta María Medina Hernández no volvió a la universidad. La ciencia podía esperar, necesitaba aspirar la vida e inundar los pulmones con ella. No se levantó cuando sonó el despertador, se quedó en la cama disfrutando del ruido del tráfico tras los cristales, de las carreras en el piso de arriba, de restos de conversaciones en las calles, del canto despistado de un pájaro en Arganda…; era tan feliz que tuvo que tocarse.

Cuando abrió la puerta del portal y la luz y la contaminación llenaron sus ojos y pulmones, nació de nuevo, había decidido disfrutar de la vida que le había arrebatado el cáncer de la ciencia. Desayunó en un bar un café con leche con mucha azúcar y algo de sacarina, tres porras, seis churros, un dónut y un sol y sombra, y mientras tanto, entre mordisco y mordisco, ojeó aquel periódico que absorbía las mentes de sus alumnos. Allí se enteró del gran partido y decidió acudir, vivir aquella experiencia mundana que era en España lo que el carnaval en Río y la Semana Santa en Zamora.

No convenció a su pareja y fue sola; además, aunque le hubiese persuadido, tampoco habría podido ir: yacía exhausto en la cama (pero feliz).

Marta María Medina Hernández ocupó su asiento, a pocos metros del césped y frente al banquillo del Barcelona. El rugido de cien mil personas gritando era ensordecedor, pero no tenía que hablar con nadie; estaba sola, solo ver y disfrutar. Los equipos calentaban a pocos metros. Lágrimas de felicidad caían por sus mejillas.

Tampoco había policías en el estadio, ni en el césped, ni en las gradas, solo en los palcos de prensa un pelotón de la Cuarta Brigada de Infantería de Marina de Tarragona, compuesto por treinta y cinco hombres musculosos, vigilaba la cabina de los comentaristas deportivos rodeada de sacos de arena. En una de las torretas de luz brillaron las gafas del cabo francotirador Gutierres, ecuatoriano al servicio del Ejército español.

A las ocho en punto de la tarde comenzó el partido. A las ocho y dos un sector del público consideró no justificada la tarjeta amarilla a la entrada de un madridista. Los gritos hacían pitar los oídos de Marta María Medina Hernández. Mecheros, tampones y otros objetos cayeron al terreno de juego.

Marta María Medina Hernández quería participar de todo aquello, buscó algo que arrojar en sus bolsillos y encontró una moneda, la lanzó con todas sus fuerzas al terreno de juego. Tuvo suerte: un árbitro recibió el impacto de la moneda griega de dos euros en la cabeza, arrancó un trozo de su cuero cabelludo y por la brecha, isla

roja en mitad del pelo negro, se escapó la sangre a presión manchando su camiseta amarilla. El estadio enmudeció.

Todos los que rodeaban a Marta María Medina Hernández la habían visto arrojar la moneda, ahora la miraban de reojo, con envidia por su rebeldía y con miedo por lo que le ocurriría. Las cámaras la enfocaron: grandes pantallas la mostraban en primer plano. Se vio en ellas y, alegre e ilusionada, levantó los brazos al aire y gritó:

—¡Sí!

El estadio permaneció en silencio. Una mosca zumbaba en el aire.

La policía no estaba y el ejército no intervino. El miedo desapareció de los ojos de sus vecinos y un hombre muy gordo sentado a su derecha la abrazó envolviéndola en sudadas carnes. Todo el estadio rompió a aplaudir, gritar y tirar monedas al campo.

Los jugadores del Barça se quejaban, los del Madrid hacían gestos pidiendo respeto. Cuando los ánimos se calmaron el partido continuó.

Marta María Medina Hernández apenas vio el resto del partido, comía los bocadillos que le ofrecían, bebía de las botas de vino y petacas y se dejaba abrazar por toda su fila. El entrenador del Barcelona miraba hacia ella, de vez en cuando, con cara de pocos amigos.

Marta María Medina Hernández no se perdía nada; el partido era muy aburrido y al entrar en el último minuto ambos equipos seguían empatados a cero. La Liga no se resolvería aquella tarde.

En el tiempo añadido el Barcelona marcó en claro fuera de juego. El árbitro dio por válido el gol.

Los jugadores del Barcelona se abrazaban. Los abucheos, gritos, bramidos y bufidos de trompetas de plástico hacían reventar los tímpanos más sensibles. El terreno se llenó de monedas, mecheros, servilletas y botellas de agua.

Marta María Medina Hernández no celebró el gol porque nadie a su alrededor lo hizo y no le pareció de buena educación. Le fastidiaba porque le hacía ilusión gritar ¡goooooll!, pero los aborígenes le habían dado parte de su merienda; no podía ofenderlos, era ciencia elemental.

Un seguidor descontento saltó al césped, llegó hasta el árbitro y le propinó un puñetazo en las narices. El árbitro se derrumbó sangrando por la boca y el exaltado procedió a patearle el estómago. Más fanáticos saltaron al terreno de juego, unos apalearon a los árbitros, otros fueron a por los jugadores del Barcelona.

Los seguidores del «Barsa» decidieron ayudar a su equipo y linchar al Madrid y a los madridistas.

En unos segundos el césped estaba lleno de hinchas pegándose

entre ellos, golpeando a jugadores de ambos equipos o a los árbitros. Unos recibían por ser aficionados del equipo contrario, otros por ser jugadores enemigos y otros por arbitrar con favoritismos. Otros daban a los jugadores de sus mismos colores, insatisfechos con su juego.

Los locutores con las emisoras abiertas gritaban como locos a toda España:

—¡Dadles, matadlos a todos! ¡Abajo el «Barsa»!

O bien:

—¡Dadles bien, *collons*! ¡Matad al Madrid!

—¡Usted, sargento, no se vayan! ¡No nos abandonen a esa chusma! —ordenaron al unísono los mismos periodistas.

Pero no cerraron los micrófonos, y entre las narices rotas que ofrecían las televisiones, los dientes en órbita y las patadas testiculares se escuchó claro el mensaje «¡No se vayan! ¡No nos abandonen a esa chusma!».

Y efectivamente, el pelotón no los abandonó, el sargento tenía instrucciones: proteger a los periodistas. Esa era la misión, evitar el ataque del demente a los medios de información, y ese era el momento ideal.

Marta María Medina Hernández permanecía en su asiento mientras hordas embrutecidas de seguidores de ambos equipos bajaban empujándose y pegándose por las escaleras. El césped era un verdadero campo de combate. Marta María Medina Hernández estaba sola, la familia que había compartido su merienda luchaba abajo, el hombre mantecoso que la había albergado en sus pliegues era ahora un gladiador en un circo romano. Marta María Medina Hernández no se había movido, y no porque le diese miedo la situación; estaba tan excitada con la pelea salvaje, con la violencia de toda aquella gente que su cuerpo temblaba, tenía piel de gallina y el vello de punta; además, un ronroneo interior la recorría y la mantenía inmóvil. De repente tuvo un orgasmo, intenso, y en ese momento, mientras se mordía los labios y se apretaba el vientre, supo qué quería hacer: tener otro orgasmo con el jugador más guapo del Real Madrid.

Y se levantó, y húmeda se sumergió en la tempestad, entre los puños, las patadas y los mordiscos, en busca de un jugador que había visto mil veces en las revistas, como una lejana estrella de cine, sabiendo que sería suyo y ella de él. Los sentimientos de su pareja, novio o amante no importaban, la vida se abría paso en su cabeza, su novio no había sabido hacerle ver el mundo de las ideas, lo tenía merecido.

La vida era —pensó Marta María Medina Hernández— salvaje. La evolución de los últimos miles de años no existía: era civilización, no

evolución; autodomesticación, no historia. Marta María Medina Hernández era un *Homo sapiens*, un animal más, un ser lleno de instintos que satisfacer, y el suyo ahora era primario, se había transmitido desde los orígenes del hombre en África, desde antes: reproducirse con el más adaptado, con el más guapo. Y en este caso concreto el más guapo y adaptado era Puleta, un jugador del Real Madrid.

La suerte o el destino acompaña a los que comprenden el sentido de la evolución, así que Marta María Medina Hernández encontró a Puleta tendido en la hierba, vestido de blanco, luciendo pantorrillas e inconsciente. Marta María Medina Hernández se bajó pantalones y bragas y saltó sobre Puleta. El jugador no despertó. Marta María Medina Hernández sacó del pantalón de deporte de Puleta un pene muerto e intentó penetrarse sin conseguirlo. Alguien dio una tremenda patada en la sien de Puleta.

Marta María Medina Hernández no desesperó, intentó reanimarlo, cambió de postura, posó su culo sobre la cara del delantero y comenzó a masturbarse con su nariz.

Marta María Medina Hernández estaba absorta en su violación y el público absorto en la pelea; solo de vez en cuando la enfocaba alguna cámara. De repente, y sin previo aviso, alguien empujó a Marta María Medina Hernández por detrás. Marta María Medina Hernández quedó a gatas y entonces sintió que la penetraban. No se quejó, se excito más, y a gatas sobre la cara de Puleta le hicieron el amor. Marta María Medina Hernández, como científica y entre suspiros, entendió la lección de la madre naturaleza: el motor de la evolución son los oportunistas. Y pensó en el hombre de la mochila azul y voló y se dejó llevar al mundo de las ideas.

Sonaron disparos. El sargento vio a un *heavy* pegándose en el campo y creyó reconocer a Pedro García Gómez. Cumplió sus órdenes: disparar a matar.

En primer plano de todas las teles, como en los fusilamientos de *El tres de mayo,* el *heavy* miliciano cayó de rodillas con los brazos en cruz y su camiseta de Saratoga hecha un gran agujero.

Una estampida humana se originó en el césped del Real Madrid, un estadio repleto intentando huir de las balas por la única salida posible, los vestuarios.

Marta María Medina Hernández, que tenía las palmas apoyadas en la hierba, notó temblar el suelo; no sabía si era ella, su corazón, el de su semental o un terremoto. Vio correr gente frente a ella, tropezarse, caer, ser pisados y aplastados. Giró la cabeza y mientras un tremendo orgasmo la invadía vio una avalancha precipitarse contra ellos. Antes

de morir arrollada supo dos cosas: que estaba embarazada y que a veces la evolución nos lleva a caminos sin salida; iba a morir bajo aquellas suelas.

Anacleto Toribio Moreno Rubio, con noventa y tres años de edad, pelirrojo y seco amojamado, llegó a su primer, gran y último orgasmo.

«¡Y con qué chavala!», pensó mientras lo aplastaban. Murió con una sonrisa en los labios y el aparato en posición de firmes.

De todos los jugadores que formaban las plantillas del Real Madrid y el Barcelona solo quedaron vivos siete; unos murieron a golpes por el público, otros aplastados por la avalancha y uno de un balazo. De los supervivientes, dos quedaron, por sus heridas, feos, y, por consiguiente, inservibles para el Madrid.

Los medios de comunicación dieron la terrible noticia: Fútbol Club Barcelona y Real Madrid habían sido aniquilados por sus seguidores, ya no existían, culpa de una muchedumbre falta de cultura y educación.

Los partidos políticos aparecieron en la tele condenando y criticando la catástrofe, dando el pésame a los familiares y dejando claro que tenía que hacerse algo para evitar la violencia en el fútbol, culpa de unos pocos, o muchos, una población lunática y exaltada que no sabía distinguir deporte y bestialismo.

En ningún momento políticos o periodistas hicieron comentarios sobre el extraño hecho de que en el partido no hubiese policía y que los militares presentes no hubiesen intentado frenar los disturbios, o sobre el miliciano *heavy*.

Pero no hizo falta. La noticia, que ya se conocía, se extendió sin necesidad de periodistas, por mensajes telefónicos, correos electrónicos y redes sociales. Fue una gota de aceite llena de grupos de «feisbuc» en una servilleta, un pedo en el sofá familiar a la hora de la siesta.

Y ese día se demostró que Marx tenía razón: el fútbol era el opio del pueblo. Ahora que los dos grandes equipos habían desaparecido ya no importaba ese deporte, ni los otros equipos, ya no existía el opio, y la gente, la masa de orejas y ojos que formaba la población española, pasó a ser una masa con orejas y ojos, pero también con cerebros, miles, millones de ellos; y los cerebros se estaban despertando. ¡Y cómo les dolía la cabeza!

El miliciano *heavy* pasó a ser un héroe, pero nadie creyó que fuese Pedro García Gómez: medía dos metros, pesaba 180 kilos, era oriental y todo el mundo le había visto abrazar a la chica de la moneda de dos euros al principio del partido. Además, Pedro García Gómez no podía tener sentimientos.

ME DIJERON: ENRÓLATE Y TENDRÁS GRANDES EMOCIONES, VIAJARÁS POR TODO EL UNIVERSO, PODRÁS INVESTIGAR CON OTRAS ESPECIES...
PERO 50 AÑOS REALIZANDO PALPACIONES RECTALES A HUMANOS ABDUCIDOS ES UN COÑAZO...
PUES A MÍ ME GUSTA. LO ÚNICO MALO ES QUE HE PERDIDO 170 RELOJES DE PULSERA
¡AH! Y UN GATO

¡Temprano dad cebada, así el Creador os salve! El que quisiere, que coma; y el que no, cabalgue. Pasaremos la sierra que fiera es y grande. La tierra del rey Alfonso esta noche la podemos dejar.

El cuarto día de marcha Carlitos despertó entre dos hermanas gemelas que abrazaban la vara, las apartó con delicadeza y fue desnudo a dar un paseo con los doce gnomos. La vara seguía tan firme como el primer día, no había perdido turgencia. Dios seguía con él. Recorrió el campamento. Los caminantes estaban despiertos, esperándole para volver a la marcha. Entre el humo del café, de los hornillos y la bruma matinal vio cómo personas que hasta hacía pocos días no se conocían se pasaban agujas con hilos por las ampollas mutuamente y compartían aguja. Vio grupos tapados con mantas que hablaban sobre el mito de la caverna, otros que debatían sobre la inconsistencia de la vida, otro que celebraba una orgía… Y tomó una decisión: abandonaba la marcha.

Las razones que llevaron a Carlitos a decidir acabar la peregrinación fueron varias: sus gnomos tenían agujetas, una ampolla totalmente llena de exudado de más de cinco centímetros de diámetro cubría la planta de su pie derecho, y cuatro más palpitaban entre los dedos, ese era su pie bueno. Y la más importante: el mensaje de Pedro García Gómez se estaba propagando y haciendo fuerte, estaba destruyendo la fe en la sociedad y el opio futbolístico… La lista de Pedro García Gómez se estaba haciendo realidad demasiado rápido; o llegaban pronto a Madrid o no podrían ayudarle.

Cogió el megáfono y, desnudo ante la tienda donde había pasado la noche, gritó:

—¡Camaradas, hermanos! Tenemos que abandonar la marcha. Pedro García Gómez requiere nuestra ayuda, nos necesita ya. El camino a Madrid es demasiado largo para hacerlo a pie, ¡aún no hemos llegado ni a la nacional uno! ¡Necesitamos coches, autobuses! ¡Llamad a vuestros amigos!

Y así, con este sencillo sermón concluyó la peregrinación. Los teléfonos móviles hicieron su trabajo y en apenas unas horas toda la procesión, más de dos mil personas, se dirigía motorizada a la nacional uno, dirección Madrid.

***

Carlitos llegó en coche a Madrid, a la plaza del Sol, y allí, ante el reloj que marcaba el fin de los años, plantó la tienda de campaña. Carlitos no llegaba solo: coches, motos y autobuses cargados de crédulos optimistas lo seguían. Los balcones de muchos edificios lo saludaban con pancartas donde exhibían frases de la lista.

Las tiendas de campaña tomaron la plaza. Una legión de champiñones multicolores creció inundando aceras y carreteras. Los carteristas, trileros y vendedores callejeros de artículos de marca que ocupaban el lugar desaparecieron, temiendo la visita de sus amigos los policías. Eso no ocurrió y los hongos se extendieron, y con ellos la fiesta, las charlas informales en las calles y la esperanza de un mundo mejor. Cayeron la calle Preciados, Arenal y Montera, llegaron a Jacinto Benavente, ocuparon Atocha y bajaron hasta la estación. Las tiendas se instalaron en las grandes avenidas, desde Princesa a Cibeles, y en todas las estrechas calles que serpenteaban por el casco histórico. Vesículas de varicela hechas en tela infectaron las vías de Madrid, su piel y su sangre, y el tráfico desapareció del corazón de la ciudad. Una brisa agradable sopló desde el norte y por primera vez desde el año mil novecientos sesenta y nueve, cuando llegó la noche, las estrellas brillaron sobre los acampados, sobre las estatuas de Cascorro y Neptuno.

Carlitos admiró el cielo estrellado de Madrid. No había estado antes, no sabía que aquello era tan poco frecuente que se podía considerar imposible, pero se lo contaron. Escaló con el megáfono colgado a su espalda un autobús urbano que había quedado atrapado en la plaza, y desde su techo se dirigió a la masa:

—Hermanos —dijo—, esto es un presagio de lo que ha de venir, son las estrellas que alumbrarán nuestro camino en la noche, las que no fue capaz de ver Abenámar. ¡Hoy tenemos las estrellas y mañana tendremos el sol!

Como todos los mítines, fue absurdo, pero a Carlitos y a sus doce gnomos les pareció estupendo; también a todos aquellos que le seguían tratando de encontrar un camino para huir de las ruedas impuestas de la rutina. Aquella noche hubo una gran fiesta en el centro de una ciudad muerta y Tierno Galván y Pepe Risi bailaron en sus tumbas. Y Madrid fue vida, y hubo música y baile y mucho buen rollito.

Tú decías: «entienda yo y creeré». Yo, en cambio, decía: «cree para entender». Surgió la controversia.

SAN AGUSTÍN, *Obras completas*, Sermón XLIII

Cenaban en la sala una pizza descongelada y una botella de vino tinto Don Simón «reserva» cuando Ruth Cortinas Alonso habló por primera vez de lo sucedido en el plató de televisión.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo—, con todos los puntos de la lista, creo que lo sabes, pero… ¿por qué los veterinarios?

Porque había pisado una mierda de perro… Pedro García Gómez realmente no sabía por qué los había incluido, quizás el ansia al escribir la lista le había poseído. Tampoco sabía, ni se lo había preguntado hasta ese momento, por qué Ruth Cortinas Alonso lo había salvado. Todas sus dudas o temores sobre ella se habían quedado en el baño, en la toalla, en el albornoz melocotón. Su vida anterior al encuentro en el inodoro era otra muy lejana. Sabía que tenía que pagar sus crímenes y que no desistiría de su plan, pero también que no podía hacer nada más, solo esperar, junto a su amor, la llegada de las fuerzas del orden.

—Porque los perros se cagan en las aceras —contestó avergonzado Pedro García Gómez.

—Entiendo lo que quieres decir. La especie humana es una plaga para el planeta, no le basta con destruirlo y explotar sus recursos, además pretende que los demás animales lo sirvan.

Pedro García Gómez no quería decir eso…, estaba haciendo una lista, había pisado una mierda a propósito…

—El ser humano ha aniquilado la vida en el planeta, ha consumido los recursos, contaminado el agua, talado los bosques y eliminado la biodiversidad. Solo existen los monocultivos, los animales de abasto y los de compañía. —Ruth Cortinas Alonso recitaba una arenga.

—¿Somos ratas o somos elefantes? —preguntó a la nada Pedro García Gómez tumbado en el sofá. Acababa de recordar el documental de los estrategas.

Lágrimas de alegría y emoción enturbiaron el ojo derecho de Ruth Cortinas Alonso ante el agudo inciso de Pedro García Gómez; lágrimas de enojo por la deplorable actuación de la humanidad, el izquierdo. Lloraba más por el derecho.

—Eso quiero decir, cariño, mi miel, tú sí que sabes entender las cosas. El hombre era un estratega «K» como el elefante y vivía en equilibrio con la naturaleza, pero se ha transformado en un oportunista como las ratas, en una plaga que se extinguirá cuando acabe con los recursos.

Ahora el que lloraba era Pedro García Gómez: cómo le había emocionado el documental. Ruth Cortinas Alonso apretó sus manos.

Al ver cómo le afectaban sus palabras, Ruth Cortinas Alonso continuó con rabia y entre sollozos:

—El ser humano es una plaga que ha acabado con el planeta. Las extensiones del desierto de cereal, las ganaderías intensivas son una muestra de su crueldad, pero la peor es sin duda,y como tú bien sabes, los animales de compañía.

—¿Entonces somos «R»? —preguntó Pedro García Gómez intentando comprender el mensaje del documental.

—Somos un animal plaga que tiene mascotas, eso es absurdo e intolerable. Como si las ratas cohabitasen con hámsteres blancos a los que mimasen y diesen de comer —respondió Ruth.

—Si un ovni lleno de alienígenas abdujese a un bebé humano y lo cuidase y alimentase durante toda su vida, el niño se creería marciano —razonó Ruth Cortinas Alonso—. Si esos mismos extraterrestres castrasen al adolescente ya crecido porque se tocaba en las esquinas de la nave, le cortasen las orejas porque era la moda alienígena y le amputasen las primeras falanges porque se metía el dedo en la nariz, el hombre abducido seguiría amándolos porque no conocería más hombres, porque se creería ET. Y eso estaría mal —prosiguió Ruth Cortinas Alonso—, pero ¿los malos serían los pilotos del ovni o los dueños del niño? Lo que quiero decir es que los culpables no son los veterinarios, son los propietarios de los animales, ellos son los torturadores.

Pedro García Gómez pensó en sus palabras. Ruth Cortinas Alonso, su amada, su cacahuete, tenía toda la razón. Las especies canina y felina estaban siendo explotadas cruelmente: reproducidas, alienadas y esterilizadas. No sabía qué decir, aquel no era su problema, además no entraba en el temario. Pedro García Gómez solo quería aprobar una oposición, amaba a Ruth Cortinas Alonso, pero no podía cambiar la lista, o dejaría entrever su verdadero plan.

—Sí —contestó Pedro García Gómez—, pero no puedo asesinar a

media población; además, nadie lo entendería…

Ruth Cortinas Alonso suspiró y besó sus labios dulcemente.

—Seguramente —dijo—, tienes razón, ese es el camino de la felicidad, de la liberación animal.

Pedro García Gómez la abrazó. Al olor de su pelo, al contacto de su nariz en su cuello, al calor de sus labios sintió despertar un alienígena en su bragueta e hicieron el amor en el sofá. El queso se solidificaba sobre la pizza, frío.

***

Amanecieron en la cama medio tapados con las sábanas. Ruth Cortinas Alonso se cubría con pudor el pecho, Pedro García Gómez los genitales, las mantas en el suelo, la ropa interior desperdigada por el apartamento.

Se abrazaron. Pedro García Gómez se deslizó dentro de Ruth Cortinas Alonso y con suaves movimientos llegó la noticia que Ruth Cortinas Alonso no se había atrevido a dar la noche anterior. Sin comprometer la penetración, sin perder el ritmo, dijo:

—He de confesarte algo: soy veterinaria.

Pedro García Gómez no abandonó la vagina de Ruth Cortinas Alonso, ni abandonó el ritmo, ni dijo nada. Estaba despertando, volviendo al paraíso, disfrutando del sexo compartido y olvidando las columnas de apuntes. La besó y continuó hasta que ambos a la vez llegaron al orgasmo. Pero con él los sentimientos físicos se encogieron un poquito, se fundieron como un cubo de hielo sobre una estufa y dejaron paso a la realidad salvaje de su cruzada, al trueno que había reventado sus tímpanos, a la frase que no había querido escuchar.

Ruth Cortinas Alonso fue al baño a limpiarse el semen arrastrando con ella una sábana que envolvía su cuerpo. Pedro García Gómez no se levantó. Permaneció en la cama, boca arriba, los genitales tapados con la almohada. Miraba al techo, la bombilla, la telaraña… Se echó a llorar.

Su única meta en la vida era aprobar la oposición; tribunales injustos se lo habían impedido año tras año. El infortunio, la mala suerte bien aprovechada, le daba la oportunidad de conseguir ser funcionario, su sueño, y ahora, cuando todo eso estaba ocurriendo, aparecía el amor: Ruth Cortinas Alonso, una mujer que le aceptaba como era, con coronilla, ojeras y un plan brillante, que apreciaba su cerebro, su inteligencia, pero, ¡mierda de vida!, se veía atrapada en su lista.

Podía explicarle todo, que la lista era una treta para conseguir sus fines, que la felicidad para Pedro García Gómez, él, era aprobar y

pasar a formar parte de la Administración, que los veterinarios figuraban en su lista por pura casualidad, que por ella estaba dispuesto a indultarlos, que por ella pisaría mierdas de perro el resto de sus días… Pero si hacía eso, se quedaría solo. A sus ojos era un idealista que buscaba la felicidad, y Ruth Cortinas Alonso lo sabía, amaba a ese iluminado. Si contaba la verdad, Ruth Cortinas Alonso lo vería como el verdadero egoísta que era y lo odiaría, la perdería…, aunque también si continuaba con su plan y le clavaba una batidora en el ojo.

¿Por qué se le había ocurrido la idea de la batidora? ¡Pedro García Gómez estaba enamorado! ¡Nunca la haría sufrir! Jodida elección la de Pedro García Gómez. La oposición, con sus cuarenta temas, iba a privarle del amor verdadero.

Cuando Ruth Cortinas Alonso volvió a la cama, envuelta en la sábana y cubriéndose los senos, encontró a Pedro García Gómez como lo había dejado, boca arriba, con la almohada tapando sus genitales y los ojos cerrados. Solo una diferencia, lloraba, y las lágrimas empapaban la almohada. Se acostó al lado de Pedro García Gómez, bebió sus lágrimas y lo abrazó.

—No pasa nada, mi amor —dijo Ruth Cortinas Alonso—. Tienes razón, lo tengo asumido. Para conseguir la felicidad hay que hacer sacrificios y tu sacrificio soy yo, me has abierto los ojos, he actuado muy mal. He sido una marciana abducidora.

Pedro García Gómez pasó la mano por el hombro de Ruth Cortinas Alonso y sonrió.

—No pasa nada, mi ángel, todo se arreglará.

Y claro que se iba a arreglar, porque Pedro García Gómez había tenido una idea estupenda, genial, maravillosa: utilizar a la policía, entregarse antes de perpetrar un nuevo asesinato. Así, cuando saliese de la cárcel, Ruth le estaría esperando en la puerta con un ramo de flores, y él, Pedro García Gómez, ya más centrado en su oposición, olvidaría su estúpida lista de la felicidad, ya no necesitaría de listas, solo a su chica y su leyenda.

Volvieron a hacer el amor.

A media mañana Ruth Cortinas Alonso decidió cocinar para su Pedro García Gómez, abrieron una botella de vino tinto e hicieron *risotto* con setas congeladas. Pedro García Gómez preguntó la dirección de la casa y Ruth Cortinas Alonso se la dio divertida. Dejó a Ruth Cortinas Alonso dando vueltas al arroz y fue a la sala, descolgó el teléfono y marcó el cero noventa y uno; esperó. Respondió una voz grabada:

—Ha llamado a la policía nacional, todas nuestras líneas están

ocupadas. Si desea dejar un mensaje, hágalo después de oír la señal y nuestros agentes se pondrán en contacto con usted.

Tras un pitido Pedro García Gómez dio su nombre, apellidos, DNI, dirección para comunicaciones y el teléfono desde el que llamaba. También se identificó como el asesino de la lista de la felicidad y dijo que iba a eliminar a un veterinario en las señas indicadas con anterioridad, las de Ruth Cortinas Alonso, a las nueve treinta de la mañana siguiente. Colgó. Era mediodía; le pareció tiempo suficiente para que la policía fuese a detenerlo.

Pedro García Gómez sufrió dudas, las mismas o parecidas a las que le asaltaban en ocasiones, cuando no sabía si había puesto el nombre en los exámenes. Ruth Cortinas Alonso seguía en la cocina dando vueltas al arroz. Volvió a telefonear, esta vez le atendió una voz humana:

—Policía nacional, dígame.

—Me llamo Pedro García Gómez, mi DNI es 07123432P, soy el asesino de la lista y estoy en el sexto D de la avenida Vinateros 36-38. Voy a asesinar a un veterinario en este mismo lugar mañana por la mañana a las nueve y media —intentó soltar una carcajada de villano y colgó.

Volvió a la cocina satisfecho, estaba temblando, nervioso. Se sirvió un poco más de vino y besó a Ruth. El policía al otro lado del teléfono, pensó, tenía que haber sufrido un *shock*.

Pasaron el día como lo pasan los enamorados que se encuentran tras una ausencia, excitados como los zánganos tras la abeja reina, sedientos como los dromedarios en el desierto; y llegó la noche, con sus estrellas, pero, como era Madrid y además las persianas estaban bajadas, no las vieron; no pudieron tener una conversación sobre cometas, estrellas, planetas, satélites y aviones de reflejos rojos y verdes. Así que siguieron buscándose, como los españoles El Dorado, hasta quedar dormidos, extenuados, hasta que olvidaron su destino y a la policía, y la policía los olvidó a ellos.

Pedro García Gómez se despertó a las once y seis de la mañana, nadie había llamado o derribado la puerta, nadie había intentado salvar a Ruth Cortinas Alonso. La angustia invadió a Pedro García Gómez, se levantó de la cama cubriéndose con la sábana y volvió a llamar a la policía. Ruth dormía desnuda, boca arriba, otra sábana tapaba sus pechos. El mismo mensaje pregrabado del día anterior. Volvió a identificarse y dijo que ya había cometido el crimen, que había clavado una batidora en el ojo, hasta su muerte, a un veterinario que vivía en esa casa, que era chica, y que iba a permanecer en el piso un rato porque tenía sueño, porque él, Pedro

García Gómez, se reía de la justicia y de las fuerzas del orden, incapaces de atraparlo.

Colgó y fue a preparar el desayuno: huevos fritos, salchichas, tomate en rodajas, un vaso de zumo de naranja exprimido, leche calentada un minuto en el microondas y café recién hecho en una cafetera italiana para dos. Tardó media hora.

Lo colocó todo en una bandeja y lo llevó a la habitación. Desayunaron en la cama llenando todo de migas. Tardaron veinte minutos.

Pedro García Gómez recogió los restos del desayuno, dejó a Ruth Cortinas Alonso acostada con un beso en la frente y fregó tazas, sartén, platos, cubiertos, cazuela y una olla del día anterior. Limpió los fogones. Tardó otra media hora.

Fregó la cocina y limpió los baños, sus lágrimas se mezclaron con el jabón líquido. Cuarenta minutos más.

Se lavó la cara tratando de disimular, pero tenía los ojos irritados. Volvió a la habitación. Ruth esperaba despierta.

—Todo ha salido mal —dijo él.

—Ven a la cama, cariño —respondió Ruth muy dulce.

Volvió a la cama y se abrazaron, se besaron los sexos que en los intermedios cubrían las sábanas, los pechos, los labios, y echaron un polvo sin prisas, dejándose llevar por las caricias, disfrutando del calor de sus pieles, de la textura, del amor que exudaban. Entrelazaron sus manos y Ruth susurró en la oreja de Pedro García Gómez:

—Estoy preparada, amor, no te preocupes por mí.

Pedro García Gómez dudaba: si no la asesinaba y era sincero, la perdía; la noticia se extendería y perdería la reputación, su prestigio, y no conseguiría la oposición. Un romántico que hacía distinciones podía ser malinterpretado por un tribunal y suspendido. Si no la mataba, perdía chica y oposición; si la asesinaba, perdía chica, pero la oposición estaba más cerca.

—Avísame cuando vayas a llegar —susurró Pedro García Gómez con lágrimas en los ojos— para irnos juntos.

—Así lo haré —contestó Ruth Cortinas Alonso también llorando.

Continuaron haciendo el amor, no fornicaban, hacían el amor, el amor más puro y sincero; continuaron mientras ambos lloraban y se besaban y se sorbían mutuamente las lágrimas y los mocos por separado.

—¡Me voy! —sollozó Ruth Cortinas Alonso.

Entonces Pedro García Gómez apretó su cuello con fuerza y aceleró las embestidas. Ruth Cortinas Alonso alcanzó su último orgasmo, el más intenso y largo de su vida, del mundo entero. En las escalas de

orgasmos del uno al diez fue un once. En todo Madrid temblaron las lámparas, los perros aullaron, las ratas abandonaron las cloacas y los gatos bufaron con el pelo erizado.

Pedro García Gómez había leído sobre la hipoxia y el sexo en alguna página web antes de dedicarse a las oposiciones. Sabía que Kung Fu había muerto colgado en un armario, en mitad de una orgía, intentando conseguir aquel placer extremo.

Pedro García Gómez se fue con las contracciones *post mortem* de la vagina de Ruth Cortinas Alonso. Ambos se fueron casi a la vez. Pedro García Gómez pudo recordarlo, Ruth Cortinas Alonso murió en pleno clímax.

—Como David Carradine —dijo Pedro García Gómez jadeando. Y se dejó caer a un lado de la cama, observando un cadáver que ya no cubría sus pechos.

QUÉ PALIZA LES HEMOS DADO. NO HA QUEDADO NI UNO VIVO. HEMOS VIOLADO A SUS MUJERES Y MATADO A SUS HIJOS
¡Y QUEMADO SUS CASAS!
¡Y HEMOS MATADO A SUS GALLINAS!
GREEN PEACE
QUE HAS MATADO QUÉ PERO.... ¿DE DÓNDE HA SALIDO ESE PSICÓPATA? ¡A LOS ANIMALITOS NO SE LES HACE DAÑO!
¡DESCUARTÍZADLO CON LA CACEROLA!
ES SU SOBRINO CAPITÁN
¡GLUPS!

Donde son mendigos y hambrientos de bienes personales los que van a la política creyendo que es ahí de donde hay que sacar las riquezas, la guerra doméstica e intestina perderá a ellos y al resto de la ciudad.

PLATÓN, *La República*, libro VII

Pensar es duro, es alcanzar la edad adulta y soltar la mano de un padre, enfrentarse al mundo y a las preguntas existenciales de siempre: ¿qué había antes?, ¿qué habrá después? Por eso, por vagos, egoístas y miedosos, los hombres habían preferido no hacerlo y rodear sus dudas más realistas y pesimistas de religión, y estas, como en una cebolla, de un séquito de ideas absurdas, de una sociedad abstracta que pensaba sin tener cerebro ni conocimientos, que actuaba como consejera sin saber dar consejos. Era una sociedad creada para evitar el sufrimiento de razonar, dominada por los tampoco pensantes y más caraduras miembros de la manada: políticos, periodistas, abogados…

La humanidad había evolucionado a la estupidez y la ignorancia, y Pedro García Gómez con su lista, con sus ideas simples, había abierto los ojos a la población, a su tribu. Los había hecho enfrentarse a la telaraña que los rodeaba y ellos mismos habían tejido.

Pensar era malo para el sistema, pero la población despertó. Tras la desaparición de las fuerzas del orden para proteger a políticos y periodistas, las calles se quedaron más tranquilas. Tras la desaparición fortuita y no programada del fútbol, la gente empezó a pensar y sufrió jaqueca.

En las casas se apagaron televisores y radios días antes de que dejasen de emitir. La gente estaba harta de ser manipulada y empezó a pensar, y pensaron, muchos, que querían ser felices y que tal vez Pedro García Gómez, el tipo del coche verde y la lista, tenía razón.

Razonar costaba porque era difícil crear preguntas con las neuronas oxidadas y comprender las respuestas…, y dolía la cabeza.

Mucha gente decidió encontrarse en la capital con el ejército de Carlitos y perseguir, por fin, la felicidad, esa cosa que tanto les habían ofrecido, pero nunca les habían dado, y Pedro García Gómez se había

propuesto conseguir. Autobuses, trenes y aviones hacia Madrid estaban colapsados.

La felicidad ya no consistía en ver la tele: las noticias, el fútbol o escuchar a los políticos. La felicidad era algo distinto, casi ninguno sabía explicarlo, pero cada vez que se hacía realidad una línea del manifiesto de Pedro García Gómez se sentían alegres, más felices. Quizás la realidad consistía en pensar.

No todos fueron a Madrid, muchos se quedaron en casa e hicieron su propia lista. No se atrevieron a reconocer que habían sido víctimas de su propia estupidez y buscaron culpables. En una sola noche y con la ayuda de la policía se dio caza y muerte, de las más diversas y horrendas maneras, a políticos, sindicalistas, periodistas y veterinarios.

Se declararon la ley marcial, el estado de excepción, el de alerta y el de emergencia a la vez. El Estado, la nación, la Constitución, el conjunto de valores en los que se apoyaba la sociedad, sus políticos y periodistas estaban siendo atacados.

Emisoras de radio, televisión y periódicos ardían mientras la gente impedía llegar a unos bomberos que no querían hacerlo; coches oficiales explotaban con sus ocupantes encerrados en los asientos de atrás mientras los chóferes eran felicitados por los transeúntes; las macetas caían sobre políticos y periodistas y las aceras se llenaban de un excelente abono mezcla de sesos y tierra de los geranios.

La sociedad española se desmoronaba, los españoles habían decidido abandonar el mundo de las cavernas y enfrentarse al exterior, nadar para no ahogarse, dejar de ser hombres masa, desintoxicarse del opio de la religión, del trabajo impuesto, del fútbol y del mundo inventado por las noticias. Zafarse de una dictadura social creada por ellos, dejar de ser ovejas, pensar, y todo gracias a un hombre, a un mesías: Pedro García Gómez.

Cada paso que doy lo hago dudando, y cada nueva reflexión me hace temer un error y un absurdo en mi razonamiento.
HUME, *Tratado sobre la naturaleza humana*,
libro I, parte IV, sección VII

Pedro García Gómez tuvo un pensamiento filosófico: «La vida, cuando desaparece, se transforma en carne». Un pensamiento ajeno al mundo de los apuntes, al mundo de los medios de información. Un pensamiento que aunque afloraba ahora en su corteza cerebral había acompañado a la humanidad desde antes de ser humanos. ¿Cuántos *Australopithecus* habían pensado lo mismo al matar a la presa, al enfrentarse a un hijo muerto entre los colmillos de la bestia? Y notó un leve pellizco en su cerebro, fue todo.

Pedro García Gómez había querido tanto a Ruth que tras su muerte permaneció acostado a su lado por más de tres horas, mirándola, intentando ver más allá de su piel, buscar ese algo que la hizo única y ahora solo un trozo de carne. A las tres horas y diecisiete minutos se apartó de su lado; se orinaba.

Cuando Pedro García Gómez puso la batidora de color metálico sobre el ojo derecho de Ruth lloraba, sabía que solo era carne, pero el recuerdo le atormentaba, aquellos ojos bajo las relucientes cuchillas le habían mirado hacía demasiado poco tiempo, habían atravesado su cuerpo y se habían fundido con su corazón.

Pedro García Gómez apretó el botón e intentó atravesar el ojo derecho de Ruth, llegar al cerebro y encontrar su alma. Los párpados desaparecieron enredados en el rotor, hechos pedazos, como desaparece la nata en la leche al girar la cuchara; la córnea, perfectamente seccionada, se deslizó a un lado acompañada del iris; un pequeño tornado de humores vítreos, acuosos, trozos de carne, grasa, nervios, pequeños ligamentos y músculos, sangre y lágrimas salió de la órbita vacía para manchar las sábanas. Pedro García Gómez no alcanzó el cerebro, la batidora no tenía potencia suficiente para trepanar las ideas de Ruth. Se dejó caer a su lado y lloró, y vomitó de pena.

# La muerte de Pedro García Gómez

Ante el caos y en un país que pretendía ser libre, el Gobierno, la oposición, los periodistas y todos aquellos que representaban la libertad social establecida dictaron el estado de emergencia y una cruel norma: acabar con Pedro García Gómez.

Pedro García Gómez fue condenado a muerte sin juicio, por resolución conjunta del Congreso y el Senado, y ratificado por el rey. El problema fue encontrar al verdadero Pedro García Gómez. Pedro García Gómez sabía desde su primera oposición que su nombre no era demasiado original. Tipos con el mismo nombre y apellidos plagaban cada barrio y cada pueblo, y solo podían ser distinguidos por el número del documento nacional de identidad.

No se conocía la ubicación del famoso asesino de la lista. Se comunicó por fax, teléfono y correo electrónico a cada comisaría y cuartel de la Península la orden de matar con carácter de urgencia a Pedro García Gómez.

Pedro García Gómez 1 comía palomitas en el cine cuando notó en la nuca el frío hierro de la muerte. Una bala atravesó su cuello y salió por su boca, restos de dientes cayeron entre las palomitas que sujetaba su novia. Pedro García Gómez 2 recibió siete tiros por la espalda cuando esperaba a su hijo en la guardería y manchó de sangre y vísceras a dos histéricas madres. Pedro García Gómez 3 se despertó en su cama, sobresaltado, cuando la puerta de su casa reventaba en pedazos; unos instantes después volvió a dormir para siempre. Pedro García Gómez 4, en coma desde hacía más de tres años, fue desconectado de la máquina de oxígeno. Pedro García Gómez 5, tetrapléjico tras un accidente de moto, fue arrojado con silla a la vía del Ave de Sevilla y arrollado por el tren; no murió, siguió siendo tetrapléjico, perdió la silla. Y durante aquel día siguieron muriendo Pedros García Gómez, uno tras otro, por orden directa de Herodes.

Pero nuestro Pedro García Gómez no murió. Cuando por fin la policía echó abajo la puerta del piso de Ruth, Pedro García Gómez ya no estaba, se había cansado de esperar y había salido a buscarlos. El cadáver de Ruth les dio la bienvenida, sin sábanas que ocultasen su pecho, la tripa hinchada, su vagina amoratada y una batidora eléctrica

hundida en su ojo derecho.

Dios es la verdad y la verdad es divina… Pero ¿y si precisamente ese credo se desacredita cada vez más; si ya nada resulta divino como no sea el error, la ceguera y la mentira; si Dios mismo se revela nuestra más inventada mentira?
NIETZSCHE, *El gay saber*

Los militares rodearon el Congreso de los Diputados evitando que nadie entrara en la plaza. Las calles hervían de gente, de tiendas multicolores y toallas de playa y sacos de dormir puestos a ventilar, de saludos, música y conversaciones. En medio de todo el caos de color y sonido, lúgubres, caquis y silenciosos tanques, barricadas de sacos de arena y un ejército armado ocupaban una plaza y esperaban órdenes.

Ningún batallón recibía órdenes de acabar con el asentamiento carlitista prolibertad, y los defensores utópicos no tenían noticias de su profeta. Carlitos disfrutaba de una vida hasta entonces prohibida para él: de su popularidad, de los guisos, del sexo fortuito y abundante con las habitantes de las tiendas, del alcohol, de las drogas y del rocanrol en las calles. No tenía prisa, sabía que el mesías Pedro García Gómez llegaría a la plaza cercada, que había escapado de la siega de Pedros García Gómez realizada por el Gobierno y que, tarde o temprano, aparecería frente a la plaza del silencio, la tomada, la del Congreso. Así lo proclamaba cada mañana y cada noche a los que escuchaban a los pies del autobús, a los que se lo preguntaban. Lo sabía porque sus gnomos se lo habían dicho, porque ellos también correteaban sin prisas por la calle, entre las tiendas rojas, azules y amarillas, entre el ejército colorido y sin banderas, esperando la llegada.

Desde helicópteros militares se dejaron caer millones de octavillas en toda población mayor de diez mil habitantes que anunciaban que Pedro García Gómez había sido ejecutado por traición, que su revolución y su lista habían acabado. Y con aquellas octavillas llegó la verdadera revolución: los mensajes de móvil, las redes sociales y los correos electrónicos difundieron la ejecución en masa de todos los Pedros García Gómez; y todos los seguidores potenciales de Pedro García Gómez que se habían emocionado con su mensaje en el sofá, de forma tranquila, se convirtieron en seguidores cinéticos y salieron a la calle y vengaron la muerte de su mesías.

Las emisoras ardían, políticos y alcaldes empalados adornaban las cunetas.

La familia real decidió ir a pasar unos días a su villa de Portugal. El tiempo allí era mejor.

La idea de la lista para llegar a la felicidad se transmitió como un virus de alta patogenicidad en Europa: los franceses desempolvaron las guillotinas, los ingleses las horcas y los rumanos las estacas.

Necesitaría acostumbrarse, creo yo, para poder llegar a ver las cosas de arriba. Lo que vería más fácilmente serían, ante todo, las sombras; luego, las imágenes de los hombres y de otros objetos reflejados en las aguas, y más tarde, los objetos mismos.

PLATÓN, *La República*, libro VII

Enrique Torrero Trasmonte, experegrino de Santiago, subía la calle Atocha con su mochila azul llena de hamburguesas. Todos se saludaban al cruzarse:

—Buenos días, suerte con la lista.

—Buenos días, suerte con la lista.

Las tiendas lo habían invadido todo, aceras y pavimentos. Borrachos y drogadictos se despertaron rodeados de los seguidores del profeta. Unos desaparecieron, otros no. Se aferraban a sus cajeros automáticos y rincones, a sus castillos de cartón, a sus raídas y orinadas mantas, a sus colchones quemados, a su hogar.

Escuchó gritos. Las voces provenían de un grupo de personas arremolinadas en la puerta de unos almacenes cerrados. Enrique Torrero Trasmonte cruzó la acera y fue hacia ellos, quizás podría ayudar. Una yonqui atrincherada entre los cartones y la oxidada entrada de la galería, con minifalda sucia y medias rotas, insultaba a un grupo que intentaba convencerla de abandonar su adicción a las drogas.

—¡Marchaos! ¡Marchaos que os la clavo! —decía blandiendo una jeringuilla usada—. ¡Que a vosotros no os han parido, que os han cagao!

El grupo de desintoxicación retrocedió hasta quedar a salvo del ataque de la heroinómana. Enrique Torrero Trasmonte avanzó hacia ella con una hamburguesa en la mano.

—Toma —dijo—. ¿Tienes hambre?

—¿Es que me has visto cara etíope, subnormal? —escupió la mujer.

Enrique Torrero Trasmonte se aproximó con los ojos muy abiertos.

—¡Nuria Domínguez Orbada! —exclamó.

La yonqui lanzó su brazo y Enrique Torrero Trasmonte no evitó el ataque. La jeringa quedó colgando de su tripa. Entonces, entre la bruma de las drogas llegó la cordura: la mujer apartó de sus ojos su grasiento pelo y miró con detenimiento a Enrique Torrero Trasmonte.

—¡Enrique Torrero Trasmonte! Mi amor —dijo al fin—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no volviste a llamar? Me entregué a ti.

Enrique Torrero Trasmonte cogió sus manos.

—No tenía tu teléfono, no volviste.

—Me trasladaron a Cuenca —lloró Nuria Domínguez Orbada—. No lo pude aguantar. Ser cajera de banco produce demasiado estrés; empecé fumando optalidones con naftalina y acabé enganchada al caballo.

Una pequeña mancha de sangre se extendía en la camiseta amarilla de Enrique Torrero Trasmonte.

—Tenías que haberlo sabido, mi amor… Las drogas blandas acaban en las duras…

Nuria Domínguez Orbada arrancó de un tirón la jeringa de la tripa de su amado, la arrojó al suelo y se abrazó a él. Sus labios se buscaron, se unieron, se fusionaron, y la lengua de ella se hundió en la boca de él, y la de Enrique Torrero Trasmonte repasó las escasas y carcomidas piezas dentales que resistían en la boca de Nuria Domínguez Orbada.

Enrique Torrero Trasmonte dio el tercer y definitivo paso a la felicidad en la calle Atocha. Se tumbaron en los cartones, se taparon con las mantas e hicieron el amor.

La gente que los rodeaba cantó a Elvis: *Love me… love me tender.*

Los hechos pertenecen todos solo al problema, no a la solución.
WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*

Todos perseguimos repetir los momentos de placer que hemos vivido. Si a esto unimos el factor tiempo y la teoría de Freud de que «la felicidad consiste en comer, miccionar, sexo y defecar», obtendremos un nuevo axioma: tendemos a repetir las cosas que nos gustan cada día a la misma hora. Y para cada individuo hay un momento favorito del día para defecar, comer o mear.

Antonio Colindes Vargas, el camionero del futuro, no había oído hablar de Freud, pero de haber escuchado alguna vez sus planteamientos habría llegado a la conclusión arriba expuesta y la habría demostrado científicamente: cada vez que Antonio Colindes Vargas hacía la ruta Oporto-Irún, meaba al cruzar el Duero por la localidad de Tordesillas. Tal era el hábito que, kilómetros antes de llegar al puente, desabrochaba mecánicamente la bragueta, extraía el inerte miembro y desvirgaba con suavidad una botella de agua, orinaba, enroscaba el tapón y lanzaba la ambarina botella al atravesar el puente: unas quedaban en el arcén, otras llegaban al río y estallaban en arcoíris amarillentos, otras se hundían en las turbias aguas.

Antonio Colindes Vargas volvía de Oporto con un cargamento de lavadoras. Quedaban pocos kilómetros para llegar a Tordesillas cuando sintió la llamada de su vejiga e inició el mágico ritual del conductor de gran recorrido: bajar, sacar, meter, orinar… Un rebaño de ovejas con sus balidos pastaba a un lado de la carretera, y sus piernas, su forma de moverse o la escasa sección de su pene causaron la tragedia; se produjo un amorcillamiento de aquel buzo flácido. Cuando Antonio Colindes Vargas trató de sacarla no lo consiguió, ya que arrastraba un glande más ancho que el cuello que acababa de profanar. Sin perder la calma, sin dejar de mirar al futuro, tiró con fuerza de la botella estirando una lombriz que se resistía a salir. Cuanto más la estiraba, más se congestionaba la cabeza y más dolía.

Antonio Colindes Vargas dejó de mirar al futuro y observó lo que ocurría entre sus piernas: el astronauta encerrado en su escafandra de polietileno, calvo, amoratado marmóreo y con un agujero en el cráneo, iba a morir asfixiado; su cuerpo arrugado yacía sin vida.

Antonio Colindes Vargas perdió la serenidad y agarró la botella con las dos manos. Tiró con todas sus fuerzas. El camión cruzó la mediana e invadió el carril contrario. Antonio Colindes Vargas olvidó

su filosofía: lo importante no es conocer el futuro, sino estar atento a él. Tanto la olvidó que no levantó el pie del acelerador.

Tres vehículos negros, con las lunas tintadas, circulaban con dirección a Portugal. El camión impactó de frente con el segundo coche. La colisión fue brutal. Se lo tragó como una ballena; pero antes de tragárselo lo masticó, salivó, trituró y aplastó. Nadie podría haber sobrevivido: Jonás, Geppetto, Pinocho, el soldadito de plomo, el príncipe azul, la princesa, el rey o la reina. Toda la familia real murió en el acto, encerrada en un lujoso Mercedes blindado. El cuento de príncipes y princesas se acabó de repente, nadie podría devolverlos a la vida, ni con besos de amor verdadero.

Cuando los hombres de la escolta abrieron las puertas del camión con las pistolas en la mano, encontraron a Antonio Colindes Vargas absorto en sus problemas: estaba rojo, sudaba, gemía, gritaba y tiraba con desesperación de una botella de plástico de litro y medio. Una suerte de pellejo tenso con piel de gallina nacía de su bragueta y se hundía en la boca de la botella. Dentro, necrosado y sumergido en el líquido ambarino, expuesto en frasco transparente, descansaba sin vida un glande hiperplásico.

Los del servicio secreto no dudaron: un ser del espacio exterior acababa de atentar contra la familia real valiéndose de un camionero al que ahora intentaba devorar. Abrieron fuego contra el *alien*.

¡EINSTEIN!
SAL DEL BAÑO DE UNA VEZ ¡COÑO!
QUE LLEVAS MÁS DE UNA HORA
PUES PARA MÍ HAN SIDO UNOS MINUTOS, NO MÁS
POM POM
YO YA ME HE CAGADO Y EL ABUELO ESTÁ A PUNTO

A la ley no le interesa nada que haya en la ciudad una clase que goce de particular felicidad, sino que se esfuerza por que ello le suceda a la ciudad entera.

PLATÓN, *La República*, libro VII

Cuando Pedro García Gómez acabó sus lágrimas no se sintió mejor, habían pasado tres noches, cuatro días, y el cadáver se estaba hinchando. La batidora clavada en el ojo esperaba el retorno de un rey, olía mal y la policía no había aparecido. Pedro García Gómez se duchó y afeitó, usó el desodorante de Ruth y también su colonia y envuelto en el olor del recuerdo volvió a las calles.

Pedro García Gómez solo pensaba en pagar sus crímenes, quería ser detenido y juzgado, que su plan se hiciese carne, así aprobaría su oposición y de paso expiaría su pena en la cárcel: el dolor por el ser amado perdido. Si la policía no había querido detenerlo, él iría a sus brazos, pero sin dejar atrás su plan. Había quitado la vida a la única persona que le importaba en el mundo, su mundo, ¡había acabado con el amor! ¿Cómo no se iba a atrever a acabar con el Gobierno y la oposición si nunca le habían caído bien?

No se entregaría al primer policía que viese, llegaría al Congreso e intentaría entrar y acabar con el presidente y sus amigos. Sería reducido y detenido antes, entre los leones de piedra, en las escaleras, sería el fin y el principio… Estudiar, pagar por Ruth. ¡Incluso en las duchas!

Con la detención al pie del Congreso, dispuesto a asesinar al presidente, no habría tribunal capaz de enfrentarse a su mirada, de suspenderlo. Era un excelente modo de acabar y hacer méritos para aprobar la oposición.

Pedro García Gómez caminaba hacia la Renfe abstraído en sus pensamientos y saludaba de forma mecánica a cuantos se cruzaba. No iniciaba el saludo, solo respondía a ellos; pensó, eso sí, que la gente era más amable, más simpática que en Salamanca. No se dio cuenta de que aquello era nuevo en Madrid, de que los autómatas de la ciudad se habían quitado las vendas y veían por primera vez el mundo como era: el bonito y brillante cielo gris contaminado, las verdes

pseudoacacias de las aceras, las marrones mierdas de perro, los rojos edificios con bajos habitables y rejas blancas en las ventanas rodeados de pequeños jardines, la música inconexa y grave del tráfico. La gente se saludaba con una sonrisa, con un apretón de manos, con un gesto, con una frase, porque se veían; se encontraban por primera vez en las aceras, en los metros y en los autobuses. Los demás habían dejado de ser la gente: la gente que va despacio y ocupa la acera y no deja pasar, la gente que se cuela, la gente que grita, la gente que no controla a sus hijos… Ahora todos eran gente, todos vecinos, todos juntos, todos diferentes, todos pensantes, todos felices, todos adultos, todos independientes, todos fieles seguidores de Pedro García Gómez.

Hizo transbordo de Renfe cercanías al metro.

En el vagón, sentada al lado de Pedro García Gómez, una chica leía un libro: *Maravillas de Australia*.

—¿Es interesante? —preguntó un señor con bigotes sentado al otro lado.

—¡Oh!, sí, muchísimo. Es un país rarísimo, es como si allí la evolución hubiera llevado un camino diferente.

—Quizás es —dijo el hombre que estaba de pie frente a ellos— porque Australia no existe.

—¿Qué dice usted? —se interesó la chica.

—Verás, desde que he apagado la tele y dejado de ver fútbol me he interesado por la física. Me tiene fascinado ese pegamento cósmico llamado gravedad, ese que nos impide volar.

—Bueno, desde que creo en la lista yo también me dedico a la contemplación —contestó cortés el hombre que había iniciado la conversación con la joven—. ¿Nos engañan nuestros sentidos? ¿Es percepción y no creencia lo que proporcionan? Pero permítame usted decir que no comprendo sus argumentos… ¿Qué tiene que ver la gravedad con los australianos?

—Mucho. Veréis, amigos, dejadme explicaros. Es ciencia lo que captamos por los sentidos, la ciencia ha de ser lógica.

—Aristóteles opinaba eso —puntualizó la lectora.

—Y la gravedad existe, es un hecho, lo demostró Newton con la manzana.

—Y su descubrimiento fue muy importante y grave —intervino de nuevo la lectora—. Desde entonces la humanidad se asentó en el suelo. Antes creo que flotábamos.

«Próxima parada: Atocha», anunció la megafonía. La voz grabada que anunciaba cada estación sonaba hueca y acusadora en los cerebros de los exzombis.

—Creo que el desconocimiento de la ley no permitía saltársela,

joven. Pero continuaré con mi tesis. Si la gravedad existe, y aquí empieza el embuste, la Tierra no puede ser redonda, ha de ser plana, quizás un círculo plano, pero nunca una esfera.

—¡Oh! Exclamaron al unísono la chica, el tipo de bigotes y los que atendían sentados frente a ellos.

—Baso mis conocimientos en mis sentidos. Si la Tierra fuese esférica, los australianos, que viven en las antípodas, se caerían y se perderían en el espacio. La misma fuerza que nos une al suelo tiraría de ellos en dirección contraria. La fuerza de la gravedad es un hecho. Pero ¿no será más lógico que sea una y se dé en una sola dirección, a muchas que confluyan en un punto? La Tierra no gira, o resbalaríamos y acabaríamos flotando con los australianos.

—Entonces… —dijo la chica cerrando el libro—, ¿Australia no existe?

—Ni Australia ni los australianos.

—Todo lo que dice es lógico —intervino una mujer que estaba escuchando la conversación—. Además, ¿quién conoce a algún australiano?

—Bueno… —respondió el hombre de los bigotes—. Yo alguna vez he visto turistas australianos.

—¡Mentira! —elevó la voz el sabio de la gravedad—. No hablan ni visten diferente, hablan en inglés… ¡Son ingleses!

—Pero… ¿por qué semejante mentira?

—¡Quién sabe! ¡Nos han mentido en tantas cosas! —comentó disgustada la chica con el libro sobre sus piernas—. ¿O es que usted cree que hemos llegado a la Luna?

Pedro García Gómez escuchaba la conversación sorprendido. ¿Desde que no veía la tele y el fútbol se dedicaba a la física? Un tipo extraño, pensó. Además, Pedro García Gómez no tenía ni idea de Australia, ese tema no entraba en la oposición, pero por sus lejanos conocimientos de geografía general y partidas de Trivial no estaba de acuerdo con ellos; los australianos *sí* existían, vivían en los Alpes, donde Heidi. Pedro García Gómez pensó en intervenir, pero el hombre de bigotes habló antes.

—Pedro García Gómez tendría que haberlos incluido en su lista: «- Los australianos, por embusteros».

Se referían a él, no había duda.

—Desgraciadamente, Pedro García Gómez está muerto —dijo la señora.

Pedro García Gómez se quedó callado. ¿Estaba muerto?

Alguien dio las gracias en alto al asesino de la lista por haberles abierto los ojos.

Un señor alto, vestido de ejecutivo, dijo solemne:

—Gracias a Pedro García Gómez ahora somos más sabios. Nunca perderemos la libertad de pensamiento, las ganas de ser felices, y lucharemos aunque Pedro García Gómez haya muerto.

—¡Eso son mentiras del Gobierno y los medios para volver a hacerse con el poder! ¡Pedro García Gómez no puede morir! —gritó alguien al fondo del vagón.

En ese momento la voz muerta del altavoz anunció su estación. Había llegado a su destino. A lo mejor estaba vivo.

«Próxima parada: Antón Martín.»

NO SÉ SI LO ENTIENDO. SE SUPONE QUE SOMOS LISTOS DE COJONES, QUE EN ESTE INSTITUTO INVENTAMOS NUEVAS FÓRMULAS MATEMÁTICAS
¡CLARO! ESA ES NUESTRA MISIÓN
PERO NO TENEMOS NI PUTA IDEA DE CÓMO APLICARLAS
BUENO, ES QUE SOMOS TEÓRICOS
FB
VENGA ¿CUÁL NOS TOCA?
LA DEL CINCO
¿POR EL CULO TE LA HINCO?
ESTA ES BUENA. IGUAL ME DAN EL NOBEL

La actividad propia de la fantasía humana, de la mente y del corazón humanos, actúa sobre el individuo como una actividad extraña, divina o diabólica.
MARX, *Manuscritos: economía y filosofía*

Llevaban días acampados. Madrid se había quedado sin preservativos o cualquier otro medio de control de natalidad. Era una mañana agradable y soleada, los gorriones se perseguían piando cánticos amorosos y las palomas volaban en bandadas sobre la Gran Vía y la sitiada plaza del Congreso. Fue en ese momento, coincidiendo con la concepción de miles de madrileños, cuando Carlitos supo que había llegado el momento de actuar. Los doce gnomos formaban en fila de a dos ante su tienda, cada uno con una rosa roja en la boca, sonrientes. Avanzaron, abandonaron la plaza y Carlitos los siguió con paso militar cerrando el desfile de aquel ejército de gnomos. Gritó:

—¡Rosas! ¡Quiero rosas rojas! ¡Seguidme! ¡Soy el que porta la vara!

Y su séquito, su tribu, sus admiradores, su legión le siguió, y de la nada y de cada rincón salieron rosas, y toda la procesión de carlitistas cargada de flores —rosas, geranios, margaritas y buganvillas— siguió a su líder cantando *Cuatro rosas*, de Gabinete Caligari.

Carlitos avanzó hasta la plaza del Congreso, rodeada por una cadena de soldados con cascos, botas y rifles de asalto en las manos. Sin pararse a meditar introdujo una rosa en el rifle del militar sudoroso que tenía ante él y otra en el rifle de su compañero, y otra y otra… Su ejército florido quedó petrificado; admiraba la poesía del acto, las rosas engarzadas en las armas, las palomas sobrevolando la plaza… Fue un instante, un momento en su retina y un recuerdo para toda su vida.

Aún no habían acabado de procesar tan onírica visión cuando otro instante, otro recuerdo se grabó en sus corazones: la bala de uno de los rifles, de un histérico cabo primero confuso entre actuar o no actuar y ser juzgado por cobardía, arrancó los pétalos de una flor que le daba la bienvenida a la vida, cercenó los labios sorprendidos de Carlitos, reventó sus incisivos, atravesó su cavidad bucal, se introdujo en su cerebro, atravesó su cerebelo y abandonó su cuerpo dejando un gran boquete cónico y granate en la nuca. Su vida se fue entre una nube de marfil y pétalos de rosas. El rugido del tiro llegó a los oídos muertos de los ídolos de piedra del Congreso, a los de sus seguidores. Del charco de sangre que brotaba de su cráneo las pisadas rojas de los doce gnomos se alejaron.

Unos minutos antes, Pedro García Gómez salía del metro de Antón

Martín.

PERDONA ¿SABES SI VAMOS A ESTAR MUCHO TIEMPO AQUÍ?
UNA ETERNIDAD
¿JODER? CON LO ABURRIDO QUE ES. SI POR LO MENOS FUESE CIERTO LO QUE CUENTAN EN LA TIERRA...
ESO DE QUE NO TENEMOS SEXO... HOY YA HE RASPADO 3 VECES LOS HUEVOS AL ATERRIZAR
SE ME VA A HACER MUY LARGO
AQUÍ TENEMOS MUCHO TIEMPO PARA TOCARNOS LAS PELOTAS

Existe una fe metafísica en la que se apoya nuestra fe en la ciencia, en la que también nosotros, los que hoy estamos en el camino de conocer, nosotros ateos y antimetafísicos, encendemos nuestro fuego, la lumbre que ha encendido la fe de milenios.
NIETZSCHE, *El gay saber*

Unos minutos antes, Pedro García Gómez salía del metro de Antón Martín, sabía dónde quería ir y que estaba cerca, pero no sabía callejear por Madrid. Preguntó a una chica que bajaba las escaleras del metro. La chica, amable y con una sonrisa, le explicó de forma sencilla y clara cómo llegar al Congreso, le advirtió que estaba rodeado por los militares y no era conveniente ir hasta allí y se despidió de él dándole un sonoro beso en la mejilla y deseándole suerte con la lista.

Pedro García Gómez quedó perplejo, pensó que aquella muchacha le había reconocido y perdonado, como Ruth. No sabía que la expresión «¡suerte con la lista!» se había convertido en aquellos días en un saludo revolucionario, más fuerte y solidario que las manos alzadas de los nazis o los puños apretados de los comunistas.

Le sorprendió el ambiente que encontró en la plaza de Antón Martín, llena de gente, de tiendas de campaña y pintadas en las paredes de los edificios con las frases de su lista.

Grafitis e iglús de tela acompañaban su avance hacia el Congreso. Se cruzó, sin entender nada, con grupos de gente muy diversos, grupos que portaban pancartas con la lista, que pedían justicia por el asesinato de los Pedros García Gómez, que querían hacer verdad la lista para alcanzar la libertad, que hablaban, que comían bocadillos, que tocaban conciertos improvisados de rock, que bebían cachis de cerveza, y escuchó grabada, sobre todos ellos, la voz de un tarado, un tal Carlitos que se autoproclamaba profeta y con una vara y la ayuda de doce gnomos iba a conseguir la felicidad para todos.

Por primera vez desde la trágica muerte de Ruth sonrió, le pareció lamentable que alguien se quisiese ganar la vida como profeta. Eso solo podía ocurrir en Madrid. Era una idea absurda y sin futuro. Si algún día se presentaba a una oposición, no tendría posibilidades: ser profeta no impresionaba a un tribunal, ser asesino sí.

Siguió andando. Lo que más le fastidiaba de aquel Carlitos charlatán y profeta era que sería, seguro, un pijo, un perroflauta hijo de papá que se permitía el capricho de ser profeta en Madrid porque le pagaban las facturas. Un pijoflauta que cuando decidiese dejar de hacer el imbécil tendría un trabajo, una secretaria succionadora y un

despacho al lado de su padre.

De repente un *tsunami* humano se abalanzó sobre Pedro García Gómez. Miles de personas corrían asustadas. No tuvo tiempo de girar y correr en la misma dirección, cayó al suelo y fue aplastado y pisoteado.

Pedro García Gómez despertó en la calle vacía, le sangraba el labio, tenía un ojo hinchado, le dolían las costillas y su cazadora estaba rota. Flores grandes y pequeñas, jirones de tiendas de campaña y pétalos de rosas alfombraban la calle desierta. Al fondo, al final de la calle, la entrada a la plaza del Congreso estaba cercada por muros de sacos de arena, alambradas, tanques, blindados de la policía nacional y dos batallones del Ejército de Tierra. Los helicópteros tronaban sobre los edificios. Una paloma macho aterrizó en la desierta acera y comenzó a zurear, su cuello se hinchaba y lanzaba brillos metálicos. Pedro García Gómez se puso en pie y se quitó la cazadora.

¡QUÉ SUERTE! UNA MIERDA FRESQUITA

¡POR FIN! NO SABES CÓMO TE AGRADEZCO ESA FRASE. TODA MI VIDA ESCUCHANDO COMENTARIOS DESPECTIVOS. ACASO NO SE DAN CUENTA DE CÓMO HIEREN MIS SENTIMIENTOS

¡ACASO SI ME PEGÁIS NO SANGRO!

¡SERÁ CERDA LA MOSCA DE LOS COJONES! ¡PUES NO SE ME HA CAGADO ENCIMA!

¡JODER! CÓMO LE HUELEN LOS PIES A LA PUTA MOSCA

FB

Y si tuviese que competir de nuevo con los que han permanecido constantemente encadenados…, ¿no lo matarían si encontraran manera de echarle mano y matarlo, si intentase desatarlos y hacerlos subir?
PLATÓN, *La República*, libro VII

A la misma hora en que un disparo seccionaba el cerebelo de Carlitos y Pedro García Gómez salía del metro de Antón Martín, comenzaba en el Congreso un pleno extraordinario para analizar la problemática causada por el psicópata de la lista y el asesinato sistemático por parte de la población de políticos y periodistas (se olvidaron de los veterinarios). Todos los asientos estaban ocupados. En los destinados a invitados se apretaban los consejeros de las comunidades autónomas, en los de prensa los directores y consejos de dirección de los principales medios. No faltaba nadie; a todos, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, los unía, por primera vez en la historia de la política, una idea: su supervivencia. Además, el Congreso era el lugar más seguro, en aquel momento, de todo el país.

UNA BUENA TORTA A TIEMPO...

En su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí.

MARX, *Manuscritos: economía y filosofía*

El detective Emérito Mateo Ramírez comía pipas apoyado en uno de los leones de las Cortes cuando Carlitos llegó a la muralla de fusiles y hombres, lo vio plantar una flor en cada arma y lo vio morir. La manifestación pacífica que le acompañaba huyó del lugar gritando. El sonido del disparo, los gritos de asombro y la histeria se transmitieron por las calles que rodeaban la plaza y de todas ellas escaparon y corrieron asustados los seguidores de la lista. El ejército no actuó, se quedó allí plantado, defendiendo una plaza que ya no era asediada por nadie, una plaza a la que llegaban los sonidos amplificados y distorsionados por el eco de las carreras, de los gritos, de los tacones contra el suelo, de los roces contra las paredes, de la estampida, del miedo.

Emérito Mateo Ramírez dejó caer las pipas, bajó las escaleras, rodeó un carro de combate y pasó entre los sacos de arena y la muralla de hombres armados. Carlitos le miraba desde el suelo con la boca abierta, la lengua arrancada y los dientes rotos, rodeado de un charco negruzco de sangre.

Carlitos también miraba al soldado que le había disparado, que seguía en formación. Su compañero de la izquierda tenía una rosa engarzada en la boca del rifle, el de la derecha ya no. El cabo sudaba, esperaba órdenes, pero sabía que lo que había hecho estaba mal y no pudo aguantar; comenzó a sollozar.

Emérito Mateo Ramírez miró al militar y volvió a observar el cadáver. Emérito Mateo Ramírez no tenía ninguna autoridad sobre el ejército, pero comprendía los sentimientos del cabo porque eran los suyos. Trató de decírselo con una mirada, aunque el sombrero de ala ancha y la gabardina no ayudaran a la transmisión telepática: ellos dos, la policía, el ejército…, todos estaban siendo utilizados para contener a una población a la que no querían detener.

La inercia de la monotonía es grande y Emérito Mateo Ramírez lo sabía. Había perseguido a Pedro García Gómez para llevarlo a la justicia, lo admiró desde un principio, pero siempre había tenido claro su deber… ¿Y si no era ese su deber? Su deber era defender a los ciudadanos, se lo habían dicho en la academia, no enfrentarse a ellos.

El germen de la rebeldía era como lo definía la palabra: minúsculo, un ser microscópico e inapreciable a simple vista. ¿Qué pasaba si la gente volvía a casa y se cansaba de buscar la felicidad? ¿Qué se hacía con esa rebeldía al retornar a una comisaría dominada por la vida gris de siempre? ¿Cómo no comprender al soldado que dispara y llora desconsolado?

La rebeldía es un germen, y cuando es sometido a un acontecimiento desencadenante se multiplica, se divide de forma exponencial e invade todas las células, también microscópicas, del ser humano. Eso le pasó a Emérito Mateo Ramírez cuando vio muerto a Carlitos, cuando vio llorar al soldado. El germen se multiplicó y le invadió.

Por eso, cuando levantó la vista y vio acercarse a las barricadas de la calle contigua al verdadero Pedro García Gómez, decidió ir a su encuentro y unirse a los rebeldes de la lista.

IMAGÍNA POR UN MOMENTO QUE ESTAMOS ENCERRADOS EN UNA CUEVA Y QUE UNO CONSIGUE SALIR A LA LUZ Y VER EL MUNDO. VERÍA LAS VERDADERAS FORMAS Y NO UN REFLEJO BIDIMENSIONAL
... Y NO CREES QUE SERÍA TRATADO COMO UN LOCO SI DIJESE QUE EXISTE ALGO MÁS QUE NI SIQUIERA PODEMOS IMAGINAR
YA TE ESTÁS RAYANDO OTRA VEZ, PLATÓN, EL MUNDO ES MUCHO MÁS SENCILLO
¿PEDO EN LA CARA?
PUES
CUALQUIER DÍA DE ESTOS DEJO DE HACERTE

Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo
de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo.

MARX, *La ideología alemana*

—Mi nombre es Pedro García Gómez, con DNI 07123432P —dijo dirigiéndose al petrificado militar que tenía ante él—. No sé si has oído hablar de mí. He hecho una lista con las personas que he de eliminar para ser feliz, he asesinado a muchas de ellas: políticos, periodistas y veterinarios…, y nadie me lo ha impedido. No tengo nada en tu contra, no estás en mi lista; voy al Congreso a acabar mi trabajo. Déjame pasar o detenme, no opondré resistencia.

Pedro García Gómez habló tan claro, con tanta convicción, tan de corazón, que el rígido militar no supo qué hacer; y tembló y dejó escapar unas lágrimas al apuntar con su arma de asalto al único ser sin armas en aquella calle desierta, salvo el palomo. Sus órdenes eran claras: uno, defender la plaza e impedir que nadie accediese a ella; y dos, en caso de poder apresar a Pedro García Gómez, capturarlo muerto.

Los soldados rodearon a Pedro García Gómez esgrimiendo sus rifles. Desde el helicóptero militar las ametralladoras apuntaron al centro de una gran rueda de bicicleta: Pedro García Gómez era su eje, los radios los fusiles. En la calle de al lado un charco rojinegro con forma de rosa rodeaba la cabeza abierta de Carlitos. En la plaza una figura con sombrero corría espantando a las palomas.

—¡Alto, no abran fuego! —gritó con autoridad Emérito Mateo Ramírez rompiendo el cerco ciclista y situándose al lado de Pedro García Gómez—. Este —añadió— es un asunto de la policía, no del ejército.

Los soldados obedecieron. Unos minutos antes su compañero había ejecutado al profeta de la vara y sabían que eso les costaría juicios y problemas, no querían más. Además, por debajo de su pensamiento funcionarizado estaba su conciencia, un Pepito Grillo que les decía que eliminar sistemáticamente a los Pedro García Gómez no estaba bien, que la orden de capturar muerto al asesino de la lista, aunque no

opusiera resistencia, era algo sombría. Bajaron las armas.

Pedro García Gómez observó al detective Emérito Mateo Ramírez, el sombrero y la gabardina. Emérito Mateo Ramírez se conmovió al ver el labio roto y el ojo hinchado de Pedro García Gómez.

—Acompáñeme, por aquí —dijo Emérito Mateo Ramírez a Pedro García Gómez.

—Yo te conozco de la cafetería —contestó Pedro García Gómez sin ser oído, y le siguió. Cómo olvidar al ridículo hombre de la gabardina.

Pedro García Gómez atravesó, sin esposas y acompañado de Emérito Mateo Ramírez, la plaza. Las portezuelas de los vehículos blindados y las escotillas de los tanques se abrieron, los batallones de soldados que protegían los accesos treparon a las barricadas sobre un fondo de murmullos: todos querían ver a Pedro García Gómez, al hacedor de la lista, al insurgente, al líder, al asesino. Pedro García Gómez y Emérito Mateo Ramírez subieron juntos las escaleras del Congreso y atravesaron las enormes puertas.

Pedro García Gómez estaba feliz, la pesadilla de su lista había acabado, tan feliz como se puede estar tras asesinar al amor… Aquel extraño detective le había detenido y tenía un crimen por el que ser castigado, su Ruth. Le enviarían a prisión por la muerte de muchos otros, meros y fortuitos medios para conseguir una oposición, pero él, Pedro García Gómez, pagaría solo por uno, su Ruth. Al final era verdad, pensó mientras atravesaban el hemiciclo camino de la comisaría y subían unas escaleras: la lista conducía a la felicidad.

—Todos tuyos —escuchó a Emérito Mateo Ramírez.

Pedro García Gómez abandonó sus pensamientos y volvió al mundo de los vivos. El detective Emérito Mateo Ramírez no le había llevado al calabozo, sino al estrado de la cámara, frente a los micrófonos. Huyó el congresista que hasta ese momento tenía la palabra, y todos los diputados, senadores y periodistas enmudecieron, y Pedro García Gómez no entendía nada y no sabía qué hacer, no tenía una motosierra, una pistola o un bate de béisbol. Y pensó en Ruth y en no quedar en ridículo ante ella, y pensó en su lista y en la cárcel fresquita, e hizo lo único que se le ocurrió, hablar.

Y fue la primera vez, desde la instauración de la democracia, en que todos los políticos, de derechas o de izquierdas, escucharon.

Así habló Pedro García Gómez:

—Hola a todos. Mi nombre es Pedro García Gómez, con DNI 07123432P. Soy licenciado en Derecho por la Facultad de Burgos. He atropellado y matado a la alcaldesa de Salamanca, reventado contra una pared al presidente de Castilla y León y unos cuantos consejeros, cortado en pedazos a presentadores y colaboradores de la televisión y

clavado una batidora en el ojo izquierdo a un veterinario. Creo que no olvido nada…

Tres batallones del ejército entraron en silencio en el Congreso y se distribuyeron por los pasillos, la platea y las escaleras del hemiciclo. Pedro García Gómez siguió hablando:

—Tuve una idea: hacer una lista con las cosas que me molestaban, que me impedían ser feliz y realizarme como individuo. He tratado de llevarla a cabo. Ahora estoy ante todos ustedes, el último renglón, el último peldaño para alcanzar mi felicidad… He venido para matarlos a todos. Y me siento confuso, son demasiados, no sé por dónde empezar; salvo por el sueldo, no creo que haya muchas diferencias entre ustedes.

—Grrrr, grrrr —gruñó Emérito Mateo Ramírez.

El detective Emérito Mateo Ramírez escuchaba detrás de Pedro García Gómez, impidiendo el acceso al estrado, cuando su instinto policial le reveló un detalle: Pedro García Gómez vestía un pantalón vaquero y una camiseta, no necesitaba cachearlo para saber que iba desarmado; carraspeó intentando atraer su atención.

Sin dejar de hablar, Pedro García Gómez giró la cabeza hacia Emérito Mateo Ramírez que, guiñándole un ojo, apartó a un lado la gabardina y sacó su revólver reglamentario.

—Solo espero que el azar me haga ser justo…

Un disparo interrumpió de forma abrupta el discurso de Pedro García Gómez.

Pedro García Gómez no había imaginado nunca el instante de su muerte, nunca pensó que fuese así, rápido, sin dolor. Sonó otro disparo, el que arrancaba definitivamente su vida, y tampoco sintió nada.

Me siento como alguien que, habiendo embarrancado en los escollos y escapado con grandes apuros del naufragio, tiene sin embargo la temeridad de lanzarse al mar en la misma embarcación agrietada.

HUME, *Tratado sobre la naturaleza humana*, libro I

La bala que había salido del fusil en busca de los dientes, la vida y los sesos de Carlitos había arrastrado también el alma del soldado anónimo. Una conciencia que le había mirado desde sus propios ojos reflejados en el charco de masa encefálica, desde los restos de un ojo muerto, desde los ojos de un detective con gabardina, desde los ojos silenciosos de sus compañeros, desde las absurdas rosas que taponaban los cañones.

El soldado desconocido dejó caer su arma, se tapó la cara con las manos y lloró. Había acabado con la vida de un hombre que sabía inocente, de un atolondrado que ponía flores en los fusiles como un *hippie* caduco. Había obedecido órdenes, unas órdenes que sabía que estaban mal, no se asesinaba a *hippies* estrafalarios…

Cuando apartó las manos de la cara estaba solo, ningún sargento a su lado para alabar su valor, ningún soldado. No había visto a sus compañeros trepar la alambrada para observar a Pedro García Gómez ni escuchado a sus superiores ordenar la toma del Congreso.

Alcanzó a ver las últimas filas de soldados entrar en el palacio, recogió el fusil y fue tras ellos.

Desde el pasillo superior, realineado con sus compañeros, escuchó hablar a Pedro García Gómez, al hombre que había sido capaz de buscar la felicidad en mitad de la locura, y vio cómo el mismo detective que hacía un rato le había lanzado una extraña mirada sacaba su revólver para acabar con Pedro García Gómez. Entonces supo lo que tenía que hacer, lo que significaba aquella mirada: el detective lo comprendía, pero no podía desviarse de su camino, la inercia obliga.

Cerró el ojo izquierdo, se mordió la lengua y disparó. La bala cruzó el Congreso. Antes de que el detective pudiese usar el revólver, su

ventrículo izquierdo reventaba dentro de una caja torácica abierta. Disparó por segunda vez y agujereó su sombrero y su cráneo.

El detective Emérito Mateo Ramírez se desplomó como si toda su columna vertebral hubiese desaparecido, se descolgaron sus hombros, el tórax se hundió en sus caderas y la cabeza colgó hacia delante. Con la segunda bala se arqueó hacia atrás, volvió a caer hacia delante y se estrelló contra el suelo entre los pies de Pedro García Gómez.

Pedro García Gómez supo que estaba ileso.

En el pasillo superior del Congreso un soldado sostenía aún entre sus manos un rifle humeante. En menos de media hora había arrancado dos vidas.

Los hombres de estudio, no contentos con conocer cosas transparentes y ciertas, se atrevieron a afirmar también las cosas oscuras y desconocidas a las que solo llegaban por conjeturas.
DESCARTES, *Reglas para la dirección del espíritu*

Pedro García Gómez observaba el cuerpo sin vida del detective. Ahora entendía. El inspector había sido su benefactor; le había llevado al estrado, le había querido prestar su revólver y ahora estaba muerto, como Ruth. Todo el que trataba de ayudarle perecía; tenía que ingresar en prisión cuanto antes, era mejor para todos. De repente se dio cuenta de que eso no iba a ser fácil. Habían disparado dos veces: la primera bala contra un detective inocente, la segunda, errada, era para él; llegaría una tercera. Decidió hacer lo más prudente. Levantó los brazos, se rindió.

Los políticos observaron su gesto. Un grito unísono se elevó desde todos los escaños:

—¡Disparen!

Y así ocurrió. En los pasillos superiores las primeras filas de soldados echaron rodilla al suelo y junto con los que se hallaban detrás, los que ocupaban la platea, los de las escaleras, los francotiradores discretamente escondidos en las alturas, los sargentos y los tenientes, dispararon hasta acabar los cargadores, los cambiaron por otros y siguieron disparando hasta quedarse sin munición.

El Congreso se llenó de humo, la niebla invadió la sala, el olor de pólvora y tripas las pituitarias. Brillaban los casquillos vacíos, hilos de sangre nacían en los escaños y se juntaban en los pasillos, manchaban las alfombras, caían por las escaleras, formaban pequeñas cataratas, estalactitas coaguladas en las zonas menos caudalosas, se expandían por la platea, tapaban las suelas de las botas militares y creaban una roja piscina cubierta en mitad del Congreso, icebergs de restos óseos, fragmentos de carne y mechones de pelo flotaban en el nuevo mar.

Los soldados se abrazaban, reían, bailaban y se deshacían de armas y cascos. Pedro García Gómez vomitó desde su púlpito. El ejército coreaba su nombre.

Pedro García Gómez salió del Congreso a hombros de los militares, por la puerta grande. Los vítores y los gritos y los petardos y los vivas del pueblo de Madrid le hicieron olvidar por un momento que había conseguido su última línea.

Ya no quedaban políticos en España, ni periodistas, ni familia real, ni veterinarios.

EL MAESTRO LLEVA MÁS DE UNA SEMANA MEDITANDO
ME GUSTARÍA SABER QUÉ GRANDES IDEAS ABSORBEN SU MENTE
... EL SENTIDO DE LA VIDA, EL PORQUÉ DE LAS COSAS...
¡OH! SERÁ MEJOR NO MOLESTARLO
... ERA EL HUEVO Y LUEGO LA GALLINA, O LA GALLINA Y LUEGO EL HUEVO...
ALGÚN DÍA SERÉ COMO EL MAESTRO
SEGURO QUE SÍ, CHIQUITÍN
FB

Pero ¿conoces —dije— otra vida que desprecie los cargos políticos, excepto la del verdadero filósofo?

PLATÓN, *La República*, libro VII

Los besos suaves y delicados, los perfumes y el roce de unos pechos hicieron despertar a Pedro García Gómez. Aquella chica de profundos ojos marrones era el mejor despertador que había tenido nunca. Se quedó tumbado, boca arriba, desnudo, con las sábanas de seda cubriéndole los pies, con los brazos cruzados tras la cabeza y apoyados en la almohada, mirando el techo del palacio de la Zarzuela. El olor de azahar de los naranjos bañaba la habitación, un ruiseñor cantaba en la ventana.

—¿Deseas mi cuerpo? —preguntó la muchacha desnuda que acababa de despertarlo.

—No, gracias, puedes retirarte —contestó Pedro García Gómez.

Habían transcurrido tres meses desde la matanza del Congreso, desde que el mundo se había vuelto loco. No solo no le habían condenado, toda la Nueva España le aclamaba como libertador. Era el nuevo Cid Campeador, y la nueva religión, su lista, se había convertido en credo para una población fanática que deseaba ser feliz.

La lista, su invento para ser funcionario, era el pilar fundamental de una sociedad renovada en la que se debatía una nueva Constitución por Internet; en la que se dejaba claro que los nuevos políticos serían juzgados al finalizar su mandato, y si no habían perseguido y conseguido el bienestar del pueblo, serían ejecutados; en la que se decía o se quería decir que la nueva prensa sería libre y culturizaría e informaría, con un mensaje no fraccionado y no sometido a intereses políticos, o serían ejecutados. Una nueva Constitución en la que los políticos no se presentarían, serían elegidos los más cualificados; en la que se prohibía tener animales de compañía o familia real. Todo había cambiado, también los límites del territorio: la antigua España se había fusionado con Francia, los Países Bajos y Alemania, y el nuevo emperador era Pedro García Gómez, el único.

Pedro García Gómez vivía en un palacio, el de la Zarzuela, rodeado de oro, joyas y mujeres, tenía todo lo que un hombre puede desear, pero se sentía vacío. Había conseguido su lista, pero no su sueño. Pedro García Gómez quería ser funcionario de la Administración General del Estado. Ya no existía Estado, y la Administración General había desaparecido. Los funcionarios de antes cultivaban huertos y leían libros, no compulsaban, no gruñían. Pedro García Gómez quería madrugar por las mañanas, tomar cuatro cafés, leer el periódico en la oficina, poner sellos y regresar a casa para comer; quería tener veinte días laborales de vacaciones y seis de asuntos propios, conocer una mujer, tener hijos y esperar la jubilación para ir a Benidorm. Quería su sueño, no uno impuesto por aquellos que antes le habían suspendido. No podía olvidar los ojos negros, pequeños y achinados de Ruth, sus pecas y su sacrificio. La había matado para conseguir su sueño, no el de los demás.

Cabizbajo, dubitativo, triste en mitad de un país feliz y alegre, recorrió las salas del palacio. Escuchó la conversación de un grupo que tomaba café en uno de los despachos, comentaban los colores de la puesta de sol del día anterior. Entró en la oficina del antiguo y fusilado jefe del Gobierno. Sobre la mesa, un teléfono rojo comunicaba sin marcar con el Ejército. Descolgó.

—Hola, buenos días, amigo, ¿con quién tengo el gusto de hablar? —zumbó una voz al otro lado del aparato.

—Hola, soy Pedro García Gómez —contestó.

—Encantado de hablar contigo en persona —respondió la voz—. Te debo mucho, gracias a ti he aprendido a apreciar la vida. ¿Sabes que esta noche hay luna llena?

—No, no sabía. Una duda, ¿tenemos armas nucleares?

—Sí, muchas, más que churros, con la adhesión de nuestros hermanos franceses y alemanes nos sobran.

—¿Antes no sobraban?

—No, no es eso, ahora hay más.

—Ah…, pues lanzadlas.

—Como digas, amigo, tus razones tendrás. ¿Sobre qué lugar?

—Da igual, aquí, en Rusia, en Nueva York, también en Australia, en todas partes. Lanza todas.

—¿También en Australia? ¿Tú crees que existe Australia?

—No tengo dudas, está en los Alpes.

—Vale, seguro que es un espectáculo increíble.

La meta última no debe hacer olvidar el origen y el derecho propio de los niveles inferiores.

HUSSERL, *Experiencia y juicio*

Había anochecido hacía horas y los reflejos anaranjados del sol sobre el hielo de los charcos eran ya un recuerdo, la Luna reinaba y los convertía en manchas negras perfiladas por una tierra gris, dura y helada. Brillaba la escarcha y el bosque de árboles carbonizados hundía negras sombras en las aguas de un río radiactivo. La sexta glaciación había llegado al planeta Tierra. La especie humana no había necesitado acabar con todos los recursos para extinguirse, un solo aspirante a opositor había bastado. Pero ya no existían cámaras, no se podía hacer un emotivo documental para la Segunda; el invierno nuclear era frío, duro y sin televisión.

No todos se habían extinguido. En un puente sobre el Duero de una autovía abandonada, en Tordesillas, una hoguera brillaba en el asfalto. A su lado los dos últimos seres humanos trataban de calentarse mientras hablaban.

—Y así acaba la historia —dijo Enrique Torrero Trasmonte—. Acaba la botella y a dormir.

La niña dio un largo trago a la botella de plástico. Al sentir el sabor en la garganta, arrugó la cara con asco.

—Sé que no está bueno, hija —dijo Enrique Torrero Trasmonte—, pero es lo único que podemos encontrar en las cunetas. El plástico ha preservado el contenido. Es rico en sales y muy bueno para la piel — dio un trago a su nacarada botella.

—¡Cuánto te enseñó el Camino de Santiago, papá! —exclamó la famélica hija.

Enrique Torrero Trasmonte se sintió halagado.

—Por eso vamos a Santiago. Si hay supervivientes, estarán allí. Echaré más leña a la hoguera, mantendrá a los mutantes alejados durante la noche.

La niña lo miraba fijamente, la hoguera se reflejaba en sus ojos.

—Duerme, yo haré la primera guardia.

La niña se tapó con una manta rota, sucia, con olor a sudor y cuerpos podridos. Siguió mirando a su padre. Los primeros copos de nieve radiactiva empezaron a caer.

—Me gusta mucho esa historia, papá, es mi preferida, pero… hay cosas que no entiendo: ¿por qué te clavó una jeringuilla mamá?, ¿qué era la Administración General?, ¿y los políticos?

En ese momento atacaron los mutantes.

# FIN

**LA SAGA CONTINÚA**

**PRÓXIMAMENTE…**

***Pedro García Gómez, el opositor mutante***

En un planeta devastado por las armas nucleares, en un puente sobre el río Duero, entre camiones y coches oxidados… surgirá una nueva Administración, un nuevo funcionario y un nuevo filósofo. La leyenda continúa.

# Agradecimientos

Pensé esta novela viajando en autobús a través de Chile y Argentina, mientras mi cabeza vibraba y rebotaba contra un cristal. La escribí en las frías noches del sur del mundo y bajo las estrellas de Atacama. Al abrigo de paisajes helados y volcanes recordé también una habitación en Móstoles, tiempo atrás, y una mesa larga donde Rodrigo, Gabriel y yo estudiábamos juntos, sonaban Loquillo y los Burning. Cuando alguno se aburría, a menudo, dibujaba algo, metiéndose con los otros, y a los pocos minutos viñetas y caricaturas, a tres manos, llenaban la mesa. Algunos sábados, mi padre entraba en la habitación con un cuba libre de güisqui u orujo, lo que hubiese en el mueble bar, para ayudarnos a estudiar. A la hora de cenar seguíamos riéndonos de los dibujitos y mi madre murmuraba «Pero ¿qué he hecho yo para criar unos hijos así?». Al otro lado del planeta, Rebeca pensaba algo similar, «¿Qué he hecho yo para salir con un tipo así?». ¿Cómo no agradecer a todos ellos este libro? Tan mal dibujaba que Gabriel, por lástima, me dejó participar en los guiones de sus tebeos. Cuando me propusieron publicar *El opositor* recurrí a él para que lo ilustrase. Gabriel piensa que ha sido para resucitar los Fernández Bross, pero eso lo hizo Noemi, simplemente me he aprovechado de su ingenio, han sido demasiados años aguantando sus dibujitos. También agradecérselo a Marta y Jesús, que se preocuparon por mi situación legal. Y por último, y no menos importante, a Magdalena, que desempolvó el bolígrafo rojo para echarme una mano. Me enseñó a pensar, a leer y ver más allá de los renglones, a escribir... ¡Y yo se lo pago así!